3 1761 08831745 8

Comp

OBRAS COMPLETAS DE CURROS ENRÍQUEZ

IV

C.9766p

Obras completas de Curros Enríquez.

IV

Paniagua y Compañía

(Agencia de sangre)

El último papel

Hijos ilustres de Galicia

Artículos escogidos

233724
25.6.29

MADRID
LIBRERÍA DE LOS SUCESORES DE HERNANDO
Calle del Arenal, núm. 11.

1911

ES PROPIEDAD

MADRID.—Imp. de los Suc. de Hernando, Quintana, 33.

PANIAGUA Y COMPAÑÍA

(AGENCIA DE SANGRE)

Dedicatoria.

Á su querido é inolvidable amigo y compañero

Leonardo Mármol

le ofrece, como ofrenda de cariño, este trabajo literario

Manuel Curros Enríquez.

Madrid, 1877.

PANIAGUA Y COMPAÑIA

(AGENCIA DE SANGRE)

I

Habían sonado las nueve de la noche del 31 de julio de 1875.

Las avenidas del paseo conocido con el nombre de Cantón de Porlier, en La Coruña, estaban completamente obstruídas por una inmensa muchedumbre, ávida de respirar las frescas emanaciones de la brisa.

La noche era á propósito, porque un calor sofocante, poco frecuente en la ciudad herculina, hacía agradable aquel paseo, cuya proximidad á la bahía le convierte casi siempre, y en especial durante la estación calurosa, en centro de reunión de la sociedad elegante, que suele encontrar en él ese solaz tan necesario á las organizaciones demasiado delicadas, para soportar sin protesta las iras de un riguroso estío.

El paseo del Cantón, así como el de la extensa explanada del muelle que lleva el nombre de *Méndez Núñez,* estaban magníficos.

Toda la riqueza, todo el esplendor que en su vasta área encierra la capital de Galicia, toda la belleza y elegancia de aquel pueblo, eminentemente comercial y burocrático, se hacía admirar allí bajo la triple acción de los reverberos de gas, los rayos de la luna y la lejana irradiación de las linternas, colgadas en hilera fantástica en la mesana de los buques surtos en la bahía, casi siempre agitada en una convulsión de oleajes y espuma, como respondiendo á los sonidos de un arpa inmensa, eternamente dócil á la inspirada pulsación de ese poeta monstruo que se llama Orzán.

Hemos dicho que era grande la animación del paseo la noche en que principia nuestra historia.

Con efecto, infinidad de parejas ricamente engalanadas discurrían por aquel ancho salón, saludándose unas á otras, ó pasando de largo, ya indiferentes, ya embebidas en dulces y amorosos coloquios.

Todos los labios sonreían, todos los ojos revelaban esa serenidad de espíritu propia de los que nunca tocaron de cerca los dolores que combaten la existencia del hombre, y á juzgar por las sonrisas de los unos y las animadas conversaciones de los otros, la ciudad de La Coruña era dichosa, completamente dichosa aquella noche.

Y, sin embargo, no lejos de aquel sitio, no lejos de aquellos corazones felices y despreocupados, había alguien que devoraba las torturas de un dolor supremo; alguien que se retorcía en el paroxismo de una angustia infinita, y mísera excepción del general contento, atravesaba esa crisis

espantosa del que tiene que renunciar á su patria y á su hogar, por ir en busca de un porvenir que ofrecer á su indigente familia, dulce objeto de sus desvelos, santa personificación de todas nuestras glorias, arca sacratísima de todos nuestros recuerdos y de todas nuestras esperanzas.

Entre aquella gente, cegado por aquella profusión de luz, ofuscado ante aquella perspectiva de oro y pedrería, como un espacio obscuro entre un mar de chispas de fuego, detrás de una de las estatuas del Cantón, un joven como de veinte años, de grandes ojos negros, y cuya fisonomía contrastaba notablemente con su humilde blusa de batelero, fijaba sus ardientes miradas en cuantos discurrían á su lado, como si buscase entre tanta gente una persona conocida y con interés esperada.

Cubría su cabeza, perfectamente modelada y provista de una abundante cabellera negra, que adornaba como un marco de ébano la mate palidez de sus facciones, esa graciosa gorra azul con cenefa blanca, peculiar de los marineros de nuestras costas, y ceñía su cintura amplia faja de lana, sobre la cual descendían los pliegues de su blusa azul obscura.

Completaba su traje un pantalón estrecho de tosco tejido y llevaba al brazo, en el momento en que le presentamos á nuestros lectores, una pequeña maleta de viejo cuero, á través de cuyas roturas se veían, ó más bien se adivinaban, algunas prendas de ropa.

No había pasado un cuarto de hora en aquella

actitud, cuando de una de las calles que desembocan en el Cantón vió nuestro joven venir en dirección á él un hombre, ya entrado en años, de grandes bigotes grises, alto, seco, decentemente vestido y de maneras un tanto desenvueltas.

—Conque, muchacho, ¿te encuentras dispuesto para la partida? — dijo el recién llegado al joven batelero, que no pudo ocultar un estremecimiento de horror al escucharle.

— Ya lo ve usted, don Ambrosio—contestó el interpelado —. He prometido á usted que á las nueve estaría en este sitio, y aquí estoy.

— De modo que ya nada tienes que hacer en La Coruña, ¿verdad?

— Nada absolutamente. Me despedí de mi padre, á quien rogué buscase otro remero para su bote, durante mi ausencia; di á mi hermana la mitad del dinero que usted me entregó, y nada me resta por hacer.

— ¿Habrás ocultado á tu padre el verdadero objeto de tu salida, como te lo he encargado?

— Le he dicho, únicamente, que volveré hecho un hombre, y que entonces no tendremos necesidad ni de alquilar yo mi bote para los transbordos, ni él de mendigar para curarse y mantenernos. ¡Ah! ¡Cuánto trabajo me ha costado vencer su resistencia á mi partida! Me ha suplicado, me ha rogado que no le abandonase; me ha dicho que pronto se moriría de pena y de miseria, porque la caridad pública ya no le socorre, y el bote nada produciría desde hoy, y, por último, ha querido arrastrarse desde el lecho para prohibirme la

salida. Pero él no puede andar, no puede hablar apenas. Lloraba, se deshacía en lágrimas bajo las envolturas de sus vendajes, y mi hermana me miraba asombrada. Tenía que hacerme superior á todo por su propio bien, y lo conseguí alejándome de aquel lugar, después de haber recogido la poca ropa que llevo en esta maleta.

— Así me gusta, hombre; así me gusta. Eres un chico excelente, y sólo ciñéndote á mis instrucciones, y no olvidando en ningún caso la obediencia debida á tus superiores, es como podrás realizar tus esperanzas y llegar á ser algún día útil á tu familia y á tu patria. Eres joven y brioso, quieres ayudar á tu familia, y nada más natural. Yo envidio tus condiciones. ¿Quién sabe lo que puedes ser mañana? Por de pronto, entras con buen pie en la carrera de las armas. Te hacen teniente de un golpe, y esto te abre las puertas de un porvenir soberbio. ¡Oh, y tan soberbio! Como que ya me parece verte figurar en el número de nuestras glorias nacionales, y leer tu nombre en los periódicos y en la *Guía Oficial de Madrid*. Lo dicho, Juan, lo dicho: envidio tu porvenir. ¿Y qué otra cosa puedo hacer que envidiarte, yo, pobre viejo, que cuenta terminada la última jornada de sus triunfos, lobo jubilado de la guerra, ya sin garras ni dientes y completamente inofensivo bien á pesar suyo?... Ea, no hagamos esperar más la barca que ha de llevarte á bordo del *Elvire*. Un abrazo, mi teniente — haz cuenta que me tienes ahora á tus órdenes —; un abrazo y... hasta la vista.

—¡Teniente..., teniente yo, que hubiera sido hoy quinto, á no haberme eximido la enfermedad de mi padre y la menor edad de mi hermanita!... ¡Mi padre y mi hermana! ¿Por qué he de sentir separarme de ellos, si sólo por ellos voy á sacrificar acaso mi vida, si es su pan más que mi gloria lo que ambiciono? ¡Ah, señor, perdóneme usted si las lágrimas se agolpan á mis ojos en este momento, último de mi estancia en mis patrias riberas! No es arrepentimiento lo que revelan, no —acepto todo cuanto pueda sobrevenirme—; es algo que siente el corazón y que no puede expresar mi lengua.

—Emociones naturales en quien, como tú, no salió nunca más allá de la puerta de casa. Apostaría que jamás te has arriesgado á más empresas que á alguna ligera excursión de pesca con tu bote, á media milla del puerto. ¡Qué diablo!, no hay que acobardarse. Después de todo, no vas á hacer un viaje al Ecuador ni al Polo Norte.

—Á propósito, señor don Ambrosio, ¿no podría saber ahora, que acabo de romper cuantos lazos me unían á esta tierra, á qué punto de la costa me dirijo? ¡Es tan triste navegar sin saber qué rumbo se lleva!...

—En cuanto al rumbo... sólo puedo decirte que llevas el mismo del buque que va á conducirte. Esta es una de las cosas comprendidas en el catálogo de condiciones que te ligan á mí, y sobre la cual te encargo la mayor prudencia. Á nadie se lo preguntes, porque nadie te lo dirá. Cuídate bien durante la travesía, y no hagas caso

de los demás. ¿Para qué? El capitán del vapor francés que ha de conducirte tiene orden mía de tratarte á cuerpo de rey, y de facilitarte una de sus lanchas para arribar al punto de tu destino. Vas á tener una travesía muy divertida. Te esperan á bordo nada menos que veinte compañeros de viaje.

Esto diciendo, don Ambrosio y Juan, puesto que ya conocemos sus nombres, salvaron la distancia que les separaba del muelle, y ya en él, reanudóse el diálogo interrumpido unos momentos entre ambas personas.

— Vaya — dijo don Ambrosio al joven, señalándole una pequeña lancha, atracada en el embarcadero, dentro de la cual dormitaban dos marineros —, esos dos tripulantes del *Elvire* te esperan con encargo de conducirte á bordo. Buen viaje y... ¡que mates mucho! ¿Entiendes? ¡Cuanto más, mejor!

Juan estrechó con cierta repugnancia la mano que le tendía su Mecenas, formuló por única contestación una palabra parecida á un sollozo, y dirigiendo una triste mirada á su ciudad natal, en que dejaba los tesoros más queridos de su alma, bajó vacilando los escalones del embarcadero, y saltó á bordo.

Los marineros, que cabeceaban en la lancha, víctimas de esa borrachera hebdomadaria, de lunes á lunes, que constituye, por decirlo así, el tipo del grumete francés, despertaron inmediatamente, hicieron virar el bote, y cambiando entre sí señales de inteligencia, condujeron á

Juan hasta el vapor que se levantaba como una esfinge á la entrada del puerto, insensible á los violentos golpes de resaca y envuelto en un manto de bruma, producida por el constante reflujo de las olas.

Don Ambrosio contempló algunos momentos aquella lancha desde la orilla, con una sonrisa que nos sería imposible describir, y cuando aquélla se desvaneció en las sombras, dirigióse paso á paso hacia la población, perdiéndose al poco rato en uno de sus arrabales.

Pocas horas después el vapor *Elvire* abandona el puerto de La Coruña.

II

Cuando don Ambrosio llegó á su casa y tiró del cordón de la campanilla, un hombre de mezquina estatura, extremadamente obeso, lampiño y colorado como una remolacha, apareció en la puerta, sosteniendo en una de sus manos un quinqué de bronce, cuya luz, cayendo á plomo sobre su pecho, dejaba ver parte de su vestido, que consistía en una sotana negra no desprovista de mugrientas manchas, medias de lana del mismo color y grandes zapatos de hebilla.

Su nariz achatada, cuya extremidad se retorcía en una horrible desviación hacia el carrillo derecho, efecto de una excrecencia carnosa que hacía recordar la verruga de Mariannet, fealdad divinizada por Víctor Hugo en su *Quasimodo,* y ojos redondos y pequeños, de cuyas pupilas verdes se exhalaban á veces relámpagos de luz siniestra que se desvanecían en fosforescencias subterráneas, espantosas, sombrías, daban al conjunto de su semblante algo de feroz y crudo, un no sé qué de alevoso, que hacía á la par temible y repugnante su presencia.

Era imposible contemplar un momento aquel hombre sin sentir el corazón presa de instintivo miedo.

Hay deformidades que predisponen el ánimo

á la compasión, y detrás de las cuales no ve otra cosa nuestra caridad que un alma mártir resignada á su martirio.

Detrás de la fealdad de aquel rostro se adivinaba solamente al tigre.

—Buenas noches, *Páter* — dijo don Ambrosio entrando, y depués de cerrar tras sí la puerta —. Te tendría impaciente mi tardanza, lo comprendía, y por eso me apresuré á venir tan pronto como terminé mis asuntos.

—Estaba, con efecto, impaciente — repuso el de la sotana —. Hoy es último día de mes y debemos hacer balance, para lo cual necesito de tu concurso.

Ambos interlocutores se dirigieron por un estrecho posillo á una habitación espaciosa modestamente amueblada, y después de atravesarla penetraron en un gabinete inmediato, en cuyo fondo se levantaba una mesa de escritorio llena de libros y papeles, al lado de la cual había dos sillas de gutapercha.

Una vez en este local, el *Páter* colocó sobre la mesa el quinqué con que había salido á alumbrar, tomó asiento, y señalando á don Ambrosio la otra silla, continuó:

—¿Puedes decirme á cuánto ascienden los desembolsos ocasionados este mes por la recluta de que eres jefe?

Don Ambrosio sacó una inmensa cartera verde del bolsillo interior de su levita, y recorriendo algunas de sus hojas, dijo fijando su dedo índice sobre la última página anotada:

—Á veinticinco mil ochocientos treinta reales, justificados en parte por veintiún recibos.

—¡Cómo! Esa cantidad excede á la marcada como máximum del tipo de nuestras instrucciones reglamentarias... Según nuestro reglamento particular, sólo pueden ofrecerse mil reales á cada mozo, y esto en casos extremos, cuando, por ejemplo, se trata de individuos cuyas circunstancias les pudieran hacer aparecer como verdaderas adquisiciones para la causa. Tú has invertido veinticinco mil ochocientos treinta reales en veintiún reclutas, y esto—permíteme que te hable así—, esto, á más de revelar en ti poco celo por la buena gestión de los fondos que nos han sido encomendados, es cometer abiertamente una transgresión del espíritu y letra de nuestras atribuciones; transgresión que nunca censurarán bastante nuestros jefes. Por mi parte, yo no estoy dispuesto á autorizar con mi firma esa estafa de cuatro mil y pico de reales.

—¡Estafa! Á buena hora te las echas tú de funcionario digno y probo. ¡Ah, hipócrita! ¿Crees, por ventura, que no conozco yo tus agios tan bien como tú ó mejor? ¡Bah! ¡Llamar estafa á lo que no es más que la inclusión en el balance de este mes del importe de una mensualidad que me cobro por adelantado!... Si yo quisiera hablar...

—Tu paga de teniente coronel en comisión no llega á cien duros, y tú tomas por adelantado cerca de trescientos.

—Tomo lo que me da la gana y todo lo que

necesito, ¿entiendes? Y á mí no me vengas con roncas, porque con salirme á la calle y denunciarte está todo concluído.

—Denunciarme... ¿Por qué?

—Vamos, hombre, tengamos la fiesta en paz y no nos busquemos las cosquillas. Si tú no autorizas mis libramientos, yo tampoco autorizo los tuyos. Como yo en tus garras, estás tú en las mías. Entre nosotros, al punto en que han llegado las cosas, ya no puede haber más que una amistad ó un odio eterno. Elige de esto lo que mejor te plazca. Este mes ha sido para mí uno de los más fatales del año. ¡Maldita ruleta! Y eso que, vamos, estas últimas noches no me ha ido del todo mal. Ya ves..., hicè tres plenos de á duro. Gracias á esto mi *déficit* resulta mucho menor de lo que pudo haber sido...

—¡Siempre el juego!

—¿Qué le hemos de hacer?... Á mí me da por ahí, como á ti te da por otro lado... Y á propósito, ¿cómo has salido de aquella cuestión judicial en que te viste envuelto hace algunos días? ¡Ah, truhán! ¡Cómo te lo has callado á pesar de la ilimitada confianza que mutuamente nos debemos!

Á estas palabras, pronunciadas por don Ambrosio con la intención más sangrienta, el rostro del *Páter* perdió su habitual matiz rojo, substituyéndole una visible palidez, y su frente se contrajo con un marcado gesto de disgusto.

—¿Cuestión judicial?... No recuerdo...

—Pues ahí tienes lo que son las cosas: yo lo

recuerdo perfectamente. ¡Oh, ha sido un golpe funesto para ti! Tú, tan acreditado en este país como varón virtuoso, como sacerdote puro, sabio y manso, de la noche á la mañana perdiste los estribos y te revelaste en toda tu fealdad á los ojos de la población.

—Luego sabes...

—¡Toma!... ¿Pues no he de saberlo, hombre? Como lo sabe todo el mundo. Yo mismo he sido el que te arrebató la presa... Pero, en fin, el hecho es que tú estás en tu casa y el proceso duerme en su archivo el sueño del sobreseimiento. ¿Cuánto te ha costado evadirte de presidio y sobreseer tu expediente, declarando las costas de oficio? También lo sé: dos mil duros, como dos mil soles. Ahora bien: tú no puedes disponer de dos mil duros así como se quiera, y forzosamente habrás tenido que distraer esa suma de los fondos de la Caja; por lo cual, y á no ser que prefieras quedar en descubierto con el Tesoro, tendrás que justificar con documentos falsos, ó cosa parecida, la inversión de esa cantidad en la obra que te ha sido encomendada. Esto no tiene vuelta. Y ahí verás tú cómo, sin soñarlo, vienes á declararte convicto y confeso de delito de estafa y de poco celo por la causa que defiendes, que es precisamente lo mismo de que tú me acusas.

—De suerte...

—De suerte que tú y yo somos tal para cual, y tú mintiendo amor á tu soberano, después de tu secularización de la Orden de Calasanz, y yo vendiendo absolutismo, después del perjurio y

la traición á mis banderas, estamos haciendo un pan como unas hostias con el dinero de San Pedro y el de las exacciones con tanto trabajo realizadas por nuestros ilustres cabecillas.

Y todo esto — continuó don Ambrosio — proviene de lo que yo me dije siempre: ¿Quién os mete á vosotros en cosas que no entendéis? ¿Qué pitos ni qué flauta tenéis que tocar los curas en asuntos de guerra? La guerra se hizo para nosotros los militares, y si nuestro soberano os tratara á vosotros como don Pedro de Castilla, que algunos enterró vivos, otro gallo nos cantara. Ya estaría harto de ocupar la silla de San Fernando.

— No toquemos ese asunto, porque...

— Es necesario decirlo todo cuando llega la ocasión. Tú, sin atribuciones para ello, porque al cabo no eres más que un mero administrador, como yo, de fondos que ni á ti ni á mí nos pertenecen, te atreves á censurar mi gestión administrativa, y yo no me creo en el caso de morderme la lengua; por eso á mi vez te recrimino y te echo en cara tus faltas.

— Nada tengo hasta ahora de que arrepentirme respecto al cumplimiento de mi deber. Buena prueba de ello el no haber merecido nunca la más ligera censura en mi conducta. Se me dice: «Ahí va dinero, hágase la propaganda», y yo la hago en la medida de mis fuerzas y en la posibilidad de los medios con que cuento para ella.

—Esas son pamplinas—repuso el de los bigotes grises, mal avenido con el tono apologético

que había adoptado su compinche—. No me digas á mí lo que tú haces, porque te conozco mucho. ¿Si creerás que no sé yo que en las cuentas que rindes mensualmente, metes la mano hasta el codo? ¿Si creerás que yo no sé que los sermones políticos, furiosamente absolutistas, que encargas á los curas rurales y á los que no lo son, te cuestan mucho menos de los veinte duros con que los haces aparecer en tus balances? Hombre..., no parece sino que no nos conocemos aún, y eso que hace un año que comemos á mesa y manteles.

—Me parece que estamos completamente fuera de la cuestión—objetó el *Páter,* disgustado por el rumbo que las cosas tomaban—. Tratábase de formalizar el balance de cuentas de este mes, y extrañaba yo una pequeña informalidad en tu data. ¿Quieres que justifiquemos de una plumada el exceso que resulta de 4.830 reales sobre los 21.000 á que deben ascender este mes los gastos de recluta?

—Lo mismo da. Yo creo que una cantidad está plenamente justificada desde el momento en que está perdida, tanto para el que la pierde como para el que la encuentra.

—Llevaremos, pues, ese exceso al capítulo de *Adquisición de armamento,* y diremos:

«Por 200 fusiles Berdan, que se utilizarán en la próxima insurrección de La Coruña, 4.830 reales...»

—Es un precio muy bajo, y resultarían esas armas casi de balde. No estamos en el caso de

ser tan económicos. Á más de esto, suponte tú que ahora se le antoja al Gobierno de Estella exigirnos esas armas fantásticas... ¿Cómo íbamos á salir del compromiso?

—Muy sencillamente: en el momento de embarcarlas cayeron en poder de los liberales, ó se fué á pique la lancha, y cuento concluído.

—¡Ah!

—¿Ves cómo entienden menos los militares que los curas de estos asuntos?... ¡Los curas!... ¡Ojalá les dejarais el campo libre! ¡Con su solo auxilio, ha tiempo que se hubiera consolidado en España la monarquía legítima!

El diálogo anterior habrá dado alguna idea del carácter y antecedentes de los personajes presentados. Desde luego se habrá reconocido en ellos dos emisarios de la corte del funesto pretendiente don Carlos de Borbón y de Este, encargados de la propaganda y fomento de una guerra civil que manchó con arroyos de sangre gran parte de nuestro territorio.

Los que antes ó después de su pacificación se hayan dedicado á recoger notas y á estudiar las causas que mantuvieron enhiesta á los ojos de Europa la bandera de rebelión en nuestra patria, habrán encontrado indudablemente tipos parecidos á los que acabamos de bosquejar, tan repugnantes como el jefe de la recluta carlista en La Coruña, conocido por don Ambrosio, y el apóstata escolapio *Páter*, encargado de concitar desde el púlpito el fanatismo de los pueblos contra todas las intituciones progresivas y todas las

ideas sanas y regeneradoras. Digamos algo acerca de sus antecedentes.

Como él mismo nos ha dicho, don Ambrosio había pertenecido al ejército liberal; pero dominado por el juego hasta el punto de arriesgar un día sobre el tapete los caudales de la Caja del regimiento de que era habilitado y que consiguió perder, temiendo la justa repulsa de sus jefes y el condigno castigo que había de sobrevenirle forzosamente, desertó de sus banderas y se pasó á los carlistas con armas y bagajes.

Proceder entonces de esa manera sería muy deshonroso, pero fuerza es confesar que era muy lucrativo. Compuesto el ejército carlista en su mayor parte de gente bisoña y sin instrucción militar de ningún género, el que llevase á sus filas algunos conocimientos de esta clase, era considerado *à priori* como una verdadera adquisición, y el cabo desertor de nuestro campo, ó poco había de poder, ó había de sentar plaza de capitán de buenas á primeras en el bando enemigo, acabando por morir de jefe de brigada en la revuelta de cualquier sendero.

Así se comprende que el capitán de húsares don Ambrosio Paniagua, que había abandonado su regimiento para ingerirse de comandante en el ejército rebelde, fuese inmediatamente nombrado teniente coronel y agregado al estado mayor de don Carlos.

En honor de la verdad, hay que confesar que don Ambrosio Paniagua sentía muy poco entusiasmo por la causa del Pretendiente. Hombre

positivo antes que todo, no podía ver sin repugnancia aquella turba de soñadores serviles que le rodeaban, y pocas veces dejaba escapar la ocasión de protestar contra sus adulaciones, manteniéndose en una austerísima reserva, y observando en todo una actitud pasiva desde una decorosa línea equidistante del monarca y de sus servidores.

Favorablemente interpretada por don Carlos esta austeridad, que creyó característica en don Ambrosio, y adivinando tras las enérgicas líneas de su semblante siempre serio, cierta predisposición á las empresas arriesgadas para cuya consecución se necesitan especiales dotes, llamóle un día á su despacho y le dijo:

— Paniagua, tengo que hablarte.

— Vuestra Majestad dirá.

— Quiero darte una prueba de mi real afecto.

— Estoy á las órdenes de V. M.

— Voy á confiarte una misión digna de tus raras condiciones. Te he elegido para representar mi causa en las provincias rebeldes de Galicia, con el carácter de jefe de reclutas. Hoy como nunca, necesito de los buenos servicios de mis leales vasallos. Próximo el día en que he de tomar posesión del solio que la Providencia me ha destinado y que la perfidia de Vergara arrebató á la legítima representación de mi abuelo (q. s. g. g.), quiero tener en cada una de las provincias de España un núcleo de hombres afectos á mi real persona, que contribuyan con su eficaz propaganda al aumento de mi ejército y representen

mi gobierno cuando sea llegado el momento del triunfo. Todas las provincias tienen ya mis representantes, que favorecen por todos los medios la augusta causa de mi reinado, excepto las de Galicia. Galicia, á pesar de cuanto se diga, es un país eminentemente liberal. El espíritu moderno revolucionario vive entre aquellas montañas, como la salamandra en el fondo del lago tranquilo. Es necesario extirpar ese monstruo; es necesario sorprenderle en su guarida y asesinarlo á traición. No se me oculta el grave riesgo en que coloco tu existencia; pero con la ayuda de Dios y tu prudencia todo peligro desaparecerá. Por ahora tu destino se concreta á buscar gente para mis filas. En todos los dominios liberales reina en la actualidad general descontento: la insurrección cantonal, el estado económico del Gobierno de Madrid, los excesivos impuestos que gravan la propiedad y la familia, han producido un contingente de hombres escépticos y fatigados, cuya desesperación debemos aprovechar, y esos hombres, más que en ninguna parte, se encuentran en Galicia. El carácter gallego se distingue por cierto espíritu aventurero, que determina todos los años una emigración creciente á los países de América. Vete, pues, á Galicia; utiliza estas circunstancias que favorecen tu comisión, y todos los meses un buque mercante de la matrícula francesa irá á recoger los individuos que figuren en tu alistamiento, á quienes ofrecerás el dinero y los despachos que juzgues oportunos. Para esto se necesitan caudales, y los ten-

drás. Contigo partirá en la misma dirección y con una misión análoga uno de los más virtuosos miembros de mi clero, depositario de los fondos, que vosotros administraréis hasta donde alcancen.

Recibidas estas instrucciones, don Ambrosio recogió de manos del Pretendiente un pliego de bases para la inversión de las sumas cuya gestión se le encomendaba en parte, y haciendo un ligero movimiento de hombros, como el que se resigna á todo con tal de ir ganando, salió de la estancia después de hacer un cortés saludo á su rey y señor.

Al día siguiente don Carlos hizo á Paniagua presentación de su consocio y compañero de viaje, y ambos pasaron aquella misma noche los Pirineos y se dirigieron á Bayona, desde donde se embarcaron para La Coruña á bordo de un buque francés que hacía la travesía del Cantábrico.

III

Apenas pusieron el pie en La Coruña los dos emisarios carlistas, trataron de buscar una casa en condiciones para instalarse é inaugurar en ella el *modus vivendi* que con tanto provecho habían de ejercer en lo sucesivo.

Dado el carácter criminal de su cometido, conveníales una habitación retirada y modesta, tanto por esconderse á las miradas investigadoras de los curiosos, cuanto para ocultar en el misterio los nudos de la trama que iban á tejer con su infame especulación y desvanecer toda sospecha de culpabilidad en sus actos.

Por consiguiente, diéronse á buscar casa, y después de algunos infructuosos paseos por los alrededores de la población, hallaron en el barrio de Riazor una de pobre apariencia con vistas al mar, que se levantaba en la misma línea de una extensa calle formada por barracas de pescadores.

Aquella casa era la misma cuyo interior hemos descrito á grandes rasgos; constaba de un solo piso, y parecía de reciente construcción, á juzgar por la blancura de la argamasa que revestían sus paredes laterales y la frescura de labrado que se observaba en los sillares de su puerta de entrada y los entrepaños del frontispicio.

En uno de los tres balcones de la fachada veíase un papel arrollado á dos de sus balaustres, signo elocuentísimo de alquiler en todas las poblaciones de España.

Como enclavada en el arrabal, aquella casa reunía todas las condiciones apetecibles para los agentes secretos de don Carlos.

Hablaron éstos con el propietario, y se instalaron en ella pasados algunos días, no sin que antes hubieran adornado sus habitaciones con un modesto y nada sospechoso mobiliario.

Desde aquel momento ambos correligionarios se consagraron á sus trabajos de exploración, uno sondeando y excitando el ánimo de la gente moza útil para sus planes, con cuyo objeto se le veía en los sitios públicos á todas horas sosteniendo polémicas y conversaciones animadísimas que más tarde habían de producir su resultado, y el otro haciendo excursiones por las ciudades y aldeas de Galicia, visitando las abadías y proponiendo á los párrocos temas políticos para sus sermones dominicales, á cambio de un puñado de plata que él ofrecía como de su bolsillo particular, llevado de su celo por el triunfo de la Iglesia de Dios y extirpación de la herejía reinante.

Así se explican aquellas proclamas fogosas que, llenando de terror el corazón de los sencillos fieles, convertían en club la cátedra del Espíritu Santo, desde donde no sólo se condenaba irrevocablemente la ciencia moderna, la libertad y el progreso de las naciones, sino que se llama-

ba al arma y se izaba el estandarte de guerra, como si se tratase de una nueva Cruzada.

No era entonces difícil escuchar desde el púlpito, haciendo alarde de una elocuencia adquirida en quince semanas de ejercicio oral sobre un mismo tema, á reverendos prelados, que fulminaban anatemas con toda la ira de sus pulmones contra la *sabiduría del siglo,* entendiéndose por esto la ciencia filosófica contemporánea, desviada, según ellos, del camino de la verdad, como si el error no fuese el puente necesario para llegar á ella y la escala de Jacob por medio de la cual se levanta el espíritu de lo contingente y terreno á lo inmaterial y absoluto en una constante ascensión desde lo criado al Criador, desde lo mortal á lo infinito y eterno. Ni era tampoco maravilla escuchar en una de las basílicas más renombradas de Galicia un parangón entre el monarca esperado y el Apóstol patrón de España, cuya espada vengadora había heredado el incógnito Mesías para exterminar falsos cristianos, del mismo modo que aquél había exterminado moros, según la piadosa tradición católica.

Á todo esto alcanzaba la influencia de nuestro *Páter,* quien, como su amigo, si maldita la fe que poseía en la eficacia de sus esfuerzos para el triunfo de su causa, conocía perfectamente todo el valor del dinero, como buen traficante, y sabía que el oro es la línea más corta para llegar á cualquier lado.

Por otra parte, para realizar su empresa ofrecíansele pocas dificultades.

El punto más delicado que podía tener su cometido cerca de los priores y abades de Galicia, era, á lo menos para una persona que conserva algún decoro personal, la posibilidad de una negativa á sus pretensiones, tan natural y tan terrible cuando se trata de convertir el poder espiritual de la Iglesia en auxiliar de otro poder tan terrenal y mundano, tan reducido y mezquino como el poder real, cuyas fronteras tanto se han escatimado, que apenas se extienden hoy más allá del horizonte de los intereses civiles. Pero el *Páter* conocía al clero español; era astilla de esa madera, conocía sus tradiciones simoníacas, había estudiado sus vicios constitutivos; sabía halagar las pasiones rencorosas, la sed de venganza y la ambición; y al acercarse á uno de sus miembros para rogarle, con el carácter sacerdotal que también él poseía, trazase una filípica ó un sermón de desagravios para arrojarlo desde el púlpito á las masas, de antemano poseía el convencimiento de que nadie había de rehusar la sangrienta moneda que, robada al cadáver del liberal morador de la alquería, ó arrebatada á la herencia del hijo en el último estertor de la agonía de su padre, se atreviese á ofrecer en pago de aquel funesto servicio.

El *Páter* había sido escolapio antes de haberse ido con don Carlos, y nada más fácil para él ni acaso más grato que la tarea de tener que habérselas con gente que llamaba de casa.

Los hijos de Calasanz tienen algo de los hijos de Ignacio de Loyola: aquella mirada teodolítica,

aquella precisión con que penetran el corazón de las gentes y sorprenden en sus entrañas los secretos de la voluntad en germen. ¿Será que entre el jesuitismo y los escolapios hay algo de común?

Durante los primeros meses de su estancia en La Coruña, el *Páter* y don Ambrosio vieron progresar rápidamente su obra.

Unidos sus esfuerzos para cooperar á una tarea de destrucción, veían satisfechos huir de sus hogares, á bordo del *Elvire,* innumerables jóvenes que dejaban tras sí larga cosecha de llanto á sus familias, y notaban con deleite que en el templo, donde había dejado de resonar aquella palabra de perdón y misericordia que antes cayera como vivificador rocío sobre una humanidad desconsolada, ya no se escuchaba más que el grito de maldición del sacerdote, cien veces repercutido cual un himno de muerte en las techumbres, y cuyos ecos hacían estremecer en sus altares las severas efigies de los santos.

Consecuencia de ese sombrío expolio ejercido siempre desde el misterio por los dos agentes del absolutismo, Dios había huído de su tabernáculo y la paz del seno de las familias. El hogar era un cementerio, y el templo un reducto.

Saboreando los magníficos resultados de sus primeras gestiones, en las cuales habían agotado todo el caudal que trajeran de la corte de don Carlos, el *Páter* y don Ambrosio suspendieron respectivamente sus faenas, reclamando más fondos, y uno y otro se propusieron esperarlos

dándose buena vida con los ahorros que su administración les había producido.

Decididos á echar, como suele decirse, una cana al aire, don Ambrosio, á quien hasta entonces nadie conocía en La Coruña más que como carlista furibundo, y si se quiere platónico, por lo cual, así como por su carácter hasta cierto punto franco y abierto, contaba con esa pasiva simpatía que á todo lo extravagante y prehistórico conceden las personas ilustradas de todos los pueblos, entregóse de lleno á la vida del juego, que constituía su única pasión, dominándole por completo, y pasaba las noches y los días en expectación de la sota y el caballo ó del 11 negro, su número predilecto en la ruleta.

Mientras tenía en el bolsillo una peseta que apuntar á un naipe ó que echar á un pleno, era inútil hablarle, porque á nadie oía.

Diríase que estudiaba el medio de adivinar el número sobre que había de caer la bola, antes todavía de que la mano del banquero la arrojase en el disco.

Parecía magnetizado, absorto en la contemplación de aquel aparato, con el que se hubiera creído que sostenía á veces cariñosos diálogos y enérgicas disputas, revelados por sonrisas tiernas ó miradas de reconcentrada ira.

Por su parte, el *Páter* se divertía también.

Sólo que, más hipócrita y menos partidario del azar que su compañero, se divertía á su modo y sin testigos.

Y la verdad es que no exigían menos la digni-

dad de sus hábitos y su edad, que casi frisaba en los cincuenta.

Como á don Ambrosio Paniagua, al *Páter* le dominaba una sola pasión; pero esta pasión, como la de don Ambrosio, era violenta, tenaz, persistente, implacable, horrible. Ya la conoceremos.

No amaba; no podía amar.

Había sido educado en un Seminario, y allí había sufrido la amputación del alma.

Y la herida producida en el alma del *Páter* había sido cicatrizada con cauterio.

El hierro calcinó sus entrañas; y lo que hubiera sido fibra y tejidos, sentimiento y belleza; lo que hubiera sido santuario de pasiones y de afectos, nido de ternuras y de amores, era un harapo inmundo, un callo suplantado á su corazón en el pecho de un hombre.

—Abomina el amor—le habían dicho en el Seminario—. El amor es Eva, y Eva es el pecado.

—Refrena tus pasiones—le habían repetido—; la pasión es Adán, y Adán es la transgresión de la Ley.

—Destruye la materia; sólo anulando la carne se levanta el espíritu—había oído siempre.

El seminarista convirtió la orden en precepto, el precepto en dogma, el dogma en costumbre, y la costumbre fecundó y produjo el vicio.

Los ríos contenidos en su corriente ó estrechados en su cauce se desbordaron.

La pasión con exceso refrenada, mina sordamente los organismos, y cuando se la cree muer-

ta, rompe sus quebradizas barreras y aparece transformada en furia.

Como la del *Páter*.

Repitámoslo : el *Páter* no amaba.

Todos los atractivos de la belleza ideal realizados en una mujer; todas las perfecciones de la forma y del espíritu fundiéndose en una turquesa y constituyendo un tipo de soberana hermosura; el fuego del rayo ardiendo inextinguible en una pupila negra, defendida por largas pestañas; una cabellera prendida como un astro de oro á una cabeza venusina, enérgica, majestuosa y altiva; un cuello de cisne modelado sobre un seno turgente sonrosado, tibio y palpitante; unos labios de esos cuyas líneas obedecen á la geometría de los sueños, rojos, húmedos, celosos el uno del otro y ambos unidos en un eterno beso; una frente genial; un cutis nevado, con transparencias azules; una voz dulcísima que recuerda sonidos celestes y plegarias de ángeles; un verbo elocuente, inspirado, cariñoso: nada de esto hubiera bastado á despertar en el pecho del *Páter* el menor sentimiento de simpatía.

No hubiera amado á una mujer así.

Ni siquiera la hubiera deseado.

Para él, la mujer propiamente dicha era un cadáver.

. . . . . .

. . . . . .

¡Ah! Se resisten á la pluma ciertas aberraciones, ciertas monstruosidades que hacen abominable nuestra naturaleza; pero es fuerza anali-

zarlas, por lo mismo que se observan con demasiada frecuencia.

Hay algo en los niños que nos obliga á respetarlos en la tierra.

Sin duda se les adora por algo más que porque son nuestros hermanos, nuestros hijos ó nuestros nietos.

Se les adora porque son encarnaciones jóvenes de almas que llevan menos tiempo en la tierra que las nuestras, y que, por tanto, están más cerca que nosotros del cielo, de donde son recién venidas.

Se les adora porque como son extranjeros que vienen á visitarnos de lejanos climas, todavía no pueden ni saben hablar nuestra lengua, ni conocen nuestros usos, ni prevén nuestras perfidias.

Se les adora porque no se defienden de nuestras agresiones, ni hacen más que llorar cuando les reñimos, ó morir si los matamos.

Poseer un niño, tener un niño en la familia es tener á Dios en el corazón, es tener el paraíso en el hogar, es tener ángeles convidados á comer y á dormir bajo nuestro mismo techo.

Nuestro niño en la cuna sonríe, sin que nadie sepa por qué sonríe.

Nuestro niño llora en nuestros brazos, sin que nadie sepa por qué llora.

Pero él lo sabe, que está más cerca que nosotros de su origen.

Las almas por Dios creadas al tiempo de la de nuestro niño y que esperan encarnación, vienen acaso á saludarle á la cuna y á posarse sobre sus

manitas, cuyos dedos se mueven dulcemente, como si jugaran con algún objeto invisible á nuestros ojos. El coro de sus compañeros entabla con él pláticas inefables; le acompañan todo el día; le preguntan quizá las impresiones de la vida de la materia, que él no puede satisfacer completamente, y se alejan después, llamados por la voz del Eterno, diciendo desde los aires á la que se queda:

—Hermanita, adiós, hasta que te volvamos á ver allá arriba. ¿Sí, querida?

Y he ahí por qué los niños suelen sonreirse en la cuna y llorar en nuestros brazos.

¿Quién no ha de amarles? ¿Quién no ha de velar su sueño si duermen, sonreirles si velan, consolarles si lloran?

Y, sin embargo, ¡hay quien persigue á la niñez! ¡Hay quien se oculta tras de la cuna para asaltarla al menor descuido! ¡Hay quien la persigue de muerte para devorarla! ¡Hay quien la espía con ojos lascivos, con respiración jadeante, con libidinoso continente! ¡Horror!

¿Es que se trata de una bestia, de un sátiro ó de un vampiro?

¡Quién sabe si hay hombres peores que todo eso!

IV

En una de las barracas de Riazor, próxima á la vivienda que conocemos, habitaba una familia pobre de pescadores.

Componíase esta familia de cuatro individuos.

Un anciano, conocido por Ignacio Comba, y sus hijos: Lucas, Juan y María.

Ignacio había navegado desde sus primeros años.

Los trabajos de su profesión, consistentes en la carga y descarga del buque que tripulaba, amarre de cables, baldeo y otras maniobras de este género, habían debilitado grandemente sus fuerzas y alterado su constitución, que, aunque vigorosa, se resistía á soportar por más tiempo las rudas tareas á que hasta entonces la había sujetado. Y es que Ignacio se sentía presa de un padecimiento vago, sordo, pero no por eso menos persistente, que le aquejaba al pecho, extraordinariamente inflamado y cubierto de granulaciones rubicundas á consecuencia de un fuerte golpe recibido tiempos atrás contra un arrecife en el momento de arrojarse desde la baranda de popa de su barco para socorrer á un pasajero que habia caído al mar, logrando salvarlo, con grave riesgo de su vida.

Inútil para el trabajo á que hasta entonces se

dedicara, viejo y enfermo, reunió los mezquinos ahorros de toda una existencia consagrada á las rudas faenas del mar, y un día de regreso de una larga excursión por el Océano, saltó á tierra y se dirigió á su barraca en busca de la salud y de los cariñosos cuidados de su mujer y sus hijos.

El mayor de éstos, Lucas, había caído soldado y se hallaba en el servicio.

Apenas traspuso Ignacio el umbral de la barraca, sintió que la sangre se paralizaba en sus venas y que le faltaba aire para respirar.

Su mujer no le esperaba, como solía, sentada en el quicio de la puerta, ó velando el sueño de las tiernas prendas de su alma en la alcoba que les tenía destinada para el reposo.

Ignacio penetró en la casa.

Recorrió sus ennegrecidas habitaciones, registró detenidamente todos los rincones, todos los desvanes de aquella miserable vivienda que encontró completamente transformada, y no vió á nadie por ninguna parte.

—Pues ¿y mi mujer y mis hijos? ¿Dónde están mis dos Marías, dónde está mi Juan?—gritó, dirigiéndose á todos lados sus inquietas miradas.

—Aquí estamos, padre— dijo una voz infantil dulce y melodiosa que parecía partir del techo del hogar—. Aquí estamos, en el tablado de las gallinas, porque hace mucho frío y no tenemos lumbre.

El viejo marino dirigió sus ojos hacia el sitio de donde salía aquella voz, y vió á sus hijos que descendían del gallinero para abrazarle.

— ¿Y cómo es eso que no tenéis lumbre? Si queréis dormir, ¿no tenéis jergones? ¡Vaya una manera de recibirme! Á ver, ¿dónde está vuestra madre?

Al pronunciar Ignacio estas palabras, ya sus hijos habían bajado del desván y corrían á abrazarle.

Juan tendría entonces quince años, y María, su hermana, seis.

Á Juan ya le conocemos.

María era una niña angelical, de ojos azules, que contrastaban con los de su hermano, y cuya cabellera rubia, como esas hebras finísimas de oro que defienden la savia de las espigas de maíz, descendía en opulentos rizos sobre sus torneados y purísimos hombros.

— ¿Por qué no habláis? — volvió á preguntar Ignacio, mientras sus hijos le abrazaban con efusión sin atreverse á contestarle—. Os he preguntado por vuestra madre; respondedme.

Juan, entonces, dejó ver su semblante bañado en lágrimas.

— ¡Ha muerto! — repuso —. ¡Ayer nos la han llevado al cementerio!

Un rayo no hubiera causado más efecto en el desgraciado marino.

Su faz perdió instantáneamente el tostado matiz que adquiriera por la continua acción de la intemperie, faltó á sus ojos un momento la luz, y hubo de apoyar su brazo contra el muro de la estancia para no venirse á tierra.

— ¡Ha muerto! — continuó Juan sollozando —,

y como no teníamos dinero para pagar el entierro, los curas lo vendieron todo, se lo llevaron todo... y...

—Y no hemos comido desde ayer—interrumpió la niña, plegando sus manecitas sobre el pecho y quedando en una actitud de candorosa tristeza—; no hemos comido nada desde ayer; y tenemos mucha hambre, y yo le decía á Juan que no llorase y Juan no quería.

Desde entonces Ignacio tuvo que renunciar al cuidado de su salud quebrantada y trabajar de nuevo y sin descanso para mantener á sus hijos.

Con los escasos recursos que le quedaban compró una barca y se dedicó á la pesca.

Esto producía poco, y apenas las ganancias le bastaban para pagar las *matrículas,* ese ogro de los pescadores de nuestra costa que ha sido y seguirá siendo causa de tantas ruinas.

No obstante, trabajó.

Trabajó sin descanso, sin interrupción por espacio de dos años.

Le amenazaba el hambre, le pedían pan sus hijos, y él sería capaz de soportar por ellos todos los tormentos de Prometeo encadenado á la roca y devorado por el buitre.

Pero si el amor paternal le estimulaba al trabajo, la muerte le perseguía de cerca y él desfallecía.

Y aun trabajó, así y todo.

Por fin, una noche amarró su barca en el muelle, dirigióse vacilante á su barraca, y dejándose caer sobre un escaño, dijo tristemente:

—Juan, hijo mío, yo me siento muy mal. Mi frente y mi pecho son dos volcanes; un fuego infernal muerde mis sienes, y parece que mis venas se dilatan como si por ellas circulara veneno en vez de sangre. Avisa inmediatamente á un médico, y si mañana estoy peor, vete al muelle y encárgate de la barca; transbordo ó pesca, haz con ella el comercio que más te produzca.

El médico vino, observó al enfermo, torció la boca en un gesto desconsolador, y mandó que Ignacio fuese trasladado al hospital.

Así se hizo, en efecto.

Y pasaron algunos meses, durante los cuales ni la niña abandonó la cabecera del lecho de su padre, ni Juan la barca que éste le había confiado.

El marino fué dado de alta en el hospital por incurable.

¿Qué tenía, pues, el infeliz Ignacio?

Cuando salió del hospital no se le conocía.

Había entrado con pies y salía sin pies; había entrado con brazos y salía sin brazos; había entrado con ojos y salía sin ojos.

Había entrado hombre y salía tronco.

Había entrado íntegro y salía mutilado.

Pero mutilado horriblemente.

La ciencia se apoderó de él: analizó la inflamación de su pecho, que se había propagado á todos los músculos del cuerpo; estudió aquellos tumores ebúrneos, á través de cuyos poros podían distinguirse corrientes espesas de amarillentos jugos pugnando por perforar los vasos que les servían de cauce; presenció el sordo desmorona-

miento arterial y fibroso que en abundantes hemorragias constantemente se realizaba sobre aquel plano de carne, agitado á intervalos por estremecimientos pungitivos, dolorosísimos, crueles; y después de exclamar: «¡El cáncer!», requirió sus cuchillos, afiló sus sierras, y el carnicero sajó, cortó, amputó, desgarró, seccionó en pedazos los miembros de la víctima, y luego descansó satisfecho...

El cáncer, sin embargo, se reproducía.

Sorprendido por el contacto del hierro, se detenía un momento; pero más enfurecido cambiaba de dirección, asaltaba otra zona y continuaba su obra de estrago.

Nada más espantoso que aquella lucha de la ciencia con la enfermedad.

El cuchillo persiguiendo al cáncer y el cáncer persiguiendo al cuchillo.

¡Qué espectáculo!

Parecían dos enemigos batiéndose á muerte sobre un terreno que palpitaba y gemía.

Empero en aquella lucha ninguno de los dos debía caer.

Y más bien que enemigos, resultaban dos parciales confabulados para dertruir la existencia de un héroe.

La enfermedad decía á la ciencia:

— Yo voy por este camino.

Y la ciencia contestaba:

— Yo te seguiré.

Y al cabo de una excursión lúgubre como un via-crucis, á través de células, músculos y fibras,

tejidos y arterias, tendones y huesos, el cáncer se paraba y volvía á decir á la ciencia:

—He llegado al cartílago que es el término de mi viaje; no tengo más que roer.

Y la ciencia respondía:

—He tocado á la medula; no tengo más que cortar.

Y entonces el cáncer y la ciencia descansaban de sus fatigas sobre el montón de huesos que acababan de desecar, y ambos prorrumpían en una carcajada, exclamando la ciencia:

—¡Soy mucha ciencia!

Y diciendo el cáncer:

—¡Soy mucho cáncer!

Efecto, pues, de esta noble persecución, Ignacio, que, como hemos dicho, había sido alta en el hospital por incurable, mandó construir una especie de cajón con ruedas, rogó que le colocasen dentro de él sobre un poco mullido, y en esta disposición se hizo trasladar por su hija desde el hospital á la puerta de un templo.

El carro tenía una cuerda en uno de sus testeros, y María lo guíaba tirando de ella.

De este modo, Ignacio se vió precisado desde entonces á implorar la caridad pública.

V

Era un cuadro espantoso, una cosa sombría, contemplar sobre aquel fúnebre vehículo transportado por una niña de angelical belleza y melancólico semblante, algo que se agitaba, algo que palpitaba y parecía vivir, algo que se suponía un hombre, pero que en realidad no era más que un montón informe de sangrienta carne, un manojo de tegumentos reunidos bajo una repugnante trabazón de apósitos y vendas.

No se podía suponer, era imposible concebir que bajo aquel cerebro desollado, en que no quedaban más que órbitas, y del cual habían desaparecido todas las membranas; tras aquella garganta abierta á puñaladas; dentro de aquel pecho, cuya región torácica estaba en gran parte descubierta por una inmensa boca que dejaba ver por dientes dos hileras de costillas asomando al exterior; era imposible, decimos, que entre aquella postema, entre aquella plaga de gusanos en incesante hervor, se encerrase una existencia y viviese un alma augusta, pura y acrisolada como la de un mártir.

Y, sin embargo, nada más cierto.

Aquel montón de cieno y heces, vivía.

Vivía; porque á veces, cuando alguna mujer devota penetraba, volviendo la cabeza, en la

iglesia, en cuyo pórtico se exhibía el mendigo, y rozaba con la cola de su vestido alguna de sus heridas, del fondo de aquel carro se levantaba una tristísima queja y una voz cavernosa articulaba con trabajo estas palabras:

—Una limosna por Dios... para esta necesidad...

Con efecto, aquello era una necesidad de ciencia, una necesidad de progreso reclamada por aquel hombre para esta generación envuelta en sombras desposeída de amor y de esperanza.

Ignacio vivió un año de la caridad pública.

Pero su presencia horrorizaba y últimamente eran muy contadas las personas que se acercaban á él para socorrerle.

¡Hería las miradas!

El amor al prójimo en algunas gentes vive de la satisfacción que ese amor reporta á nuestros semejantes y en cuanto puede contribuir á socorrerle en sus tribulaciones.

Inspirada la caridad en esta idea utilitaria en cierto modo, el que ofrece una limosna sólo la ofrece cuando sabe que con ella ha de producir un bien. Si con ella no ha de producir nada ó ha de producir un mal, no la ofrece.

De aquí que fueran pocos los que socorrieran al desgraciado marino.

—¿Qué consuelo podemos dar con nuestro óbolo á sus males? —se decían—; acaso vamos á prolongarlos. Le haría Dios mil favores llevándoselo.

Y de esta suerte, aquella criatura que el mar había arrojado como una escoria sobre la playa,

que la playa había arrojado á un hospital y el hospital á las puertas de un templo, era á su vez lanzada desde el templo al abismo de la desesperación.

Es decir, el mar y la tierra, las olas y los hombres, la ciencia y la caridad en inteligencia, en tratos, para sofocar una existencia vieja, augusta, venerable; todo honradez y ternura.

¡Monstruoso conciliábulo!

Pero en esta conspiración no entraba el Cielo.

En esta gran villanía no podía entrar Dios.

El mendigo no se desesperó.

—María — dijo á su hija al cerrarse una noche la puerta de la iglesia, sin que en todo el día hubiese caído dentro de su carro una limosna—, coge la soga y tira; vámonos á casa. Nadie me socorre ya, todos huyen de mí como de un maldito. ¡Oh! ¿Por qué no se compadecerá de mí el Señor? ¿Qué hago yo en este mundo, Dios mío?

—Padre—repuso la niña—, no se aflija usted; no llore... Yo no quiero que usted se muera, porque entonces ya no podía tirar de su carrito, como la *xubenca* del tío Anastasio. Vamos, vamos á nuestra casa despacito. ¿Verdad que yendo despacio no se hace usted daño, padre?

María recogió la soga, se ciñó con ella el brazo y condujo á su padre á la barraca.

Tras ellos, á pocos pasos, iba un hombre.

Este hombre había salido de la iglesia en el momento de cerrarse sus puertas.

Era el *Páter*.

Había ido al templo con objeto de encargar al

capellán una pastoral del género que él las quería, y al salir había visto á María, merced á un rayo de luna naciente.

María tenía ya nueve años.

Era una niña de escaso desarrollo corporal, como todas lo son á su edad, y especialmente las de la costa de Galicia.

Su seno impúber apenas dibujaba la rudimentaria forma de sus pechos.

Sus pies descalzos y desnudos, la humildad de su traje, la tristeza habitual de sus facciones, la espontánea negligencia de sus movimientos, nada revelaban, inspirando únicamente ese sentimiento de compasión que todo pecho noble experimenta en presencia de la infancia desvalida y obligada á apurar prematuramente la amarga gota de hiel que la vida ofrece en la edad del vigor á la eterna sed de los hijos del trabajo.

María era hermosa.

Pero su hermosura no tenía nada de carnal, nada que hablase á los sentidos.

Viendo sus ojos, fijándose en la luz de sus pupilas, se descubrían lontananzas celestes, atmósferas azules pobladas de creaciones angélicas, vislumbres de nimbos y matices de alas.

Era tranquilo, era dulce, era tierno todo cuanto inspiraba; superterrenal, divino.

No podía ser un hombre el que sintiese otra cosa. Debía ser un monstruo.

Tirando del vehículo en que iba su padre, María atravesó algunas calles de la ciudad y llegó á la barraca.

Sus alrededores, según costumbre, estaban desiertos.

Para hacer penetrar el carro era preciso salvar un pequeño escalón de piedra que había á la entrada, y María abandonó la soga, colocóse á la espalda del vehículo, y por medio de un ligero movimiento, las ruedas delanteras avanzaron.

Iba á imprimir al carro otro movimiento para ponerlo dentro del umbral, cuando de pronto se contuvo.

Había sentido en su carrillo el chasquido de un beso y la presión de una tenaza en una de sus desnudas pantorrillas.

— ¡Dios mío! — murmuró sorprendida y volviendo instantáneamente la cabeza.

—¿Qué tienes, hija?—le interrumpió su padre.

— Soy yo, tontuela...; soy yo... ¿No me conoces? El señor cura, tu vecino; el que te ha dado rosquillas tantas veces... ¿Y ese valor, Ignacio, qué tal ese valor? — exclamó el *Páter* dirigiéndose tan pronto á María como al mendigo.

— ¡Ah, señor!... ¡Muy mal! ¡Cada vez peor! ¡Esto se va á pique! — replicó Ignacio, que no se había apercibido de nada y que reconoció en la voz del *Páter* al vecino que solía acariciar á su hija y socorrerle algunas veces.

— Vaya todo por Dios, hombre; vaya todo por Dios. ¡Dichoso tú si sabes sobrellevar con paciencia tantos males! Acaso ellos sean la purificación de tus culpas en la tierra y te aseguren la bienaventuranza.

—En descargo de mis culpas las ofrezco, padre mío.

Mientras el sacerdote hablaba con Ignacio, María procuraba explicarse la brusca acometida de que acababa de ser víctima.

En su santa inocencia no sabía que el corazón humano es la solfatara en que hierven las pasiones más inmundas, y nada para ella más natural que la demostración de cariño que envuelta en un beso le había prodigado el *Páter*.

—Todos los viejos besan á las niñas—pensaba ella recordando escenas análogas y apelando por primera vez al tesoro de su joven experiencia—. ¿Por qué entonces he de asustarme? Este señor cura, nuestro vecino, nos quiere mucho. Siempre que nos encuentra nos da una limosna y una golosina... Ahora me ha dado un beso... Mi padre también me los daba cuando aún el cáncer no le había comido los labios.

Y María abandonaba sus meditaciones, apareciendo un momento satisfecha. Dijérase que sonreía.

—Pero el señor cura me ha hecho daño en una pierna; mi padre no me hacía daño cuando me besaba—volvía á pensar la niña.

Y entonces sus cejas se fruncían instintivamente, y sus ojos se clavaban con cierta expresión de horror en las groseras facciones del *Páter*.

—¿Por qué me habrá hecho daño? ¿Por qué me habrá besado? Las niñas besan la mano á los curas, pero los curas no besan á las niñas.

Como se ve, María apuraba todos los recursos de su razón en germen para encontrar una solución favorable al problema que acababa de ofrecer á su criterio la negra mano del infortunio.

El sentimiento no discute.

Y María, que había visto siempre en el *Páter* un alma bienhechora que le daba limosnas y dulces, á vuelta de algunas soluciones negativas sacó este producto del problema:

«Limosnas, más dulces, más besos, más pellizcos: igual á cariño.»

¡Sublimes conclusiones de las almas puras!

El *Páter*, que había seguido por algo el carro del mendigo, sacó de uno de sus bolsillos un portamonedas, ademán que premeditadamente hizo notar á la pequeña María, y dijo dirigiéndose á Ignacio:

—Voy á ver si tengo unos cuartitos sueltos. La limosna es lo más grato á los ojos de Dios, y siento no ser poderoso para remediar todas las necesidades posibles.

Ignacio formuló débilmente una palabra de gratitud.

—¡Ah, no!; no me des gracias —volvió á decir el *Páter*, consultando el portamonedas, mientras con sus pupilas verdes devoraba las purísimas facciones de María—. ¡Por vida de...! ¿Pues no me he dejado la calderilla en casa? En fin, mi casa no está lejos. Vete esta noche á verme, María, y te daré una limosnita para tu padre.

—Ahora mismo, señor, si á usted le place—replicó María, penetrando con el carro en la ba-

rraca—. Mi padre me esperará un ratito, mientras vuelvo.

— Sí, hija mía; vete con el señor cura, y vuelve pronto, porque Juan aún no vino del muelle y necesito que me renueves las hilas de estas llagas, que me están matando. ¡Dios le dé salud al señor cura, que tanto se interesa por nosotros!

María trasladó cuidadosamente á su padre desde el carro en que le conducía á un jergón que se hallaba tendido en el suelo, único lecho de aquel desgraciado, y después de arrebujarlo cuidadosamente en una manta, salió de la barraca, en cuya puerta la estaba esperando el *Páter*.

— Cuando usted guste, señor cura.

—Vamos, pues, hija mía.

María siguió al *Páter*, y ambos avanzaron hacia la casa de éste, que, como sabemos, estaba próxima á la barraca.

VI

En aquel momento un hombre saltó como una fiera desde la acera opuesta, y se les interpuso.

—¡Miserable! —prorrumpió deteniéndoles y amenazando al *Páter* con el puño cerrado—. ¿Adónde lleva usted esta niña? ¡Ah, infame! ¡Quiere usted perder un alma inocente y pura valiéndose de la caridad, cuyo nombre profana!... Dios me ha colocado en este momento entre usted y mi hermana para salvar mi honor y el de ella, y si no le mato á usted es por respeto á esos hábitos que viste... María, vamos á casa. ¡Renuncia á la caridad de ese hombre! Su limosna te mataría.

El que de este modo se presentaba era Juan.

Juan había notado la anterior escena desde la acera opuesta de su casa, por donde paseaba á la sazón en compañia de don Ambrosio, á quien había conocido aquella tarde en el muelle.

Proponíale Paniagua una buena colocación en las filas carlistas; hacía todo lo posible por catequizarle. Juan se resistía.

—Tengo á mi padre enfermo y una hermanita que quedaría desamparada.

—Sí, pero los tienes en la miseria, y de tenerlos bien á tenerlos mal va mucha diferencia. No seas tonto, y mira lo que te conviene.

—Lejos yo de su lado, no podrían seguramente vivir sin mí.

—Sí... ¡Para lo que ganas con tu barca! Allí, por de pronto, eres teniente; al mes serás capitán; á los dos meses, comandante; á los tres meses, coronel, y, en fin, en poco tiempo puedes llegar á general, porque de menos nos hizo Dios; y hombres hay allí que valen mucho menos que tú y son lo que quieren, lo que les da la gana.

Aquí llegaban en su conversación, cuando don Ambrosio se detuvo. Había visto venir al *Páter* por la acera de enfrente persiguiendo el carro del mendigo.

—Es mi padre, que regresa de la puerta del templo—observó Juan.

—¿Es tu padre? ¿Es tu padre aquel desgraciado? ¿Y aquella niña que tira del carro?

—Mi hermana.

—Pues, hijo, ¡para que veas lo que es la miseria!... Allí tienes á tu hermana perseguida por aquel hombre, que no la dejará á sol ni á sombra hasta que la pierda.

—¿Qué dice usted, señor? El que viene detrás del carro es un señor sacerdote...

—Ríete de cuentos. ¿No ves? Fíjate. Mira cómo la besa... Mira cómo la ofrece dinero...

—¡Oh!...

—Tranquilízate y observa. Ahí le tienes..., saca el portamonedas..., dice que no tiene dinero suelto... Invita á la niña á que le acompañe á casa. ¿Qué tal?... ¿Eh?

— ¡Deje usted, deje usted que me entere!... ¡Oh! ¡Imposible!, ¡imposible!

— ¡Chist! ¡Silencio!... No quiero que ese hombre nos oiga. Aguarda, y le cazarás á tiempo. ¡Hele ahí! Está esperando que salga tu hermana. ¡Oh! Le ciega la pasión, y por esto no nos ve... La niña sale..., él sonríe...; echan á andar. ¡Esta es la ocasión! Vete, y vuelve. Yo te espero.

Todo esto hubo ocurrido cuando Juan pudo salvar la distancia que le separaba de la puerta de su casa é increpó como hemos visto la criminal conducta del *Páter*.

Obediente María á las indicaciones de su hermano, cuyo lenguaje no comprendía, volvió al lado de su padre, mientras que el sacerdote, que había escuchado á Juan sorprendido, comprendiendo que había sido cazado en la trampa, bajó la cabeza, y sin replicar palabra se metió en su casa.

— Sí, váyase usted, mal sacerdote; pero no crea usted que esto ha de quedar así... ¡Seducir á las niñas de los pobres! ¡Mañana nos veremos ante el Juzgado!

Después de esto Juan se dirigió, paso á paso, en dirección de don Ambrosio, que le esperaba.

— Vamos á ver, ¿te obstinas aún en no aceptar mis proposicionos?

— No, señor. ¡Acepto!

— ¡Haces bien! Sólo así puedes conjurar la miseria de tu casa, que, como ves, puede ser la deshonra de tu familia.

Don Ambrosio y Juan se separaron, prome-

tiendo volver á tratar definitivamente del asunto, que había de dar por resultado el embarque de Juan para el Norte.

Al día siguiente de estos sucesos, uno de los Juzgados de La Coruña entendía en una causa sobre conato de estupro, á instancia de Ignacio Comba, padre de María.

VII

Tal era el estado de las cosas cuando comienza nuestra historia.

Don Ambrosio Paniagua y el *Páter* habían recibido una nueva remesa de dinero y continuaban su propaganda con el sigilo y la cautela que exigía un asunto de tanta gravedad.

Ya los hemos visto reunidos en su casa, haciendo el balance mensual de cuentas y tratando de justificar del mejor modo posible la inversión de unos fondos que no siempre eran religiosamente consagrados al objeto que se les señalaba.

Y es que ambos emisarios, si como depositarios de la confianza de don Carlos podían, previa la asignación que éste les había señalado, resignarse á desempeñar oficios para los cuales contaban con la sagacidad truhanesca y la hipocresía de las almas viles, como hombres tenían sus pasiones y sus necesidades, y con tal de halagarlas y atenderlas, lo de menos era cometer una estafa que á la corta ó á la larga había de pasar desapercibida al gobierno económico de su rey y señor, como pasaban tantas otras de mayor calibre.

«El cura de Santa Cruz — se decían — ha comprado el año pasado una casa en Bayona y acaba de adquirir otra en Sille por 200.000 francos. ¿Y

qué era ayer? Un miserable párroco de Hernio.

»Pues ¿y el conde del Pinar, triste secretario de una Junta foral de Vizcaya, elevado de la noche á la mañana á ministro de Hacienda de don Carlos? Hoy tiene 9.000.000 en el Banco de Londres y un palacio en París, cuyo alquiler le produce 12.000 duros de renta.»

Pasando de este modo revista á todos y cada uno de los servidores del Pretendiente, y analizando con la seguridad del que conoce el terreno el origen de las fortunas improvisadas al calor de su nombre, el teniente coronel de las filas carlistas y el escolapio se creían autorizados para dar á los fondos el destino más adecuado á su capricho, procurando, sin embargo, que en los estados de fin de mes apareciesen convenientemente invertidos.

Tenían una mina de poderoso filón que ellos sabían explotar como mejor les parecía.

Para esto ni el *Páter* ni Paniagua necesitaban consultar á su conciencia.

Bien es verdad que no la poseían.

El balance del mes de julio había sido funesto para ambos.

Hasta allí cada uno había trabajado por su propia cuenta con entera libertad, y aparentando un excesivo celo por los progresos de la causa que defendían.

Pero en el balance de julio se habían notado desfalcos y robos; los dos administradores se habían erigido en fiscales, se habían acusado, habían censurado sus propias gestiones, y desde

aquel momento la independencia mutua de sus trabajos era insostenible y debía ceder el campo á la inspección minuciosa de los actos del uno por el criterio libre del otro.

¿Era esto posible?

La autoridad supone ley, y allí nadie podía invocarla porque nadie la conocía.

¿Qué autoridad podía tener el *Páter* sobre don Ambrosio, ni don Ambrosio sobre el *Páter*?

Si don Ambrosio derretía en el juego el dinero que debía dedicar á la recluta, el *Páter* consagraba al soborno de la infancia y al sobreseimiento de una causa de estupro, valiéndose de la insaciable avaricia de una curia venal, dispuesta siempre al cohecho, el que debía invertir en alocuciones político-religiosas.

Así es que, conociéndose como se conocían, ni don Ambrosio podía someterse al *Páter*, ni el *Páter* á don Ambrosio, sin reconocerse implícitamente una perversidad que en punto á moral estaban muy lejos de concederse el uno al otro.

Ambos eran dos piratas en tierra; dos merodeadores, entre los cuales no podía haber otro lazo de unión que la mutua responsabilidad de sus asaltos y pillajes.

Su situación, por consiguiente, era cada día más difícil. Comprendiéndolo así don Ambrosio, á la mañana siguiente de realizar el balance de que hemos hablado, levantóse más temprano de lo que tenía por costumbre y se dispuso á pasar á la habitación de su amigo con objeto de des-

pertarle y celebrar con él una importante conferencia.

«Ahora—pensaba don Ambrosio Paniagua, mientras daba una mano de cosmético á sus largos mostachos grises—, ahora estará durmiendo como un bendito, ajeno completamente al golpe que le espera. ¡Miserable curilla! Atreverse á pedirme cuentas á mí de lo que á él no le importa... ¿Se las pido yo á él, por ventura? ¿Me meto yo en averiguar su conducta y mucho menos en censurarle sus descuidos administrativos? Y, sin embargo, tanto derecho tengo yo como él, que quiere echárselas de apoderado inteligente y celoso. ¡Yo le daré su celo y su inteligencia! Diantre, ¡pues no faltaba más!... ¿En qué país vivimos?

»Nada, le hablaré muy claramente. Estoy dispuesto á trabajar por mi propia cuenta, sin que nadie se meta en si lo hago bien ó si lo hago mal. De una manera ó de otra, él no ha de responder por mí. No quiero comanditas cuando se trata de intereses... El diablo las carga... y ese mozo tiene vicios que á mí mismo me deshonrarían. El mejor día comete un crimen de los que hasta ahora le han salido bien, me lo trincan, la curia se apodera de la Caja, y yo me quedo en la calle tomando el fresco... No quiero compromisos, no, señor. Hacienda, tu dueño te vea. Le reclamaré la mitad de los fondos existentes, encomendados á mi gestión, y yo sabré dar cuentas de ellos. Y lo de Juan Palomo: yo me lo guiso, yo me lo como.

»Si ese imbécil de Carlos no fuese tan dado á las sotanas, más cuenta le tendría. Y es lo que yo

digo: la causa carlista se ha de perder en España por los curas. Quieren meterse en todo, y ellos no sirven más que para tocar el violón. ¿Qué ha de resultar de un estado de cosas en que los curas zascandilean por todas partes? El *ejército de la corona* no ha ganado una sola batalla desde que aparece en la Historia. Sus barbaridades levantaron contra el principio de autoridad los pueblos de la Edad Media, y su ambición trajo sobre España siete siglos de guerra, que empieza con la traición de un obispo y acaba con el establecimiento de la Inquisición, en que tostaron á mi abuelo. Luego se mezclan en las Comunidades, y las Comunidades mueren en Villalar y Simancas, en el tajo y en la horca. Quieren defender la monarquía absoluta, y nos traen á España 100.000 franceses amamantados en el seno de la revolución, que dieron al traste con el reinado de Fernando VII y no evitan el reinado liberal progresista de su hija. Tratan de asesinar á ésta, y Merino se deja ahorcar como un santo en Madrid, cuyos habitantes van á aventar sus cenizas junto á las tapias del Cementerio General. ¡Ni para regicidas sirven! Quieren luego consolidar el trono de Francisco II de Nápoles, y lo pierden; quieren hacer lo mismo con el imperio de Maximiliano, y dejan que Juárez lo fusile y amase con su sangre los cimientos de una República; quieren declarar infalible al Papa, y el Papa pierde el poder temporal y se declara prisionero de Víctor Manuel. ¡Si tuvieran vergüenza no saldrían de la sacristía! En hora buena que conspiren y que

suelten por la boca, desde el púlpito, todos los sapos y culebras que se les antoje; no me importa. Pero esto que han de querer mandar más que los militares; servir de consejeros del rey en la Corte y de generales en el campo; esto de que sean ellos los preferidos, los niños mimados de todas partes, y, sobre todo, esto de venirme á reprender á mí y á decirme que soy esto y lo de más allá... ¿quién?, un curita que no sabe dónde tiene la mano derecha... No, francamente, no lo aguanto.»

Como se ve, Paniagua poseía algunas nociones de Historia, que él, llevado de su odio al clero, no perdonaba ocasión de recordar, aunque, como sucedía en este caso, no encajasen completamente dentro de la tesis que trataba de defender.

Pero ese odio en él era tan grande, tan cordial, si cabe la palabra, que muchas veces tomaba la parte por el todo, el detalle por el conjunto, y en el exceso de su saña cometía anacronismos sensibles que envolvían graves injusticias históricas, y que en realidad no debían recaer en desprestigio del clero.

Paniagua no entendía una palabra de filosofía de la Historia, ni estaba acostumbrado á sorprender el espíritu de las cosas.

La pesca de la verdad — permítasenos el símil — es como la de la perla. Para ésta necesita el buzo descender al fondo de las aguas, perderse en un laberinto de vegetaciones submarinas y distinguir, entre mil semejantes, el molusco en cuyo centro se ha formado la concreción de la

perla, esa hermosa enfermedad de los tentáceos, oportunamente comparada á la viruela.

Para aquélla se necesita un criterio poderoso que supla al pulmón del buzo; y tras el maduro examen de los hechos, levantar de entre mil errores confundidos aquel bajo cuyas apariencias se oculta la verdad que se persigue.

Porque como la perla en la concha, la verdad suele estar siempre dentro del error.

El criterio de Paniagua no era todo lo resistente para un trabajo de esta índole, y por eso discurría como hemos visto.

Así que acabó de atusarse los bigotes, sacó la petaca, encendió un cigarro y se dirigió á la habitación del *Páter*, decidido, según él mismo ha dicho, á reclamar la mitad del capital y trabajar separado de la fiscalizadora tutela de su correligionario.

El *Páter* tenía su alcoba en el fondo del gabinete consagrado á despacho, y estaba separado de éste por dos puertas vidrieras revestidas de visillos blancos.

Don Ambrosio penetró en el gabinete, que estaba á obscuras, se dirigió á la ventana que daba á la calle, y abrió de par en par las maderas.

—¿Cómo, truhán? — dijo, mientras hacía esta operación y dirigiéndose en alta voz á su amigo para despertarle—. ¿Las ocho de la mañana y esto cerrado todavía? ¡Ese es el interés por el cumplimiento de tus deberes!

Abiertos los entrepaños de la ventana, el gabinete se inundó de luz, y don Ambrosio se en-

caminó hacia la alcoba, cuyas vidrieras permanecían cerradas.

— ¿Acabarás de dormir? — volvió á exclamar, tosiendo fuerte y adoptando una actitud dramática, como quien tiene que habérselas con otro.

Y luego levantó el picaporte, abrió una de las vidrieras y se introdujo en la alcoba.

La cama del *Páter* estaba vacía, intacta.

— Hola... ¿Se ha levantado ya, ó es que no se acostó? — exclamó asombrado paseando una mirada escudriñadora por la habitación.

— ¡Calla! Ha descolgado de la percha toda su ropa... Aquí no está el baúl ni la maleta... ¿Si habré soñado alto esta noche..., y habrá madrugado más que yo? Tendría que ver que se me hubiese escapado con el dinero. ¡Ah!... Pero no; allí está la caja, sobre la mesa de despacho. Lo que es la imaginación; ya estaba pegando á ese hombre cuatro tiros por infame... Traerá entre manos alguno de sus trapicheos...

Durante el anterior monólogo, el semblante de don Ambrosio había pasado sucesivamente del color moreno al negro, del negro al rojo y del rojo al pálido, y un temblor de ira agitaba todo su cuerpo, que iba calmándose á medida que sus ideas se serenaban con la esperanza de recobrar los fondos que ha poco creía perdidos.

En tal estado, salió de la alcoba y avanzó en dirección á la mesa de despacho.

En uno de sus ángulos se levantaba un cofrecillo de hierro de alguna extensión, cuya llave se colocaba siempre en una taquilla próxima.

Don Ambrosio registró con avidez la taquilla, dió con la llave y la metió en la cerradura del cofre.

—Por lo que pueda importar, retiremos religiosamente la mitad de las existencias — dijo á media voz, y luego continuó, como refiriéndose al *Páter* —. Serás un santo, pero no te creo.

Y abrió el cofre.

Don Ambrosio dió entonces un puntapié en el suelo é hizo un gesto de suprema desesperación.

El cofre no contenía nada.

Únicamente había en su fondo un papel manuscrito.

Don Ambrosio lo cogió entre sus manos crispadas y leyó:

«*Coruña, 1.º de agosto de 1875.*

»Amigo mío y correligionario : Una de mis grandes fatalidades es la de conocer, sin pretenderlo muchas veces, á simple vista la gente con quien me trato. Va á hacer un año que don Carlos me puso en relaciones contigo. ¡Figúrate, pues, si habré tenido tiempo de conocerte y estudiarte! Hace algunas horas tú y yo hemos sostenido un pequeño altercado, y recuerdo que me amenazaste con una delación cuando te corregí amistosamente un abuso que te permitías con un dinero por todos conceptos sagrado. La posibilidad de que esa delación se realice, porque en ti una amenaza es la víspera de un crimen, y por otra parte la noticia del proceso

que se me ha formado, y que hoy preocupa á toda La Coruña, dificultan grandemente mi permanencia en este pueblo, del cual pienso alejarme muy pronto.

»Las necesidades de mi viaje han de ser muchas, y tanto para atender á ellas, cuanto para evitarte responsabilidades, he resuelto aligerar el cofre en que hallarás esta carta, llevándome los treinta mil duros que constituyen la segunda consignación, que nos hizo don Carlos, deducidos los gastos ocasionados en el pasado mes.

»Tuyo de corazón,

Páter.

»P. D. Como yo no estaré tranquilo hasta que te vea seguro y disfrutando de los altos premios á que tus méritos te han hecho acreedor, he creído oportuno, adelantándome á hacer en tu obsequio lo que tú quisiste hacer en el mío, dedenunciarte al gobernador civil de la provincia como agente carlista y jefe de la recluta en todo el reino de Galicia, antes de abandonar este país.

»Y échame un galgo.»

—¡Ah, belitre!—exclamó don Ambrosio después de leer este procaz documento—. ¡Ah, bandido! ¡Canalla! ¡Infame! ¡Y yo que te creía dormido, ladrón, mal engendro, cobarde! Olfateabas un asalto, y eso que tenías aplastadas las narices como tu alma. ¡Asesino!... ¡Sólo tú pudiste haberme engañado!

Paniagua estrujó el papel entre sus manos y se dejó caer sin aliento en una silla.

Su rostro se había cubierto de una amarillez mortal.

Sus ojos brillaban como dos centellas.

Estaba feroz, violento, convulsivo.

Transcurrieron algunos segundos, durante los cuales sólo se oía en la habitación su resuello precipitado y el estridente castañeteo de sus mandíbulas, agitadas por movimientos de cólera.

De pronto se escucharon pasos en la sala.

— ¿Quién va? — gritó don Ambrosio fuera de sí, echando mano á la cintura, según la costumbre militar, tan arraigada en él, pero buscando en vano con que defenderse.

— No hay que asustarse — contestaron á un tiempo dos agentes de Policía que habían penetrado en la casa con el mayor sigilo —. Es cuestión de un tiro si usted se mueve.

Y ambos le amenazaron con sus revólvers.

— ¿Á quién buscáis aquí, zopencos?

— Á usted; usted es un *carcunda,* y tenemos orden de conducirle á la cárcel.

— Siempre hacéis lo mismo. Dejáis la carne y os roéis el hueso. Bárbaros, ¿por qué no habéis venido anoche, y os hubierais aprovechado de treinta mil duros?

Don Ambrosio se puso á merced de los agentes, y éstos le condujeron á la cárcel por primera providencia.

VIII

Al día siguiente del suceso que acabamos de narrar, era objeto de todas las conversaciones en La Coruña la noticia de haber sido sorprendido y reducido á prisión el agente carlista don Ambrosio Paniagua, á quien se le habían ocupado, entre otros documentos, varios despachos de oficiales del ejército rebelde firmados por don Carlos y una lista de individuos reclutados por soborno, comprensiva de las cantidades que les habían sido ofrecidas y de los puntos en que debían prestar respectivamente su servicio.

La noticia, detalladamente publicada por los periódicos de la localidad, que, digámoslo para honra suya, reprobaban sin excepción y del modo más enérgico este hecho escandaloso, produjo, como era consiguiente, la mayor indignación en todas las clases sociales, y en especial en el pueblo trabajador y honrado, cuya sencillez acababa de ser tan cobardemente sojuzgada.

Como sucede siempre, el suceso, corriendo de boca en boca, se exageraba, se abultaba y llegaba á tomar proporciones gigantescas, sin que por eso se desnaturalizase.

Gentes había que al saber que se trataba de la prisión de un carlista no se contentaban con darle este nombre, sino que, para hacer más interesante y más heroico el hecho, aseguraban que el preso era don Carlos, cosa disculpable en los pueblos que, como el coruñés, se han distinguido siempre por su implacable odio á la causa que aquel nombre representa.

Pero ello es que la inicua traición del *Páter* denunciando á Paniagua había producido los efectos que aquél saboreaba de antemano al trazar la *posdata* de su carta, escrita, como se habrá adivinado desde luego, inmediatamente después de haber tenido lugar las explicaciones con don Ambrosio, y que éste, sujeto por de pronto á un expediente gubernativo, era el blanco de las iras populares, horas después de su detención.

Para que así se comprenda necesitamos trasladarnos á la barraca de Ignacio en la mañana siguiente al de la partida de su hijo.

La barraca de Ignacio, heredada de sus abuelos, constaba de un solo cuerpo, y se dividía en tres pequeñas habitaciones; dos de éstas colocadas á ambos lados de la puerta de entrada y destinadas á dormitorios, y la restante, en el fondo, dando frente á la calle, destinada á cocina.

La humedad constante que se desprendía del piso, que era terreno, y el frío que penetraba por las grietas de sus ruinosos muros, hacían peligroso, desde el punto de vista higiénico, la permanencia en aquel recinto de todo ser viviente, y acaso habían contribuído un poco á la

muerte de la mujer de Ignacio y al progresivo y rápido desarrollo de la horrible enfermedad que éste padecía.

Por lo demás, el mobiliario de la barraca quedaba reducido á un jergón en cada dormitorio, un escaño junto al fogón y algunos pucheros de madera y barro enmohecidos que adornaban la espetera de la cocina.

Lo mismo la techumbre de éste que la de los otros departamentos desaparecían casi del todo tras una confusión de redes y remos viejos, lonas y cables rotos, colocados horizontalmente y sostenidos desde las vigas por ristras de ajo desgranadas, que constituyen en Galicia las cuerdas de los pobres.

Pendientes de las paredes veíanse algunas pieles disecadas de pescados deformes, haces de bocinas de caracoles marinos y retazos de tela tricolor plegados sobre astas quebradas que acusaban restos de banderas nacionales, salvadas acaso del naufragio en las borrascas equinocciales del mar.

¡Sagradas panoplias, timbres brillantes de esos obscuros héroes del trabajo cuyos nombres no se graban en mármoles ni bronces, cuyas luchas no cantó ningún Homero y cuya esclavitud no redimió ningún Mesías!

Tal era en su conjunto el interior de la barraca, que hasta ahora no hemos tenido tiempo de examinar.

Á la sazón, Ignacio acababa de curarse, con el auxilio de su hija, las infinitas heridas que

dilaceraban sus carnes, y decía sacando su cabeza completamente vendada fuera de la manta que le cubría:

— Gracias, hija mía; gracias. Tú eres la única que no me abandona; la única que siente mis dolores. Has mudado las hilas de mis llagas sin causarme tormento alguno. ¡Alabado sea Dios! Parece que quedé en la gloria...

— ¿Está usted á gusto, padre?

— Sí, María; ya puedo sosegar un poco. ¡Ah! Estas heridas del pecho y de la cara no me dejaban respirar, no me dejaban quejarme siquiera. ¡Bendita seas mil veces, hija mía!

A estas palabras sucedió un momento de silencio.

Debemos advertir, por muy molesto que nos sea descender á detalles que sobre repugnantes pudieran parecer de poco interés para el conjunto de nuestra historia, que aunque Ignacio había perdido en el hospital la mayor parte de sus órganos, invadidos por el cáncer, entre los cuales figuraban los de la visión, los labios y aun parte de la lengua, podía, sin embargo, aunque con gran trabajo, articular palabras que, si por cierta eufonía gutural y cavernosa con que las emitía, resultaban ininteligibles para todos, no lo eran para su hija, que, acostumbrada á oirle, había logrado habituarse á su metal de voz, si puede llamarse así el ruido que resulta de una violenta contracción del epigastrio ejerciendo presión sobre una laringe carcomida para formular sonidos.

Estaba la pobre niña tan identificada, tan adherida por los brazos del amor filial, tan cerca, en una palabra, de aquella existencia miserable, de aquella perpetua agonía, que, aun sin escucharle, María hubiera comprendido el deseo más recóndito de su padre por el sólo latido de sus heridas, bien así como se reconoce el corazón en las palpitaciones del pecho.

No es, pues, de extrañar, y antes por el contrario, parece natural, que el desgraciado Ignacio, para quien en la tierra no había una esperanza ni un consuelo, tuviese en su hija, que al fin era carne de su carne y alma de su alma, un ser que le amase, le consolase y comprendiese.

—María — volvió á decir Ignacio después de exhalar un profundo suspiro —, dame ahora un poquito caldo del que sobró anoche, porque tengo hambre. Ya sabes cómo me lo has de dar...: mojando el hisopo de trapo y aplicándolo despacito, muy despacito, á la llaga de la garganta. De otro modo, no puedo aprovechar el alimento.

La niña se levantó, dirigióse á la cocina y volvió al poco rato con una escudilla llena de un rancio brebaje que había sido condimentado el día anterior.

En seguida se acercó al lecho de su padre y humedeció con algunas gotas su garganta horadada por todas partes.

El enfermo parecía animarse á medida que el hisopo de trapos y estopa recorría los bordes de sus irritadas llagas, sobre las que dejaba al-

gunas gotas de caldo, que eran absorbidas con ansia, desapareciendo en las sangrientas fosas de su esófago.

— Basta; no me des más, María. Ahora bésame, ya que no puedo besarte. ¡Dios mío, qué triste es para un padre querer besar á su hija y no poder; querer abrazarla, y no tener brazos; querer mirarla, y no tener ojos!...

María levantó un apósito del pecho de su padre é imprimió un beso sobre su corazón.

— Quisiera dormir ahora, pero no puedo. No se aparta de mi cabeza la idea de la partida de Juan. ¡Abandonarnos así á los dos, de la noche á la mañana, sin decirnos siquiera adónde va! Él, que era la ayuda de esta casa, mi única esperanza, tú único escudo! ¡Si al menos estuviese Lucas á nuestro lado!... Pero éste ha muerto en la guerra... Yo bien sabía que nos lo iban á matar.

— ¿Quién sabe, señor; quién sabe? Aun no tenemos noticias ciertas.

— Sí, es verdad; pero tres años sin escribirnos... Tres años sin acordarse de su padre... Aquel soldado licenciado que nos dijo hace poco que vivía, que estaba en Guetaria, acaso nos engañó. ¡Qué desamparo el nuestro! Todos nos abandonan, todos nos dejan cuando no servimos para nada. Ayer aún tenías tú quien defendiese tu honor, pobre hija mía, de las asechanzas de un mal hombre, y yo quien atendiese con su trabajo á mis necesidades... ¡Ahora, nada! No nos queda nada á que volver los ojos; ¡ni ojos siquiera para volverlos á ningún lado!

Ignacio entonces se revolvió dentro de la manta que le cubría en una convulsión horrible. Se oían crujidos de huesos y desgarramiento de tendones, estridores de nervios y silbidos aflautados de aire que invade vasos y arterias.

Era que Ignacio lloraba.

—Padre, padre mío, no llore usted; no llore usted, por Dios, si no quiere usted que también yo llore. Ya sabe usted lo que dijo el médico la última vez que estuvo á verle, hizo ayer ocho días. Me encargó que no se pusiera usted triste, porque la tristeza irrita los humores; sí, esto mismo dijo, lo recuerdo bien. No llore usted, padre. Juan se marchó, es verdad; pero nos ha dejado algún dinero y dijo que se iba en busca de más, porque con la lancha no se gana nada. Juan es muy bueno y nos quiere mucho. Ya verá usted qué pronto se acuerda de nosotros.

—¿Para qué queremos su dinero? ¿Qué me importa á mí su dinero? El que anoche nos dejó y con el cual comeremos unos días, es para mí un veneno porque no sé en qué pudo haberlo ganado. Yo he de morirme muy pronto, y el dinero ya no me hace falta. Cuanto más pobre, mejor, porque más pronto tendrán fin mis males. Pero tú, María..., tú que te quedarás huérfana y sin amparo cuando todavía eres una niña..., ¿qué va á ser de ti? ¿Quién te pondrá á cubierto de la miseria? ¿Quién desafiará entonces con mi barquilla las tempestades del mar? ¿Á quién irá á parar la choza en que nacieron mis abuelos? No, no quiero dinero; quiero á mis hijos que me

abandonan, quiero á mi Juan que es ya el único varón que me queda.

— Bueno, bueno; pero no se aflija usted, porque si no nunca se pondrá bien.

— Yo bien... ¡Ay! No tengo ya esperanzas...

— Pues yo, mire usted, las tengo. El médico nunca me dice que usted se morirá.

— La muerte nunca avisa, hija mía; teme que le arrebaten su presa. El mejor día me llamarás y no te responderé porque habré muerto.

— ¿Pues no se cura el cáncer?

— Ya ves cómo me lo han curado; aserrándome y llevándose mis pedazos.

— ¿Y eso qué importa? Ya le nacerán á usted otros.

— Eres muy niña, María, y por eso dices esas cosas.

— Pues los árboles crecen aunque los cortan.

— Sí, pero eso es porque Dios hace milagros con los árboles. ¡Los hombres somos menos que los árboles.

— Pues no debía ser así.

— ¿Qué sabemos nosotros de todo eso? Aquí no hay más que dejarse cortar y dejarse morir poco á poco.

Hasta aquí llegaban padre é hija en su conversación, cuando un nuevo personaje entró en la estancia.

Era otro marinero vecino y amigo de Ignacio que á la sazón traía un periódico en la mano.

— ¿Conque tu hijo era carlista, Ignacio? ¿Y tú te atreviste á aconsejarle que se fuese? ¿Cómo

permitiste esta iniquidad, tú que eras antes más liberal que Riego? — exclamó con ira el recién llegado apenas penetró en la habitación del canceroso, mientras clavaba en él miradas terribles y coléricas.

Ignacio, que conoció por la voz á su amigo, dejó escapar un espantoso grito al escucharle.

Acababa de explicarse la misteriosa desaparición de Juan, del modo más vergonzoso para él y más inesperado.

— ¿Qué, te sorprende que tus amigos lo sepamos? ¿Querías tenértelo oculto para evitar una vergüenza? Pues te salió al revés; toda la ciudad lo sabe y pronto lo sabrá toda España. ¡Tu hijo, el hijo de Ignacio Comba, nombrado teniente del ejército de ese arenque de Carlos *Chapa!* ¡Y su padre consintió esta ignominia! ¿De qué te han servido cincuenta años de mar, si no aprendiste á tener hijos liberales? No te pongas á aullar debajo de esa manta... Lo que tú has hecho dejando marchar á tu hijo es una picardía, y esas picardías no te las enseñó el mar, que cuando hace algo lo hace muy noblemente y levantando siempre la cabeza, ¡porque puede!

Ante estas terribles acusaciones, Ignacio parecía desesperarse y hacía esfuerzos supremos para formular en una sola palabra todo el dolor que sobre los que ya tenía le proporcionaba aquella triste nueva.

María, que comprendió el estado de su padre, acercóse á él y le rogó nuevamente que no se violentase por nada.

Ignacio dirigió algunas palabras á María, y ésta reveló al forastero todo cuanto sabía acerca de la partida de Juan.

El marino entonces, deponiendo el airado tono en que hasta entonces se había expresado:

— ¿De modo que Juan — continuó — se ha ido sin deciros adónde? Pues aquí está *El Telegrama* que os lo va á decir inmediatamente. ¡Pobre Juan! ¡Lo han engañado sin duda!

Y desdoblando el número del periódico que traía en la mano, leyó el siguiente suelto, puesto á continuación de la noticia en que se daba cuenta de la captura de Paniagua:

«Entre los individuos reclutados últimamente en Galicia, que debieron haber salido ya de uno de nuestros nuestros puertos, merced á la alevosa gestión del cabecilla á quien nos hemos referido en la noticia anterior, figura Juan Comba, que, á juzgar por una nota puesta al margen de la lista en que aparecía suscrito, debe ser hijo de esta población y de oficio batelero.

»Averiguaciones hechas en la sumaria gubernativa que se instruye al detenido, hacen suponer que éste ha proporcionado al Comba un despacho de teniente y algún dinero, señalándosele el puerto de Bermeo (Vizcaya) por punto de residencia.

»De desear sería, dada la impunidad con que vienen realizando esta y otra clase de alijos los eternos perturbadores del orden, quienes, como es sabido, reciben por la costa cantábrica siempre que se les antoja armas, dinero y hombres,

que nuestra escuadra redoblase su vigilancia para impedir este criminal abuso, ó se retirase á los puertos cediendo el campo al enemigo.»

—Ya lo veis—volvió á decir después de la lectura el vecino de Ignacio—, ya lo veis. Juan está en Bermeo, puerto de la costa que yo conozco mucho, situado entre Guetaria y el cabo Machichaco.

—¿Está cerca Guetaria, señor?—preguntó María.

—Sí, cerca de Guetaria; sólo que Guetaria es de Guipúzcoa y Bermeo de Vizcaya.

—Pues entonces, padre—continuó la niña dirigiéndose al enfermo, que la escuchaba—, si Lucas está con su batallón en Guetaria y Juan en Bermeo, Lucas y Juan están cerca el uno del otro.

—¡Sí, María, sí!...—articuló el desventurado Ignacio—, cerca el uno del otro, sí, ¡pero luchando los dos en opuestos bandos!... ¡Oh! ¡Sólo me faltaba esta amargura que apurar, sólo me faltaba este suplicio, Dios mío!

El vecino se enteró del estado de Ignacio, y salió.

Cuando el padre y la hija quedaron solos, dijo Ignacio:

—María, recoge el dinero que te ha entregado Juan, cóselo á tu justillo, y vuelve.

La niña obedeció. Cuando terminó esta operación:

—Llévame al carro, María—volvió á decirle su padre.

María levantó del jergón con gran trabajo aquel montón de fragmentos humanos, y los colocó dentro del carro.

— Ahora vámonos de aquí, hija mía; cuando hayamos salido, cierra la puerta de la barraca y guárdate la llave.

— Pero, ¿adónde vamos, padre?

— ¡Á la guerra, María; á la guerra! Voy á colocarme entre mis hijos, puestos el uno frente al otro; voy á morir en paz después de decirles: «No os asesinéis, no os destruyáis, no hagáis que mis cenizas se avergüencen de haberos engendrado.» Dios nos dará resistencia para llegar hasta ellos, porque Dios no es un lobo, y los lobos dejan algún resto de sus víctimas.

María recogió la cuerda que le servía para tirar del carro, salió de la barraca, cerró la puerta, dió vuelta á la llave, que guardó en su seno, y haciendo rodar el vehículo, se alejó con su padre aquel mismo día de La Coruña.

Su peregrinación debía ser por tierra, y por consiguiente, tenían que atravesar Galicia y Castilla antes de llegar al teatro de la lucha.

No les sigamos en esa titánica jornada. Ni nuestro corazón ni nuestra pluma podrían seguirles aunque quisieran. El poema de los héroes necesita ánimos heroicos, y el nuestro desfallecería antes de esbozar todo el sublime horror, todo el majestuoso martirio de una empresa que sólo se concibe cuando el que la realiza es un padre.

Por otra parte, hay algo extraordinario y sor-

prendente, algo de maravilloso é inverosímil en las grandezas de los pequeños. La oruga, de paso torpe y oblicuo, trepando á la hoja del árbol y lanzándose desde allí transformada en mariposa á la ilimitada región de los aires; el caracol arrastrándose en evoluciones pesadas y tardías, y logrando tras un trabajo lento y penoso dominar la colina y embriagarse en el calor de los rayos solares, antes de que éstos iluminen la morada de los poderosos de la tierra; la araña tejiendo, la abeja edificando, la flor sintiendo... todo esto no ha pasado de ser fenomenal dentro de la naturaleza, y si la ciencia lo explica, el corazón lo rechaza.

Dejemos, pues, á Ignacio y á su hija aventurarse en una excursión superior á sus fuerzas y á su aliento. Acaso perezcan antes de llegar al término de su viaje; acaso la muerte, que les sigue de cerca, acorte su jornada y termine compasiva un suplicio sin precedente en la vida de los seres sensibles.

Nosotros también nos vemos precisados á hacer una larga caminata.

Despidámonos de Galicia.

IX

Estamos en Bermeo, algunos días después de las últimas escenas.

Bermeo es un pueblo de pescadores situado en la costa cantábrica y enclavado en los límites de la provincia de Vizcaya.

No obstante, su proximidad al golfo de Gascuña y el haberse apoderado de él los carlistas, le ha hecho desempeñar un importante papel durante la última guerra.

Era el punto elegido para verificar el desembarque de cañones procedentes del extranjero que los legitimistas ingleses y franceses regalaban ó adquirían para don Carlos, no obstante la activa vigilancia que hacia este puerto de la costa ejercía la escuadra del Gobierno.

Pero los carlistas sabían burlar todas las persecuciones de sus enemigos con una audacia que no tiene ejemplo.

En prueba de esto, vamos á citar un hecho muy significativo.

Habían sido batidos en Estella los carlistas con tan mala fortuna para su causa, que hubieron de comprender la necesidad de mejores armas que las que hasta entonces habían usado, procedentes en su mayoría de aprehensiones hechas á los liberales. En este estado, don Carlos escri-

bió á su amigo Mr. William Jefferson, capitán de la marina americana, rogándole que por cualquier medio recogiese en la Casa J. G. y Compañía, de Boston, y pusiese en Bermeo veinticuatro cañones que acababan de comprarse, indicándole al mismo tiempo si podría en lo sucesivo encargarse del transporte y desembarque de las armas que se adquiriesen en el extranjero.

Jefferson aceptó desde luego este encargo, exigiendo 10.000 dólars por cada uno de sus viajes; recogió las cuatro baterías que se le indicaban, y después de verificar un depósito de 100.000 dólars, á que ascendía el valor del cargamento, se embarcó en Boston, en el vapor *London,* con cuatro pilotos vizcaínos y un jefe carlista.

Iba á partir el vapor cuando un agente del Gobierno de Wáshington entregó á Jefferson una orden en la cual se le prohibía, en atención á haber sido reconocida la República española por el Gabinete de la Casa Blanca, verificar embarques de armas con destino á los enemigos de nuestro Gobierno.

Mr. Jefferson no se apuró por tan poco; antes al contrario, adquirió tres piezas más de artillería de montaña, grandes de á 4, cargándose por la recámara, de acero comprimido y peso 160 libras, con alcance de 6 kilómetros; y el 25 de junio de 1874 salió de Boston con rumbo al Imperio japonés, después de haber obtenido, por medio de un hermano suyo empleado en la Secretaría de Marina, una orden para ello.

Al cerrar la noche, el *London,* que había simu-

lado un rumbo contrario al que debía seguir, desanduvo 6 millas NE. de Boston, y desapareció en dirección O.

El 5 de julio por la mañana dió frente el vapor á la embocadura del Gironde. El jefe carlista, en una pequeña lancha, se dirigió á Arcachón; por la tarde llegó á Bayona y desde allí se embarcó para Bermeo, en cuyo punto debía verificarse el desembarque bajo la protección de cinco hatallones acantonados en los alrededores y de ciento veinte lanchas embargadas. El 8 del mismo mes el *London* entró en Bermeo y verificó sin dificultad alguna el alijo, esquivando las celosas miradas de la goleta *Consuelo.*

Hasta aquí no se ve otra cosa que uno de tantos ardides de guerra incesantemente repetidos en circunstancias análogas á las que ha poco se dieron en España. Lo que hay de asombroso en este caso, y que revela la audacia del capitán Jefferson hasta un extremo inconcebible, es que, coincidiendo con la partida del *London* para la costa cantábrica, el Gobierno de Madrid recibió un parte oficial del de los Estados Unidos en que se le decía que éstos habían enviado un crucero á nuestros mares para evitar todo embarque de armas intentado por buques americanos. El presidente del Poder Ejecutivo, general Serrano, dió las gracias á Mr. Caleb-Cushing, embajador de los Estados Unidos en Madrid, y éste, que no había recibido aviso alguno de su Gobierno relativo al crucero, telegrafió á Wáshington, desde donde le contestaron que los Estados Unidos

no habían enviado buque alguno á las costas españolas.

Desde luego se comprenderá que este crucero no era otro que el vapor *London,* cuyo capitán había logrado, por mediación de su hermano, poner á cubierto el cargamento de toda eventualidad.

Lo que pasaba con el *London* pasaba con el *Nieves* y con el *Elvire,* vapor mercante cuyo tráfico no nos es desconocido y que, pretextando relaciones comerciales entre La Coruña y algunos puertos de Francia, recogía en Galicía á los jóvenes reclutas y los dejaba en Bermeo, transbordándolos en lanchas atracadas en las inmediaciones para no tener que pararse frente al puerto, haciéndose sospechoso á los buques de nuestra marina que vigilaban la costa.

La última excursión del *Elvire,* procedente de La Coruña, se había llevado á cabo con toda felicidad, á pesar de los datos que para su aprehensión había suministrado la prensa coruñesa.

Tomadas por su tripulación todas las precauciones oportanas, á las pocas millas de Bermeo acortaron la velocidad del vapor, y con el auxilio de sus lanchas y algunas otras salidas con anterioridad del puerto, se realizó el desembarque de los jóvenes reclutados por don Ambrosio en Galicia. Verificada la leva, el *Elvire* continuó su rumbo y á toda máquina se dirigió á la frontera.

Cuando los reclutas saltaron á tierra, lo primero que hicieron fué enterarse del punto en que debían inaugurar sus tareas militares. Pregunta-

ron por el comandante de las fuerzas de Bermeo y se dirigieron á su casa con objeto de hacer su presentación y ponerse desde luego á sus órdenes.

Éste vivía cerca del muelle en una hermosa casa solariega con miradores al mar, que por rara coincidencia era la misma en que había nacido Alonso de Ercilla, inmortal autor de *La Araucana*, y tan pronto tuvo noticia de la llegada de los jóvenes gallegos, les mandó pasar á un espacioso salón que servía de recibimienlo.

— Á la orden, mi comandante — exclamaron á la vez los reclutas tan pronto se vieron delante de su nuevo jefe, quien se presentó en la estancia precedido de un sargento y haciendo ostentación de su deslumbrante uniforme azul con boina roja.

— ¡Hola, muchachos! Creí que no acababais de llegar... ¡Por vida de Dios! Ha tardado más esta remesa que ninguna de las anteriores. Por lo visto, mi amigo Paniagua no se mata á trabajar. Hace bien. Algunas veces el que más pone más pierde. Vamos á ver, ¿cuántos sois?

— Veintiuno, mi comandante — repuso uno de los reclutas en nombre de sus compañeros.

— Pues lo dicho, mi amigo Paniagua hace todo lo posible por no darse malos ratos. Se conoce que le va bien en La Coruña. ¡Veintiún hombres! ¡Yo que esperaba ochenta para organizar una compañía!... Sargento, extienda usted la filiación de estos individuos, que deben pasar al segundo batallón de Artillería.

El sargento se dirigió á una mesa colocada en

el fondo de la estancia, tomó una pluma y dispúsose á cumplir la orden de su jefe.

—¿Cómo te llamas?—interrogó el comandante á cada uno de los reclutas, mientras el sargento anotaba nombres en la lista.

—Pedro Muiños, para servir á Dios y á usted.

—¿Y tú?

—Gabriel Couselo.

—¿Y tú?

—Juan Comba.

—¿Y tú?

—Damián Piteliños.

—¿Y tú?

—Claudio Labandeira.

—¿Y tú?

—Felipe Lamela.

—¡Labandeiras, Couselos, Piteliños!...—dijo el comandante con un gesto de profunda ironía—. No ha habido ningún gran guerrero que se llamase así. Vuestros nombres están reñidos con la guerra. Pero, en fin, aunque no sea más que para hacer bulto..., algo es algo.

Cuando el sargento hubo anotado los nombres de todos, preguntó:

—¿Y ahora, mi comandante?

—Ahora al cuartel con ellos. Que se despojen todos de sus ropas y que se vistan de uniforme. Golpe de rancho, golpe de instrucción, palo, y luego haré lo demás.

—Mi comandante—interrumpió uno de los alistados, sacando de la faltriquera un papel cuidadosamente guardado—, permítame usted una

observación. Tengo aquí un despacho expedido por don Carlos en que se me nombra teniente de su ejército. Me ha sido entregado al salir de La Coruña, y en mi caso se encuentran casi todos mis compañeros.

Y esto diciendo, el joven, en quien el lector habrá reconocido á Juan Comba, puso en manos del comandante el despacho á que se había referido.

—¡Ah! Sí, efectivamente—repuso el jefe faccioso—, tienes razón..., no había caído en la cuenta. Pero es el caso que esto... como si no... Ha perdido todo su valor desde el momento que pusiste el pie en tierra. Estos nombramientos se expiden, pero no se reconocen. ¡Pues no faltaba más! ¿Adónde iríamos á parar si así no fuera? Mientras se hace la recluta, estos documentos son indispensables, porque son necesarios... Después... esto y un papel mojado viene á ser lo mismo.

Estas palabras, pronunciadas por el comandante de las fuerzas de Bermeo con una sonrisa de desdén irritante, fueron escuchadas con sorpresa por los reclutas, de entre quienes no tardaron en levantarse sordos murmullos de protesta.

—¿Eh, qué es eso? ¿Quién se atreve á levantar el gallo en mi presencia? ¡Cuidadito con la subordinación! ¡Á ver si saco el charrasco y os enhebro á todos de una estocada! ¿Habráse visto imbéciles?... ¿Pues no quieren que se les reconozca el grado de teniente y no saben hacer el ejercicio?... ¡Que se os ha engañado! ¿Y á mí

qué?... Precisamente no es otra cosa la que se busca.

—Pero, mi comandante—objetó el pobre Juan, temblando como la hoja en el árbol ante la feroz actitud de su interlocutor —, estos nombramientos están autorizados por don Carlos... No es posible que dejen de tener valor, no es posible...

—¡Silencio!—interrumpió el comandante montando en cólera —. ¡Silencio, vive Dios! ¡Cuádrense ustedes inmediatamente!

Los infelices reclutas, que no comprendían el significado de aquella orden, mirarónse unos á otros y quedaron mudos, consternados.

— Cuádrense ustedes — volvió á decir el comandante, cada vez más iracundo.

Pero nadie se movía. Únicamente inclinaron todos la cabeza en actitud humilde, creyendo interpretar así el mandato de aquella furia.

— Puesto que no queréis cuadraros, yo haré que se me obedezca.

Y comenzó á repartir bofetadas á diestro y siniestro, que todos recibían sin atreverse á respirar.

Viendo que este procedimiento no daba resultados, porque los reclutas no se disponían á cuadrarse, el comandante sacó su espada de la vaina, y arremetió con ella á sus víctimas.

— ¡Por Dios, señor; por las ánimas benditas, no nos maltrate usted! — suplicó Juan levantando la cabeza y dejando ver en su carrillo una herida de la que fluía un torrente de sangre —. Si no nos cuadramos es porque no sabemos...

Estas palabras fueron entrecortadas por sollozos.

—¿No os sabéis cuadrar? ¿No os sabéis cuadrar y queréis que se os den honores de teniente? ¡Eh, eh, eh! — repuso soltando una feroz carcajada el comandante carlista.

Y dirigiéndose otra vez al sargento, continuó:

— Llévese usted esos *gallegos* lejos de mi presencia, y no me los deje usted de la mano hasta que sepan bien el manejo del cañón.

— Muy brutos me parecen, mi comandante, para hacer bueno de ellos — dijo el sargento, saliendo con los reclutas de la sala.

— Pues nada, ya lo he dicho: ¡palo! ¡palo, hasta que sepan hacer la puntería! Luego, si revienta el cañón y los deshace..., ¿á mí qué me importa?

Tal es el éxito obtenido en sus empresas por los ilusos jóvenes que, atraídos con la esperanza de un porvenir brillante, ó por atender únicamente á las necesidades de su familia, se dejaron seducir por las ofertas de los agentes secretos del carlismo, y no vacilaron en aceptar empleos cuyas credenciales, cuando no apócrifas, resultaron sin ningún valor una vez logrado el objeto apetecido.

X

Desde aquel día Juan quedó destinado, como se ha visto, al cuerpo de Artillería de don Carlos, cuya Academia estaba en Azpeitia.

La artillería carlista componíase en su totalidad de jefes procedentes del ejército liberal y de algunos oficiales franceses que vestían pantalón negro con franja encarnada, boina azul, blanca ó roja como la infantería, y capote ó levita, también negra, con dos hileras de botones dorados en el pecho y granadas bordadas en el cuello.

Revestido Juan de este uniforme, leyéronsele los capítulos de la Ordenanza militar, recientemente aprobada en un Consejo de generales facciosos, y se le envió al cuartel.

El cuartel de Bermeo se hallaba establecido provisionalmente en una de las iglesias del pueblo; y de las tres naves de que constaba, una había sido destinada á dormitorio de la tropa, otra á almacén de víveres y municiones, y otra á establo de acémilas y bueyes útiles para transporte de material de guerra.

Separaban estos departamentos otros tantos tabiques de madera que, arrancando del pavimento, llegaban hasta las cornisas de las columnas centrales, dejando un espacio descubierto

que hacía comunes á los tres recintos la bóveda principal del templo.

Por lo demás, el local destinado á cuartel ofrecía muy poco de notable. Á derecha é izquierda, entrando, se veían grandes hileras de camas improvisadas sobre un entarimado que recorría los cuatro ángulos de la nave, y en el fondo un pequeño pabellón en que se colocaban los fusiles y demás fornituras de los soldados.

Excepción hecha de un púlpito que se levantaba en el centro y que servía de cantina, y de un altar arrinconado á la entrada, sobre el cual había un San Ignacio de Loyola de tamaño natural, nada se veía allí que hiciese recordar la iglesia de Jesucristo.

Cuando Juan penetró en aquel lugar, morada de Dios en otro tiempo, tan impíamente profanada ahora por los que se llamaban defensores de la religión, era ya de noche, y un farolillo sucio, colgado en medio de la galería de la misma cadena tal vez que había sostenido la lámpara alimentada por la piedad de los fieles, extendía por todo el ámbito una luz opaca y mortecina.

Á su débil claridad, Juan observó desde la puerta el local á que se le destinaba, y al fijarse en la efigie del santo no pudo ocultar un movimiento de miedo y de sorpresa. La escultura, que se le presentaba de perfil y á pocos pasos, tenía un fusil echado á la cara, una mochila á la espalda y la cabeza inclinada hacia adelante y cubierta por una boina, cuyo borde descendía sobre uno de sus hombros.

Costaba trabajo convencerse de que tras aquellas apariencias horribles no existía otra cosa que la humilde actitud de una imagen inclinada sobre la cruz que había desaparecido; porque de tal modo los vizcaínos allí acuartelados, sin duda por simpatías de sectas, habían desfigurado á su paisano y patrono, que aquella hermosa escultura, lejos de parecerse á un santo, se confundía con un centinela dando el *quién vive* desde una avanzada, ó tratando de fusilar al primero que penetrase en aquel recinto.

Repuesto de su sorpresa, Juan avanzó algunos pasos, y al llegar al altar de la imagen quiso quitarse la boina é hincar una rodilla en ademán de respeto; pero hubo de desistir muy pronto de su propósito, porque al intentar realizarlo notó que estaba siendo objeto de las sangrientas burlas de la soldadesca.

— ¡Estos son los carlistas! — pensaba el desdichado joven, mientras buscaba una cama vacía para descansar de sus molestias —. Yo había oído hablar de sus crueldades; sabía que entre ellos la caballerosidad no existe, la religión es una mentira, pero nunca pude suponerme que llegase á tanto cinismo. ¡Ah! ¡Declarar sin valor la firma de su rey! ¡Convertir en cuartel el templo, los santos en asesinos! ¿Con qué derecho, entonces, nos hablan de respeto, de moralidad, de justicia? ¡Oh! Me habrán burlado, pero no me engañaron... Les conocía antes de verme con ellos. El pueblo venturoso, los hombres que no manchan sus manos en sangre, no mentían, no, cuando narraban

sus crímenes. Puedo decirlo ante Dios que todo lo ve y todo lo sabe, ante Dios á quien nada se oculta: no me trajo aquí, no me trajo á esta tierra un entusiasmo ni una fe que no siento... Pero yo no podía permanecer indiferente á las desgracias de mi casa... Mi padre, mi hermana... ¡Dios mío! La miseria, la muerte y la deshonra amenazando lo que más amo en la tierra... Verles caer, verles morir y no salvarles; ¡qué crimen para un hijo y para un hermano! ¡Qué vergüenza para el mundo!

»He querido sacrificarme: he querido con mi sacrificio evitar el suyo, y... ¡acaso no he hecho otra cosa que aumentarlo, acaso no he conseguido más que precipitarlos en la desesperación y la ruina!»

Abrumado bajo el peso de sus tristezas, Juan, que acababa de ver hacia uno de los ángulos del edificio varios petates ó jergones hacinados, se dirigió al montón y extendió uno de ellos en el suelo.

Sobre el petate echó una de esas mantas cenicientas que tanto caracterizaban al soldado carlista y que acababa de darle el furriel de su compañía como complemento de su uniforme, y luego se dejó caer pesadamente, reclinando la cabeza en una de sus manos.

Entregado á sus reflexiones Juan, ni siquiera se fijaba en el confuso murmullo producido por las animadas conversaciones de los soldados que comentaban en vascuence ó celebraban con estrepitosas carcajas las noticias siempre satisfac-

torias que para la causa que defendían veían diariamente en *El Cuartel Real.*

Así pasaron algunos momentos.

De pronto se escuchó el toque de queda. Los soldados buscaron respectivamente sus petates, y el cuartel quedó sumido en el más profundo silencio.

Juan no tardó en cerrar los ojos.

Hubiérase creído que dormía.

Pero su sueño era inquieto y agitado.

La terrible burla de que acababa de ser objeto; la rotunda negativa de su jefe al pedirle el reconocimiento del despacho de teniente, único móvil que le había obligado á desligarse de su padre; la presencia y el trato de gentes extrañas cuyo lenguaje no comprendía y con las cuales se vería en la necesidad de alternar en lo sucesivo, por más que su contacto le repugnase; la doble herida que acababa de recibir en el corazón y en la mejilla; las nostálgicas tristezas que acuden al corazón del desterrado siempre que recuerda las dulces horas de la patria, horas pobladas de encantos que ya no volverán á deleitar el alma: todo esto pesaba como losa de plomo sobre el corazón de Juan, cuyo sueño no era otra cosa que una espectral pesadilla sofocando tenazmente todas sus ilusiones y esperanzas.

Permaneció algunas horas en aquel letargo.

Poco á poco su respiración fué haciéndose más regular y uniforme, y sus facciones adquirieron ese color animado que revela una completa tranquilidad de espíritu.

Las borrascas del corazón, como las de la Naturaleza, acaban por descubrir horizontes azules y despejados.

Juan quedó profundamente dormido.

Cuando despertó había amanecido, y la voz de los clarines que tocaban *Diana* resonaba en toda la población, confundiéndose con los lejanos gemidos de las olas, que parecían remedar sus metálicos acentos.

Una hora después se le hubiera visto entre una fila de reclutas jurar la bandera, recibir la lección inicial del arma á que se le había destinado, y hacer ejercicios de instrucción, simulacros de ataques y defensas, y esa porción de evoluciones militares que constituye el aprendizaje de los quintos.

En estos ejercicios transcurrieron para Juan tres meses.

Pasado este tiempo, el comandante de las fuerzas de Bermeo, que le había visto ejecutar con bastante precisión algunos movimientos,

—Oye, tú, gallego—le dijo—: ¿sabes que me gusta tu desenvoltura y la rapidez con que verificas las cargas de las baterías? Apostaría doble contra sencillo que antes de un mes, con un poco de práctica, eres el mejor artillero que ha recorrido nuestras líneas. ¡Falta nos hace buena gente! Esa Academia aristocrática de Azpeitia es un nidal de imbéciles, que salen de allí con mucho galón y muchos... humos; y... total..., no saben hacer un blanco. ¿Quieres ir á Zarauz? El jefe de la fuerza de aquel cantón me ha pedido algunos

artilleros de provecho. Probablemente te destinará al fuerte de Gárate, que está cerca de allí. Es muy buen sitio: allí no hay peligro ninguno. El monte de Gárate es inexpugnable. Conque, ¿te decides, ó no?

— Yo, mi comandante, iré dónde usted quiera. Lo mismo me da un sitio que otro; no conozco este país.

— Pues corriente. Esta misma noche te pondrás en camino tú y tres más de tus paisanos. Zarauz no está lejos, doce horas de Bermeo á todo tirar. Ea, coged las mochilas, y andando.

Ante una orden de este género, Juan no debía vacilar.

Unióse, pues, á sus compañeros de viaje, y aquella misma noche partió para Zarauz.

XI

Cuando ocurrían estos acontecimientos, la artillería carlista había llegado á su mayor apogeo y sostenía los bombardeos de Hernani, San Sebastián y Guetaria.

Los vapores *London* y *Nieves* verificaban todos los días alijos considerables por Bermeo y el cabo Higuer; y esto, unido á la incesante y activa fundición de las fábricas de Azpeitia, Vera, Urdax y Bacaicoa, hacía que sólo en el Norte contase el ejército rebelde con 81 piezas de montaña desde las baterías Krupp á los poderosos cañones rayados de á 12 centímetros, y desde las granadas Withworth á las bombas de 27, cuya fuerza explosiva es incalculable.

Con tan poderosos elementos se comprenderá lo peligroso que debía ser un bombardeo, si se atiende á que la artillería enemiga se había apoderado de las mejores posiciones del territorio vascongado, cuyos desfiladeros servían de guarida á diez y nueve batallones de infantería, mandados por los pretendidos generales Bérriz y Egaña; tropas perfectamente disciplinadas y conocedoras del país, como reclutadas dentro de las mismas provincias en que prestaban servicio.

Ensoberbecidos los carlistas por el estado cada vez más floreciente de sus armas, habían blo-

queado, como hemos dicho, las poblaciones de Hernani, San Sebastián y Guetaria, siendo esta última plaza la más hostilizada por sus fuegos.

Visitémosla.

Guetaria es una villa de escaso vecindario. Patria de Elcano, el primero de nuestros marinos que dió la vuelta al mundo en 1552, agrupa sus viejos edificios en torno de la magnífica estatua de aquel varón ilustre como una madre celosa de la gloria de su hijos.

Rodeada de fuertes dominados por los carlistas, y defendida únicamente por cinco compañías del batallón reserva de Mondoñedo, compuesto en su mayor parte de soldados gallegos, sus calles presentaban el aspecto de un cementerio, y cada una de sus casas era un montón de escombros.

La población, sin embargo, no se rendía. En vano se irritaba el mar impidiendo que los buques arribaran al puerto para socorrerla con víveres; en vano se acababan las municiones haciendo imposible toda defensa. Las cinco compañías del provincial de Mondoñedo se resignarían á una ración diaria de dos galletas por individuo; se dedicarían á la pesca de tiburones, y contestarían á pedradas las mortíferas balas enemigas.

De esta manera la población no perecería de hambre, y la guarnición llenaba uno de sus más sagrados deberes.

En la madrugada del 20 de octubre, el pueblo de Guetaria ofrecía un aspecto desconsolador.

Los fuertes enemigos no habían cesado en toda

la noche de hostilizarle, y sus certeros disparos habían producido veintisiete bajas dentro de la plaza, quedando reducidas á polvo las escasas viviendas que aun se mantenían en pie.

Con este motivo el pánico no podía ser mayor.

El hospital de sangre estaba atestado de heridos y en el estrecho local habilitado para cementerio no cabían las víctimas del estrago, cuyos cadáveres tenían que ser sepultados de dos en dos, ó arrojados al mar después de recibir las oportunas honras.

El fuego continuaba todavía, y cada vez era más vivo, más general y más intenso.

Los carlistas ya no enviaban proyectiles fundidos en Vera, que las más de las veces no estallaban, ó si estallaban, sus cascos no se esparcían en mortales círculos, quedando íntegra su mitad inferior; sino que se empleaban bombas Plasencia de espantoso diámetro, granadas Wolwich y Vavasseur y balas Withworth, tan celebradas hoy por sus terribles efectos.

Reunida la oficialidad que mandaba las cinco compañías del batallón de Mondoñedo en una especie de túnel que existía á la entrada de la población, sobre el muelle, y que había sido habilitado como el lugar más seguro para cuartel de la fuerza defensora, deliberaban acerca de la conveniencia de reforzar las guardias y de relevar las avanzadas, con objeto de evitar lo que se llama un golpe de mano.

—No cabe duda—decía el jefe de la fuerza,

dirigiéndose á unos jóvenes oficiales—, el enemigo conoce nuestro estado y quiere á todo trance apoderarse de la población. De otra suerte no se explica el incesante fuego con que nos asedia desde ayer. No debemos pensar en auxilio, porque esto es inútil. Sin comunicación con San Sebastián, ni más buques que las lanchas de los pescadores para aventurarnos á pedir refuerzos que el mal estado del mar y el fuego de los fuertes habían de retardar grandemente, no nos queda más recurso que nuestra propia iniciativa. Por consiguiente, creo que lo oportuno en este caso es aumentar la vigilancia en los puntos avanzados y redoblar las guardias de la muralla. ¿No les parece á ustedes lo mismo.

—Eso creo también; pero hay un inconveniente — repuso uno de los interpelados—. La tropa hace tres días que no prueba el rancho, porque se acabaron todas las provisiones, y ya no tiene galletas ni cigarros; hoy no podrá racionarse si no se recoge alguna pesca, y en este estado es muy difícil que nuestros soldados puedan soportar el penoso servicio que se les exige.

—No diga usted eso, hombre; no diga usted eso. ¿Acaso nuestros paisanos, acaso los gallegos del provincial de Mondoñedo son como esos alfeñiques de andaluces que se caen desmayados si no están comiendo siempre? Que hace tres días que no prueban rancho... Triste cosa es por cierto; pero usted debía saber, porque no hace muchos días que aconteció, que después de cuarenta y ocho horas de ayuno, varios soldados pescaron

un tiburón y se lo comieron crudo las cinco compañías, quedando tan satisfechas...

—Lo recuerdo perfectamente, pero aquellas privaciones y éstas han dado por resultado la enfermedad de muchos, y la pérdida de fuerzas y la flojedad de todos. Yo soy de opinión que no se exija nunca al soldado más de lo que puede.

—Y entonces, ¿qué quiere usted? ¿Quiere usted que demos media vuelta y nos larguemos, y digamos á este heroico vecindario: «ahí queda eso», sólo porque tenemos hambre?

—Dios me libre de pensar semejante cosa, antes me daría yo la muerte; pero la verdad es que debíamos excogitar otro medio menos penoso.

—Pues, hijo, no lo encuentro. Lo que hay aquí de cierto es que la plaza peligra, que la noche pasada nos han abrasado esos malditos, y que si no nos damos prisa son capaces de echarse sobre nosotros. ¡Digo! Y, según parece, no nos rodean más que 2.300 hombres, entre ellos siete compañías de guías de don Carlos.

—Haga usted cuenta de que no he dicho nada. Únicamente hice á usted una observación que me pareció oportuna acerca del estado de las tropas...

—Observación que estaba muy en su lugar, pero que no es preciso tener presente en vista de las circunstancias. Así, pues, ¿tienen ustedes confianza en sus compañías?

—Completa — contestaron todos.

—¿Podrán ustedes entresacar de ellas algunos chicos dispuestos...?

— Mi compañía entera irá derecha al enemigo á una voz mía — repuso uno de los oficiales.

— Necesito un hombre, sobre todo, que esté dispuesto á morir.

— Tengo uno que es una alhaja.

— Tráigamele usted aquí, y en tanto procedan ustedes desde luego á relevar las guardias, colocando cuatro individuos en aquellos puntos en que hasta ahora no prestó servicio más que uno, con orden de hacer fuego sobre el primero que se acerque al muro, y avisar de todos los movimientos del enemigo.

Los cinco oficiales salieron á cumplimentar respectivamente el mandato superior, presentándose al poco rato el soldado á quien el oficial se había referido.

— Me han dicho que eres un valiente: ¿será verdad? — le preguntó el jefe apenas le vió delante.

— Eso dicen — mi comandante —, pero yo no recuerdo de haber hecho ninguna valentía.

— ¿Cómo te llamas?

— Lucas Comba, señor.

— ¡Calla! Comba... Comba... ¿Fuiste tú el que recogiste el otro día aquella bomba de mortero que nos arrojó el enemigo, arrancándole la espoleta en el momento de caer?

— Sí, mi comandante.

— Razón tenía el teniente de tu compañía: ¡eres una alhaja! Aquella bomba pudo habernos hecho trizas á los treinta que nos habíamos refugiado en la iglesia al sentir el disparo, y gracias á tu serenidad...

— Cualquiera hubiera hecho lo mismo, mi comandante; penetró por el techo, cayó á mi lado, humeaba la mecha, y yo no hice más que echarme sobre ella y retorcerla el hocico para que no mordiese.

— Se necesita tener la cabeza á pájaros como yo la tengo en el dichoso bloqueo para haberme olvidado de ti. Mañana te pones los galones de cabo, ¿oyes?

— Muchas gracias, mi comandante. Hace tres años que no esperaba más que esos galones para escribir una carta á mi casa y dar un alegrón á mi familia.

— Ahora voy á darte un encargo. ¿Sabes dónde está la poterna de la muralla que da al campo carlista?

— Sí, señor.

— La muralla por esa parte es ancha, y sobre ella puede perfectamente pasearse un centinela. Es el punto más avanzado y de más peligro que tiene la plaza. ¿Te atreves á colocarte allí de imaginaria hasta que te releve?

— ¿Que si me atrevo, mi comandante? Pues no parece sino que es aquello la boca de un horno...

— Te advierto que allí tendrás que estar á descubierta, que á 200 pasos tienes la primera trinchera enemiga, á 300 la segunda, á 400 la tercera y las cuatro bocas del fuerte á 2.000 metros de distancia.

— Pues sea lo que fuere, usted manda y yo obedezco.

—Es que no quisiera que te desgraciases, Lucas.

—Hierba mala no muere; no tenga usted cuidado.

—Bueno; pues ya que te atreves, coge un fusil y vete al muro. Desde allí observas todo lo que pase, y cuando ocurra algo grave avisas al retén que mandaré colocar de la parte de adentro de la poterna, á tus mismos pies. ¿Has comprendido?

—Sí, mi comandante.

—La empresa es peligrosa y confío en tu celo.

—Á la orden de usted.

—Adiós, Lucas. Dentro de un par de horas haré que te releven.

Lucas se alejó.

—Mal sitio es—iba diciendo para sus adentros, mientras se disponía á partir en dirección al muro—; pero, ¡qué diablo!, así distraigo el hambre, y al fin, ¡ya puedo decir que soy cabo! ¡Poco contento que se va á poner mi padre cuando lo sepa! Pues ¿y mi madre?... ¿y mi hermano Juan?... ¿y María? Como si los viera..., ¡van á bailar de contentos!

Como se ve, Lucas ignoraba los dramas que habían ocurrido en su casa desde su marcha al servicio, y esto, en parte, constituía una felicidad para él.

Después de tres años de azares y fatigas lejos de su hogar, al evocar su dulce recuerdo se figuraba hallarlo aún constituyendo el pequeño paraíso en que había corrido tranquila su niñez, como la nave que se levanta serena é indiferen-

te sobre las irritadas olas; bien ajeno de que el nido de la cándida paloma había sido profanado por el gavilán, entre cuyas garras estaban desangrándose los más caros objetos de su alma.

Distraído ó, más bien, enajenado por los penosos deberes de la milicia, nunca tan ineludibles como en tiempos de guerra, unas veces confundido en la lucha y otras verificando marchas, Lucas había intentado vanamente en esos tres años hallar ocasión para comunicar á su familia noticias de su paradero, del cual nada hubiera sabido ésta á no ser por un soldado cumplido de su misma compañía.

El empleo que acababa de concederle su jefe le proporcionaba el motivo más grato para escribir á su casa, y Lucas se propuso no desaprovechar la ocasión.

Así, pues, surtió de algunos cartuchos su morral, recogió el fusil, y acompañado de cuatro soldados y un cabo, elegidos para formar el retén de la poterna, se dirigió á la muralla, sobre cuya silueta no tardó en destacarse majestuosamente su figura.

El retén se había colocado por la parte interior del muro, quedándose así á cubierto del fuego enemigo.

Una vez en su puesto, Lucas tendió una mirada de soslayo á las posiciones carlistas y sonrió como se sonríe un soldado veterano de la imbecilidad de un quinto.

—Cabo Louredo—dijo después en voz baja al jefe del retén, que le escuchaba desde adentro.

— ¿Qué ocurre, Lucas? — contestó alarmado el cabo.

— Saca tu tintero y escribe una carta que te voy á dictar.

— ¿Y para eso me llamas? ¿Has olvidado que á los centinelas les está prohibido hablar? Bien podías dejarlo para mejor ocasión.

— Desde aquí nadie me oye. En algo he de pasar el tiempo. Vamos, escribe.

El cabo Louredo, que era un buen muchacho, y que además debía cierto piquillo á Lucas, sacó un tintero de cuerno del bolsillo del capote, extendió un pedazo de papel sobre la rodilla, y se dipuso á escribir.

— ¿Á quién dirijo la carta? — preguntó.

— Á mi hermano Juan, que es el único que sabe leer en mi casa.

Lucas entonces comenzó á dictar desde el muro, no sin tender de vez en cuando una mirada escrutadora en dirección á los fuertes cuya vigilancia le había sido encomendada.

XII

Mientras esto ocurría en Guetaria, Juan llegaba á Zarauz, después de un viaje penoso á través de los desfiladeros y montañas que separan la provincia de Vizcaya de la de Guipúzcoa.

La topografía de estas provincias es de lo más accidentado que se conoce.

Sierras inmensas perfilándose sobre un cielo gris como dentadas bocas de monstruos que bostezan; montes elevadísimos cuyas metas se pierden en las nubes, semejando espadas de cíclopes preparadas para la venganza; barrancos de una profundidad vertiginosa que parecen conducir á regiones pobladas de miedo; gargantas sombrías donde jamás penetró un rayo de sol, y donde la atmósfera es hielo que paraliza y mata: he ahí todo.

Sólo el que haya visto aquella tierra puede comprender la teoría dantesca de los círculos.

Nada más extraordinario, en efecto, que un país sin horizontes y sin llanuras; todo peñascos, todo montañas, anfractuosidades y depresiones.

Imprimir la planta en aquel suelo es flotar sobre una borrasca petrificada, que tiene por olas breñas abruptas y abismos espantosos por vorágines.

Visitar aquel país es firmar el acto de justifi-

cación del fanatismo religioso y político de sus habitantes.

El absolutismo no se comprende hoy en ninguna parte, y se comprende allí. Las montañas de Guipúzcoa y de Vizcaya son barreras, son centinelas, son cerrojos que guardan algo. Donde no hay tesoros no hay candados, porque éstos no hacen falta.

Se ha acusado á esas provincias de carlistas, y esto es injusto.

Fuera igual acusar al erizo porque pincha. El erizo es erizo porque ha nacido entre cardos.

El territorio vasco tiene en sus montañas un tesoro, ese tesoro que nosotros llamamos el cadáver del pasado; tiene privilegios, tiene fueros.

La raza éuscara, su hija, tiene tambien una consigna: la consigna de guardar ese cadáver.

¿Por qué recriminarla?

¿Para qué rechazar el efecto si reconocemos la causa?

¿Es triste que haya lobos?

Pues talemos los bosques, y los lobos no podrán vivir en el llano.

La libertad es el lebrel de las grandes injusticias; soltarlo en el monte es dar caza á la fiera.

Juan, como hemos dicho, acabada de entrar en Zarauz.

Había andado mucho, y llegaba sofocado, extenuado de fatiga.

Hubiera deseado descansar, pero esto no le estaba permitido en tanto no se pusiese á disposición de sus superiores.

En Zarauz había un comandante de Artillería que era el jefe de las fuerzas diseminadas en los fuertes y reductos de los alrededores, y Juan se presentó á él después de enterarse de su domicilio.

— ¿Qué traes por aquí, muchacho? — preguntóle su nuevo jefe apenas le vió entrar en la habitación.

— Vengo de Bermeo, mi comandante. El jefe de aquellas fuerzas me ha dado orden de que me presente á usted juntamente con otros tres soldados que se quedaron esperándome á la puerta.

— ¡Ah, sí! Le he pedido cuatro buenos artilleros porque hace falta gente... Todos los días hay deserciones... Bueno... ¿Sabes enfilar bien un cañón?

— Me parece que sí, mi comandante.

— Corriente. ¿Y tus compañeros?...

— Tan bien ó mejor que yo, mi comandante.

— ¡Magnífico! Pues ahora mismo, sin pérdida de tiempo, vas á ir donde yo te diga.

El comandante se dirigió hacia una ventana, hizo aproximarse á Juan, y luego :

— ¿Ves aquel monte? — continuó, extendiendo su brazo en dirección á una gigantesca eminencia que se destacaba en el horizonte, y cuya cima estaba coronada de aspilleras.

— Sí, mi comandante; ese es el fuerte de Gárate, según me han dicho á la entrada del pueblo.

— Una de nuestras mejores posiciones; ¡inexpugnable, terrible! Pues bien : antes de media

hora debes estar allí. Te necesita el oficial del fuerte.

— ¿No tiene usted nada que mandarme?

— Nada más. Di á tus compañeros que suban, para darles también mis instrucciones.

Juan hizo su saludo y se fué.

—No puedo más—murmuraba al bajar las escaleras—. ¡Yo, que venía molido, tener que subir ahora sin descansar esa cuesta! ¡Esto vine á alcanzar á la guerra, trabajos!

Así diciendo, Juan llegó á la puerta de la calle, despidióse de sus compañeros, á quienes indicó que subiesen á ver al comandante, y se encaminó poco á poco en dirección al fuerte de Gárate.

—¡Infame don Ambrosio!—pensaba el artillero carlista al comenzar á subir la pendiente, apoyado en una rama de encina que había traído de Bermeo —. ¡Infame don Ambrosio! ¡Ofrecerme un nombramiento de teniente sin valor ninguno para echarme el gancho! ¡Burlarse así de un hombre de bien y de un pobre viejo impedido que está en la miseria! Y ya tres meses fuera de mi casa, sin saber de mi padre ni de mi hermana...; sin poder enviarles un ochavo, porque ni el real y medio de plus nos pagan... ¡Qué tormento, válgame Dios; qué tormento tan grande!

»Y luego esto de no tener un punto fijo..., esto de estar tan pronto á las órdenes de un jefe como de otro, tan pronto en Bermeo como en Zarauz, como en Gárate... El comandante acaba de decir que los soldados desertan... ¡Si yo hubiera podido desertar! He jurado las banderas, pero ¿esto

qué importa? ¿Soy yo carlista, por ventura? Además, no me pagan, y sobre no pagarme, me maltratan y me hacen vivir entre gentes que no entiendo. Pero ¿adónde voy yo, pobre de mí, que no conozco estos pueblos ni sé qué puntos ocupan las tropas liberales? En fin, Dios me abrirá camino. Lo que siento es que me hayan separado de mis compañeros, y no pueda hablar gallego con nadie. El único consuelo que me quedaba me lo acaban de quitar...»

Insensiblemente Juan había vencido la ruda pendiente del monte, y sin darse cuenta de ello se encontró á pocos pasos de la meseta.

—¡Alto! ¿Quién vive?—gritó un centinela que guardaba la entrada al divisarle.

—Artillería de don Carlos—contestó Juan.

—Adelante—contestó el centinela.

Y Juan penetró en el fuerte.

El fuerte de Gárate, situado en una eminencia de ciento sesenta metros sobre el nivel del mar, había sido construído, por decirlo así, con todas las reglas del arte. Su radio era de setenta metros por el exterior y de sesenta por el interior, trazado por un muro circular compuesto de grandes cestones de arena, y estaba convenientemente aspillado y rodeado de un foso que lo hacía inexpugnable. Á cada una de las cuatro aspilleras abiertas en el muro asomaba su boca una pieza Withworth larga, de siete centímetros, y en el centro había un mortero de gran calibre.

Tal era el aspecto de la fortificación en que Juan debía recibir el bautismo de fuego, la cual

estaba defendida por el teniente don Próspero Cirujeda, hombre de setenta años, absolutista predestinado que, después de una campaña realista con Fernando VII, carlista con Carlos V, miguelista con don Miguel de Portugal y pontifical con los zuavos de Pío IX, venía á encontrarse en iguales condiciones y con las mismas esperanzas que tenía en sus más verdes primaveras.

Su constitución privilegiada había resistido sin sofocarse un sueño de medio siglo.

Á la voz del centinela, el teniente don Próspero, que acababa de mandar cargar una de las piezas, se dirigió á la entrada del reducto, y vió á Juan que se adelantaba en la misma dirección, después de atravesar el puente tendido sobre el foso.

—¡Por cien mil bombas, perro, date prisa si no quieres que te levante la tapa de los sesos! ¿Te han dicho, por ventura, en Zarauz que subieses durmiendo esa cuesta, badulaque? Posible sería... El que se está en su casa muy á gusto, se olvida de los que pasan aquí la pena negra... Ea, vamos, entra; ¿qué haces ahí en la puerta? ¿Tú serás el artillero que estoy esperando hace tres días?... Corriente. Aquí se trabaja mucho; no pasa lo que ahí abajo, en Zarauz, en donde todo el mundo se está mano sobre mano, pintando la mona, mientras los hombres de mérito como yo se sacrifican sin ningún provecho en este fuerte. ¡Qué dos días llevo! ¡Trescientas descargas en dos días! ¡Claro!, ¿cómo he de tener fuerzas? ¿Cómo no ha de enfermar en esta fragua toda la guarnición? Pues, nada, no me queda un soldado; todos caye-

ron enfermos, y yo me encuentro solo, completamente solo enfrente de ese maldito pueblo que tiene más resistencia que una montaña.

Juan escuchó asombrado esta andanada de frases que le dirigía el teniente por vía de saludo, púsose á sus órdenes y esperó.

Don Próspero se internó en el fuerte, indicó á Juan que le siguiese, y cuando ambos se encontraron al lado de las baterías,

—Veamos—dijo don Próspero—, veamos qué se puede esperar de ti. ¿Conoces el alcance de estas baterías?

—Sí, señor; alcanzan á más de cuatro mil metros.

—¿Puedes calcular la distancia que nos separa de ese pueblo que ves enfrente?

—Dos mil metros, poco más ó menos.

—Muy bien. Tienes buen golpe de vista. Á ver, enfila ese cañón sobre aquel bulto que se destaca encima de la muralla.

Juan adelantó una de las piezas hasta colocarla dentro de la tronera del muro, y apuntó.

—¿Está?

—Sí, señor.

—Pues... ¡fuego!

Juan dió mecha; una inmensa columna de humo levantóse al cielo, y sonó una detonación vibrante, ronca, prolongada, que fué repetida por el eco de montaña en montaña hasta desvanecerse en el viento.

Don Próspero sacó de una cartera que llevaba colgada al hombro unos lentes de campaña y ten-

dió una mirada hacia el punto que había servido de blanco.

— ¡Ah, ah, ah! —exclamó riendo—. Bien, hombre; bien. Lo hiciste añicos... ¡Dios de Dios! ¡Se quedaron las piernas colgadas del muro!

Y luego, guardando los anteojos, continuó:

— Me parece que puedo descansar tranquilo un par de horas confiado en tu pericia. ¡Eres un gran artillero!

— Este es mi primer tiro, mi teniente.

— ¡Cómo! ¿No te habías fogueado hasta ahora?

— He tomado parte en los simulacros y hecho salvas en los ejercicios de instrucción. Nada más.

— Pues, chico, te portas como un héroe. Por de pronto acabas de descuartizar á un *guiri*, á un gallegazo de los de Mondoñedo. He ahí lo que se llama el primer tiro bien aprovechado. Me parece que entre tú y yo vamos á dar muy pronto cuenta de Guetaria. Pero... ¿oyes? ¿oyes?... —acentuó Cirujeda sacando la cabeza por una de las aspilleras y en ademán de escuchar—. Desde aquí se puede oir algo cuando el viento es favorable... Ahora se conoce que recogen el muerto... ¿No oyes?... Juraría que dicen: «¡Pobre Lucas!...» Vaya, ya sabemos cómo se llamaba ese negro...

— ¡Cómo! ¡Señor!... ¿Dicen eso? ¿Oyó usted eso? ¿Ese pueblo es Guetaria? —preguntó Juan sobresaltado con voz ahogada y temblorosa, mientras llevaba una mano á la cabeza, pálido como un muerto.

— ¿Qué es eso, muchacho? Te has puesto como un cadáver... ¡Bah! Ya sé: habrá dado el cañón

alguna sacudida... Estaría mal emplazado... En cuanto á ese nombre, me atrevería á asegurar..., aunque es posible que me equivoque... Pero ¿á ti qué te importa que el muerto se llame Lucas ó Perico de los Palotes, ni que sea ó deje de ser Guetaria ese pueblo?

Juan ya no oía nada.

Un temor siniestro se había apoderado de su alma. Luchaba con la idea de una posibilidad terrible, y sus sienes latían y sus ojos parecían saltar de sus órbitas.

—¡Oh, Dios mío! —murmuraba como perseguido por una visión sangrienta—. ¿Será verdad? ¿Habrá oído mal este hombre? ¡Yo asesino!... ¡Yo manchado con la sangre de mi hermano!... ¡Del hermano que tanto quería! ¿Será posible? ¡Oh!, sin duda este hombre ha oído mal. No, no ha podido oir eso. Ha sido una ilusión... Ha sido un sueño...

Don Próspero, que no podía comprender el estado de Juan, dió encargo á éste de continuar el ataque, disparando un proyectil de cinco en cinco minutos, y se retiró á descansar en una pequeña habitación colocada debajo del reducto.

Juan se quedó solo en el fuerte con la cabeza inclinada y los brazos cruzados sobre el pecho.

XIII

Como se habrá deducido por la anterior escena, el fuerte de Gárate estaba situado entre Guetaria y Zarauz, circunstancia que Juan desconocía, puesto que nadie le había enterado todavía de los nombres y situación que ocupaban los puntos sitiados.

Esta circunstancia y la revelación que, falsa ó cierta, le había hecho Cirujeda al pronunciar el nombre de su hermano, explican suficientemente su dolor y su sorpresa.

Él quería entrañablemente á su hermano. Después de tres años de ausencia había tenido vagas noticias suyas, y si recordaba el nombre del pueblo en que se le suponía, estaba muy lejos de saber en qué dirección se hallaba ni á qué provincia del Norte pertenecía.

Quedábale el recurso de preguntar; pero ¿cómo hacerse entender de gentes cuya lengua no comprendía? En los pueblos que había recorrido no se hablaba más que el vascuence. Era inútil, por lo tanto, recurrir á este medio. Por otra parte, él había notado que los soldados carlistas que tenían familia y amigos en el campo liberal eran mirados con cierta prevención por sus compañeros y jefes, temerosos de una delación que diese al traste con sus planes de guerra ó revelase su

estado de fuerzas y los medios con que contaba para realizar tal ó cual operación que debía llevarse á cabo en el mayor sigilo; y ante esta consideración, veíase precisado á guardar la mayor reserva.

Había otra razón más poderosa todavía para no interesarse en averiguar la situación de la plaza en que se hallaba su hermano. Dado el desfavorable concepto que, justamente adquirido, había formado de sus jefes, cuya ferocidad tuvo ocasión de conocer tantas veces, ¿podía responder de que éstos no le enviasen á luchar contra su hermano una vez enterados de que Lucas formaba parte de la bizarra guarnición de Guetaria?

Guetaria era la ciudad maldita de los fanáticos del Norte, porque era el punto más resistente de cuantos sufrían el bloqueo.

Muertos gran parte de sus habitantes, diezmada su guarnición, aniquilada por el hambre y el frío; derruidos sus templos, sus calles, todos sus edificios, Guetaria se levantaba, sin embargo, como un fantasma amenazador en su vasto cementerio, para insultar á sus verdugos con aquella frase inculta, sí, pero llena de furor y de sarcasmo, que ha hecho célebre el nombre de la reserva de Mondoñedo: *Tirai, irai, ¡andulos! Por moito que tiredes, a praza non vos toca n'o fuciño.*

Ya, por fin, frente á Guetaria, Juan se estremeció, como hemos dicho, ante la idea de haber muerto á su hermano. Sin embargo, hizo un esfuerzo supremo, no quiso dar crédito á lo que acababa de oir, y meditó profundamente. Resul-

tado de esta meditación fué rechazar por absurdo el pensamiento que un instante le atormentara; porque si el corazón obedece á las primeras impresiones, éstas pocas veces resisten al sereno análisis del raciocinio.

Sucede con frecuencia, cuando un pensamiento triste nos asalta, que otro pensamiento triste, esencialmente distinto, acude á nuestra imaginación como para desvanecer ó templar el efecto que nos produjo el primero. Y es que nuestra alma, centro inteligente de atracción, necesita establecer un paralelo entre dos términos contrarios antes de recoger y fijar la imagen que ha de impresionarla.

Esto precisamente pasó en el alma de Juan.

Veía la inminencia de un peligro; veía realisado el más espantoso de los crímenes en el acto de obediencia que acababa de cumplir disparando un cañonazo sobre el bulto de la muralla; pero este crimen, ¿podría, ni aun remotamente, llevarlo á cabo él, que tanto amaba á su hermano, precisamente cuando pensaba huir de las filas carlistas y siendo aquélla la primera bala que le hacían disparar? ¿No sería éste el más cruel sarcasmo del destino? ¿No sería ésta la coincidencia más terrible, la desventura más grande que pudiera acontecerle? ¿Y por qué había de ser Lucas y no otro el soldado muerto en la muralla? Lucas, el buen Lucas, quizá estaría entonces contando sus hazañas de tres años á sus atónitos camaradas, ó acaso requebrando á la gentil *neskacha,* con aquellas sutilezas de la lengua galle-

ga, dóciles sólo á la pluma de Rosalía Castro, ó quizá...

No, no era posible una casualidad semejante.

Tales eran los pensamientos de Juan cuando se encontró solo sobre la plataforma del fuerte.

—Sin embargo—continuó—, hay casualidades que espantan; casualidades que parece que olfatean á los hombres desgraciados como yo para hacerlos más desgraciados aún y rendirlos y triturarlos hasta no dejarles fibra con vida... ¿Será Lucas el muerto? ¡No sé por qué tiemblo!

De esta suerte Juan apuraba todos los recursos de su lógica para desechar la desagradable impresión que había sentido; y llevado siempre de su innata bondad, daba abrigo en su pecho á esperanzas ilusorias que, como hemos visto, se desvanecían en confusas y sombrías dudas.

Resuelto, por último, á salir de aquel estado de angustia, y en la imposibilidad de apelar á otros medios más seguros, meditó un plan de correspondencia entre él y Guetaria que le pudiese dar alguna luz respecto á la existencia de su hermano, y pronto su imaginación, estrechada por las circunstancias y excitada por la fiebre y el natural interés de un resultado seguro, sugirióle un medio que no vaciló en poner en práctica.

—Ante todo—dijo—, haré el segundo disparo para que no se crea que soy compasivo... ¡Oh, pero no le haré sobre la plaza, no! Los proyectiles nadie los ve por el aire, y los enviaré donde me acomode. La cuestión es que suenen las detonaciones.

Habían pasado los cinco minutos marcados por el teniente don Próspero.

Juan colocó otro cañón en la tronera, y disparó.

La bala pasó silbando sobre el abismo y se perdió en el mar, lejos de la plaza sitiada.

En seguida se dirigió á uno de los ángulos del fuerte en que había un pequeño libro destinado á anotar los disparos del día, arrancó una de sus hojas y escribió en ella con gruesos caracteres estas palabras:

Juan Comba, artillero del fuerte de Gárate, suplica al que lea esta carta le indique por medio de la campana del pueblo si el soldado muerto en el muro de esa plaza hace diez minutos era su hermano Lucas, del provincial de Mondoñedo.

Hecho esto, tomó una de las granadas para la carga, la quitó el fulminante, la destornilló y vació, y cuando no quedaba ninguna pólvora dentro, cogió el papel que acababa de escribir, le introdujo en ella, volvió á atornillarla, cargó con ella un cañón, y disparó, no sin hacer antes una detenida puntería á la torre de Guetaria. La bala, perfectamente dirigida, dió contra la torre.

Pasaron algunos momentos.

Juan, de pie sobre la plataforma, apoyado contra el bastión del fuerte, clavados los ojos á través del espacio en la plaza que se tendía á sus pies, dilatadas las pupilas, comprimida la respiración, febreinquieto, lleno de ansiedad y de impaciencia, esperaba.

La campana no respondió.

Transcurridos cinco minutos, hizo otra descarga al mar, y volvió á su puesto.

La campana callaba, y la impaciencia de Juan crecía por momentos.

Estaba lívido.

Se ahogaba.

Su frente ardía como si encerrase un volcán, absorbiendo sedienta las gruesas gotas de sudor que se desprendían de su cabeza.

Su alma parecía agolparse á su rostro ávida de recorrer el espacio para sorprender algo, para arrebatar algo al sepulcral silencio de aquella plaza.

De pronto la campana dejó oir una vibración triste, lúgubre, seca, feroz, prolongada.

— ¡Oh! ¡Perdón! ¡Perdón, hermano mío!... ¡Ah!... ¡No me había engañado!... Yo te di la muerte. ¡Yo! Me lo decía el corazón... ¡Perdóname!

Y Juan cayó desplomado en tierra. La campana continuó sonando tristemente.

.....

Media hora después, don Próspero Cirujeda subió azorado al fuerte.

— ¡Calla! Ya decía yo que este truhán no hacía fuego... ¿Cómo no había de despertarme este silencio? ¡Cien mil bombas! ¿Qué estás haciendo ahí, modrego, metido en ese rincón y encogido lo mismo que un sapo! ¡Centellas de Dios! ¿Pues no me mira y se ríe como un bobo? ¡Eh, mocito, fuego á esos cañones, ó te doblo de un puntapié! Nada..., no se menea... ¡Y continúa sonriéndome como un condenado!... ¿Será del placer que le

causa el que yo no pueda dormir? ¡Ahora te daré la risita!

Y el viejo teniente se fué derecho á Juan con los puños crispados, y le propinó una serie de puntapiés y bofetadas hasta que se cansó.

Pero éste continuaba sonriendo y encogido en un rincón del baluarte.

XIV

¿Qué había pasado en Guetaria á todo esto?

El teniente del fuerte no se había equivocado; la bala disparada por Juan había seccionado en dos pedazos á su hermano Lucas, y la parte inferior de su tronco quedó oscilando sobre la muralla.

Un espantoso grito se levantó de entre los cinco individuos que componían el retén de la poterna.

— ¡Pobre Lucas! — exclamaron consternados, y esta palabra tiernísima debía ser llevada por el viento hasta la cumbre de la montaña enemiga, como un mensaje de muerte vengador del crimen que acababa de consumarse.

Lucas había terminado la carta que dirigía á Juan con esta dulce palabra: «Recibe el corazón de tu hermano»... y en aquel momento mismo el artillero carlista, cegado por un poder infernal, destrozaba el corazón que se le ofrecía y manchaba con sangre preciosa la carta de paz escrita desde la avanzada. ¡Resultado funesto, pero lógico, de las guerras civiles!

Lucas fué recibido en brazos de sus paisanos al caer del muro.

El sentimiento que su muerte causó dentro de la plaza, donde se le conocía por sus excelentes

condiciones, puede sólo compararse al que sintieron todos los individuos de su batallón ante la pérdida de tan bizarro compañero.

Pero por grande que fuese este sentimiento á la sola noticia de su muerte, mayor debía ser aún, doblemente doloroso cuando se conociesen, como se conocieron pronto, las circunstancias que en ella habían concurrido.

Cuando se dió sepultura al cadáver, operación que se hacía siempre con el mayor silencio, sin ruido y pompa de ninguna clase, para evitar que la saña de los sitiadores profanase la majestad de un acto tan sublime, circunstancia que precisamente acababa de darse aquellos días en Hernani, donde al ir á enterrar también una víctima del bombardeo, los fuertes enemigos hicieron fuego sobre los acompañantes y causaron algunos muertos más que quedaron insepultos hasta que á merced de las sombras se enterraron; cuando se dió sepultura, repetimos, al cadáver de Lucas, se oyó un cañonazo, ocultáronse todos lo mejor que pudieron inmediatamente, y veinte segundos después zumbó en el aire una bala que fué á chocar sin producir explosión contra una de las paredes exteriores de la torre.

— Esa bala no ha reventado — prorrumpieron varios —; es preciso recogerla y conservarla como recuerdo. Es la primera que no nos hace daño.

Disponíanse á realizar este propósito algunos soldados, cuando un muchacho apareció dando brincos de alegría con la bala en la mano.

— Aquí está; yo la cogí, yo la cogí. Cayó sobre la puerta de la iglesia, y aquí la traigo enterita. Si me dais una galleta os la cedo, porque tengo mucha hambre.

Una nube de soldados rodeó al muchacho.

— Toma una galleta y dame la bala — exclamó uno.

— Yo te doy dos — dijo otro.

— Yo dos y media — interrumpió un tercero, estableciéndose una verdadera puja.

El muchacho adjudicó la bala al mejor postor.

— Ahí va — repuso —. Vengan mis galletas.

El soldado más rumboso de los tres tomó la bala de manos del chico y sacó media galleta del bolsillo.

— Toma. Lo ofrecido es deuda.

— ¡Eh! Que me ofreciste dos galletas y media y sólo me das media...

— ¿De veras? ¡Te ofrecí dos galletas y media!... ¿Cómo habrá sido esto? ¿Te atreverías á jurarlo? Porque, la verdad, no sé cómo habré ofrecido dos galletas y media cuando de ayer á hoy no he podido llevar una entera al estómago... En fin, coge este pedazo si quieres.

— Yo no quiero ese pedazo. Venga la bala y se la daré al que me ha ofrecido dos galletas.

— Pues, chico, ése tiene menos que yo; para que veas...

— Venga mi bala.

— Toma este pedazo, ó me lo guardo. ¿Qué te crees? De la mitad de esta galleta he sacado yo todo el rancho de ayer, y del resto sacaré todo el

rancho de hoy. Y aun puede ser que me sobre algo para mañana...

— Quiero mi bala.

— Ya te he dicho que lo ofrecido es deuda.

— Pues páguemela usted.

— Entonces ya no sería deuda. Te he ofrecido dos galletas y media. Pues bien: no quiero más tratos con chiquillos; toma media galleta. Ya no te debo más que dos.

El muchacho no tuvo más remedio que conformarse. Las circunstancias eran apremiantes y el pan andaba por las nubes. Cogió la media galleta y se fué.

La galleta desapareció en su boca.

Á los tres pasos ya tenía tres veces hecha la digestión.

No tardaron en apiñarse en torno de los soldados gran número de curiosos.

Se trataba de una bala que no había reventado, y esto, que suele ser un caso raro y excepcional en todo sitio, era un acontecimiento en Guetaria.

Todos miraban aquel proyectil como un fenómeno inexplicable, como una aparición maravillosa, y dijérase que en aquellas miradas había algo de asombro y de cariño á la vez, mezcla confusa de terror y reconocimiento.

El soldado de la media galleta, al adquirir la bala, observó que pesaba poco; la hizo pasar de mano en mano, y todos convinieron en que estaba descargada ó, por lo menos, tenía muy poca metralla.

— Sería conveniente abrirla — indicaron algu-

nos —. Así podríamos aprovechar la pólvora, si la tiene.

El soldado no se hizo esperar.

Alejóse algunos pasos de los curiosos por vía de precaución, y aflojó el tornillo del proyectil, que no tenía fulminante.

— ¡Descargada! — gritó —; ¡está descargada! Esta avellana les ha salido falsa. Pero dentro hay un papel..., una carta muy arrolladita...

— ¡Á ver qué dice! ¡Á ver qué dice! —interrumpieron todos.

En aquel momento el fuerte de Gárate hizo un nuevo disparo y los curiosos se dispersaron precipitadamente, huyendo del peligro. Precaución inútil, porque, como sabemos, las balas irían á parar al mar.

El soldado aprovechó este momento para enterarse de la carta, que luego leyó en alta voz, profundamente conmovido.

Un general estupor sucedió á la lectura. Todos los circunstantes palidecieron, y algunos no podían contener sus lágrimas.

El drama aparecía claro. ¿Quién no había de conmoverse ante aquel final tan inesperado como sangriento? Dos hermanos que se quieren y se ven obligados á luchar en distintos bandos, que se buscan para abrazarse y se encuentran para herirse, que se miran y se desconocen, que se aman y se asesinan... ¿Cómo no sentir, cómo no llorar en presencia de tan grande infortunio? Aquel drama era el drama de todos; aquella escena suscitaba recuerdos de escenas iguales. ¿Quién

no estaba separado de su padre, de su hermano, de un amigo en aquella lucha? ¿Qué soldado de aquellos podría asegurar al cargar su fusil si la bala con que lo cargaba dejaría de acabar con la existencia de un ser querido, de una persona allegada?

Por eso á la dolorosa impresión recibida por el pueblo y la guarnición de Guetaria con la muerte de Lucas, sucedió otra impresión más aguda después de la lectura de la carta.

En cuanto el jefe del batallón de Mondoñedo tuvo noticia de ella, mandó tocar á muerto y ordenó al capellán que al siguiente día celebrase misa por el eterno descanso de Lucas, á la cual asistieron de luto todos sus compañeros de armas.

Lo que después de la señal dada por la campana ocurrió en el fuerte, ya lo sabemos.

Sin embargo, no hemos de pasar adelante sin hacer una observación á aquellos de los lectores que no posean un completo conocimiento de las costumbres de la guerra.

El medio de que Juan se había valido para ponerse en relación con Guetaria en la suprema crisis que atravesaba no es inverosímil, y antes por el contrario, constituía en la época á que nos referimos la más segura vía de comunicación entre las tropas rebeldes y las liberales.

Nosotros, que en la última campaña hemos representado en el Norte á *El Imparcial*, más de una vez convertimos algunos de nuestros fuertes en salones de lectura, merced al disparo de pro-

yectiles vacíos en que acomodábamos un número de nuestros periódicos, recibiendo en cambio á cuatro y seis kilómetros de ditancia y en cuestión de segundos *El Cuartel Real* y otros órganos carlistas.

La misión del periodismo es dondequiera un evangelio de paz.

Nosotros recordaremos siempre con orgullo aquellas horas de angustia en que, confundidos con nuestros valientes soldados, tras larga y fatigosa marcha, sufriendo las privaciones de un país aniquilado por sus propios excesos y los crudos rigores de la intemperie, llegábamos á guarecernos en la tarde tempestuosa bajo el pavimento del reducto ó tras el muro de la trinchera levantados en el cerro como volcanes de erupción perpetua, y desde allí podíamos enviar al enemigo, dentro de la bala que no ha de herir á nadie, el saludo del hermano, el consejo del amigo y la promesa de paz, de perdón y de esperanza, diluídas como las tintas de una feliz alborada que viene á disipar las sombras de un cielo opaco, en la civilizadora noticia ó en el artículo de fondo inspirado en ideales puros de libertad y de justicia.

XV

En tanto, en el corazón del carlismo se operaba una descomposición que de día en día y de momento en momento iba propagándose y extendiéndose á todos los miembros de su organización.

La defección de Cabrera, su manifiesto de 11 de marzo, en que renegaba de la tradición absolutista y entregaba su bandera á don Alfonso XII; los dualismos y las escisiones sordas, surgidas entre el elemento clerical y el militar, de que han dado suficientes muestras algunos de nuestros personajes; la conducta de Saballs y Dorregaray, presos en Estella, el uno por no haber acudido á tiempo en auxilio de los defensores de la Seo de Urgel, y el otro por suponérsele premeditación en el descalabro del ejército del Centro; la ambición de los grandes, mirada con ojeriza por los pequeños; la mala gestión económica encomendada á la ineptitud de un hombre sin instrucción de ningún género; algún mérito relegado como don Próspero Cirujeda; algún obstáculo invencible como el muro de Guetaria; todo esto había influído desfavorablemente en el espíritu del carlismo, cuyas fuerzas se enervaban de tal modo que no era menester meditar mucho

para dar el cálculo exacto de los días que le quedaban de existencia.

Conocedor el Gobierno de Madrid de este estado de cosas, decretó una quinta de 75.000 hombres, de los cuales tocó un cupo nada menos que de 14.000 á Galicia; dividió este ejército en tres cuerpos y lo destinó á las montañas del Norte.

Todos conocemos la organización que se dió á aquellas fuerzas.

El general Moriones mandaba el cuerpo de la derecha, y debía comenzar las operaciones desde San Sebastián, punto en que estableció el cuartel general.

Es decir, á Moriones le había sido reservada la parte más espinosa de aquel plan de campaña, porque en la provincia de Guipúzcoa era donde únicamente podía el enemigo jactarse de tener posiciones formidables.

Para iniciar su movimiento de avance, el genio estratégico de Moriones necesitaba asociarse de otro genio tan poderoso como el suyo, aunque de distinto orden. Necesitaba un hombre excepcional, de un corazón tan enorme como las montañas que se presentaban á sus ojos; un hombre de gran prestigio para entusiasmar al soldado, de gran valor para marchar en vanguardia, de grandes virtudes para no convertir el triunfo en venganza, de gran caridad para no humillar al vencido; un hombre, en fin, de cera y acero; un Marte humanizado, que fuese el ideal de la guerra moderna.

Este hombre lo encontró.

Era el brigadier Mariné.

Hijo de un héroe de la guerra de la Independencia; hermano de un mártir, cuya sangre se ofreció en holocausto por la libertad de nuestra patria en el calvario santo del Carral; padre de una preciosa víctima de nuestra última lucha civil, sacrificada en la acción de Muñecas, cuando el porvenir le deparaba la corona que reserva á los valientes; el brigadier Mariné, sobre cuyo pecho va escrito el poema épico de su vida en estrofas sublimes de plomo, reunía todas las condiciones apetecibles para la arriesgada empresa que se proyectaba, y el general Moriones le encomendó la vanguardia, el lugar avanzado de su ejército, la descubierta; en una palabra, el puesto de peligro.

Mariné tiende al peligro, propende al peligro, marcha al peligro como los cuerpos al centro de gravedad, como el león al desierto. Es el guerrero imantado, constantemente sujeto á esa secreta fuerza de atracción que se desprende de los abismos pavorosos de la guerra.

Mal avenido á los términos comunes de la vida ordinaria, como el marino que se marea en tierra, él no respira si no respira atmósferas de pólvora; desfallece si no trepa la áspera cordillera ó la cuesta empinada, y hecho al trasiego, habituado al estruendo de las guerras de nuestro siglo, creyérase al verle en la pelea que, como Napoleón, encuentra en el ruido de las armas las más armoniosas notas que deleitan el espíritu, y en el ejército que avanza á la carrera á tomar posicio-

nes, una humanidad infesta que camina en busca de su redención.

Y sin embargo —¡contraste incomprensible!—, Mariné tiene más vellón que coraza, es más alma que corazón, más inteligencia que brazo.

La bala que penetra en su carne y desgarra sus tejidos le hiere menos que la que hiere á sus soldados: el dolor propio no le arrancaría un quejido; el dolor ajeno le arranca lágrimas. Leal en la pelea, si mata al enemigo no lo caza, ni convierte en escudo la presea del vencido.

Un día su brigada, tras una reñida lucha en que él mismo salió contuso, se apoderó de una vasta extensión de terreno. Los soldados acababan de conquistar las posiciones enemigas y llegaban desfallecidos de cansancio: uno de ellos penetró en un caserío y tomó dos manzanas; el soldado era rencoroso y hubo de decir á los dueños del caserío: «Estas manzanas no las pago; ya os las habéis cobrado de mi sudor, carlistones.» Súpolo Mariné, y el soldado sufrió cuatro días de arresto y dos de marcha á vanguardia.

La disciplina en la ciudad es fácil mantenerla; no así en el campo, y mucho menos en el campo conquistado.

Tal es á grandes rasgos una de las figuras militares que más contribuyeron á la pacificación de nuestro país, y que á la hora en que escribimos, acaso para gloria suya, comparte con su familia las penalinades de un destierro.

. . . . . .

El 25 de enero de 1876, día por cierto desapa-

cible y lluvioso, el general Moriones, de acuerdo con los jefes del ejército de la izquierda y centro, inició un movimiento de avance sobre el enemigo, marchando sobre las posiciones que éste ocupaba enfrente de San Sebastián. El fuego comenzó á las ocho de la mañana, en una línea que se extendía desde Orimendi á Igüeldo, en dos leguas de extensión próximamente, auxiliado por los fuertes de Puyo, Lugaritz y Alzola, que cargaban sobre los reductos facciosos de Arratsain, Venta Ciquiñ y Mendizorrotz, únicos que sostenían vivo el bombardeo de la ciudad.

El ataque se llevó á cabo simultáneamente por el centro, derecha é izquierda de línea, con tal lujo de rudeza y energía por nuestra parte, que, sorprendido el enemigo, tuvo que ceder terreno y mantenerse á la defensiva en las primeras horas.

Nuestras tropas continuaron avanzando y ocupando posiciones. Á esta jornada asistía todo el ejército de la derecha, diseminado en guerrillas, que hacían elevar el total de las fuerzas á un número muy superior al que en realidad representaban.

¿Obedecía este alarde de medios á una idea preconcebida del general Moriones?

Al declinar la tarde pudo notarse por algunos con verdadero terror que los carlistas, que hasta entonces no habían hecho otra cosa que defenderse, atacaban de una manera violenta y decisiva, como si sus fuerzas se hubiesen multiplicado.

Moriones, que presenciaba la operación desde uno de nuestros fuertes, ensayó entonces una sagaz sonrisa y tendió una mirada sobre el horizonte; volvió á sonreir, y mandó parar el fuego, ordenando una retirada en silencio, que no pudo ser notada á causa de las espesas sombras de la noche; retirada magnífica, que no costó á sus tropas una sola gota de sangre.

¿Qué objeto, pues, había tenido esta jornada en que se abandonaba el terreno conquistado?

El enemigo no había sufrido descalabros, volvería á ocupar las posiciones perdidas, y el bombardeo de San Sebastián continuaría acaso con más furor que nunca.

Esto se creía generalmente, y, no obstante, el ataque realizado de frente al enemigo, aquella retirada que los carlistas no pudieron notar, aquel avance á la carrera, aquel inusitado tiroteo, aquel escalonamiento de guerrillas, todo aquel aparato teatral que algunos creyeron un simulacro falto de todo interés y transcendencia, fué la batalla más grande que se dió en el Norte, el pedestal sobre que iba á levantarse la estatua de la paz, porque Moriones acababa de llamar la atención del enemigo hacia las innumerables posiciones que ocupaba, y mientras le distraía por el frente, se disponía á envolverle por los flancos y la espalda. Y de esta suerte un ataque simulado, el más estratégico sin duda de la historia militar contemporánea, allanaría cerros insuperables, montes inaccesibles, sierras elevadísimas que, surtidas de víveres como estaban, eri-

zadas de cañones y trincheras, bajo sus fuegos incesantes, todos los ejércitos reunidos serían como aristas arrebatadas por el simoum, como secas y dispersas hojas que el huracán azota y barre.

Cuando se escriba la historia de esta guerra por una pluma no mojada en la pálida tinta de las pasiones políticas, la justicia exigirá que se consagre á este hecho de armas una de sus páginas más limpias y gloriosas.

Hecha la retirada, Moriones llamó al brigadier Mariné, y celebró con él una larga conferencia. Mariné había formado parte de la expedición, mandando el ala del centro de la línea.

Noche obscurísima había sucedido á aquel día de lluvia y viento, tan frecuentes en los países del Norte. Grandes y espesas nubes encapotaban el cielo, y á través de su sombría opacidad no podía distinguirse el más débil reflejo de los astros. Un viento fuerte y helado pugnaba por asaltar la costa como una fiera que encuentra obstáculos á su paso, y retorciéndose en esguinces bramadoras, trepaba desencadenado á las montañas ó se precipitaba en torbellinos desde los altos barrancos y despeñaderos hasta las dunas del llano, sobre cuya arena fenecía.

Á lo lejos el Cantábrico estrellaba sus irritadas olas contra sus paredes de granito, con ese ritmo solemne de roncas explosiones que inspiró al poeta griego aquella imagen tan propia con que le presentía cuando le calificó de *arpa de los mares.*

Menudas gotas de lluvia comenzaban á caer. Todo hacía presumir una de esas noches crudas y tormentosas, nada favorables para cierta clase de aventuras.

Sin embargo, el que se trasladase á la ensenada de Pasajes, hermoso pueblecillo situado en un recodo de la concha de San Sebastián, comprendería desde luego que, si no una aventura, se proyectaba, á favor de las sombras, algo que se le parecía.

Y en efecto, el puerto de Pasajes, á las once de aquella noche, presentaba un aspecto casi fantástico.

Varios buques de la escuadra, entre ellos los vapores *Pelícano, Fernando el Católico* y *Sirena,* con sus fuegos encendidos y dispuestos á tomar rumbo, esperaban una señal de antemano convenida para alejarse del puerto. Estos buques conducían catorce compañías de tropa de los batallones de Estella, Miqueletes y las Navas, y jefes, oficiales y soldados, todos se mantenían de pie sobre las cubiertas, graves y silenciosos.

¡Cosa rara!...

El ejército español se ha distinguido siempre por su carácter alegre y decidor, por lo chocarrero y bullicioso. ¿Cómo se explican en él esa gravedad y ese silencio? ¡Pues qué!, ¿no tiene cuerdas la guitarra? De la trenza de la alpargata se sacará una prima. ¿No hay un cuento de trasgos? Hay un cuento de amores. ¿No hay una carta de novia? Hay un cantar picante. ¿No tiene vino la bota? La imaginación tiene una hipérbole. ¿Está

la noche triste? El corazón alegre. ¿El peligro acecha? Sonríe la esperanza.

¿Es que se ha falseado el carácter del soldado español? ¿Es que el soldado español ha roto con su pasado? ¡Jamás!

Es que el soldado español, primero que todo es soldado, y ante la Ordenanza, ante el superior, ante el deber sabe sacrificarse, y deja de ser hombre para ser mártir ó héroe, nunca para ser esclavo.

Ya habían pasado algunos minutos desde que los buques encendieran sus calderas, cuando un hombre apareció en el embarcadero, descendió sus escalones y se hizo conducir en una lancha hasta el *Sirena*.

—Espérame—dijo al remero, y trepó á la porta.

No tardó en bajar.

—Al *Pelícano*—volvió á decir al remero—; pronto bajaré.

El remero esperó, y poco después condujo al desconocido, por nueva indicación suya, á bordo del *Fernando el Católico*.

Cuando se encontró en el puente despidió la barca, y dirigió á las tropas que iban á bordo estas palabras:

—Soldados: vamos á levantar el bloqueo de Guetaria y á tomar las fuertes posiciones del monte Gárate. Para ir hasta allí tenemos que pasar al alcance de los fuegos enemigos, bajo cuyos fuertes van á navegar nuestros buques. Una sola palabra, la lumbre de un cigarro bastaría para

que nuestra empresa se desgraciase. Confío en vuestra prudencia para salvar los restos de un pueblo valeroso y de una guarnición heroica.

Aquel hombre calló, y luego, dirigiéndose á otro que parecía esperar sus órdenes, dijo:

— En marcha, capitán.

Poco después los buques de la escuadra liberal abandonaron el puerto, conduciendo con rumbo á Guetaria la brigada Mariné.

XVI

Al día siguiente Guetaria era libre.

Los carlistas, que habían sido atacados por la parte de San Sebastián y que esperaban una segunda carga, reconcentraron allí sus fuerzas, y dejaron en Gárate, á la espalda, los estrictamente indispensables para su defensa.

Veamos cómo se salvó Guetaria.

Muy de noche aún llegaron á su destino los vapores *Fernando el Católico* y *Sirena;* el *Pelícano* venía á retaguardia. Como el ataque urgía, Mariné ordenó el desembarque, y éste se verificó en el mayor sigilo, reuniéndose cinco compañías de las Navas, una de cazadores de Estella y dos de Miqueletes.

Una vez en este punto la expresada fuerza, unióse á ella una compañía del batallón de Mondoñedo, que guarnecía la plaza, y el brigadier Mariné mandó, en vista de lo urgente que era efectuar la operación, formar tres columnas de ataque, llamadas de la derecha, centro é izquierda, á cargo ésta del comandante de Miqueletes señor Dugiols, el centro al del Sr. Rotea y la derecha al del teniente coronel de las Navas, D. Vicente Martitegui.

Dispuestas así las cosas, salieron del pueblo estas tres columnas por la poterna que conoce-

mos, de un metro de ancho, frente al campo enemigo y en dirección al monte Gárate, que presentaba su primera serie de trincheras dispuestas en forma de anfiteatro, á 200 metros de las fuerzas.

Apercibido el enemigo de este inusitado movimiento, tan inusitado como que hacía un año que no eran hostilizados por esta parte, rompió el fuego de fusil y de cañón sobre la puerta, cayendo entonces mortalmente herido un capitán de Estella, que no tardó en fallecer.

Este incidente, aunque bastante doloroso, no bastó á desanimar al soldado, puesto que, lejos de cejar un punto en el entusiasmo de que iba poseído, continuó avanzando á la carrera, logrando apoderarse á la media hora de once trincheras combinadas y del reducto que las cubría.

Ya en esta altura tomaron las tropas un pequeño descanso, y continuaron apoderándose del terreno ocupado por el enemigo, que verificaba la retirada en relación del avance de nuestras fuerzas.

Dueños ya de estas posiciones, faltaba conquistar la altura de Gárate, empresa tanto más difícil cuanto más escasa era la fuerza que iba á afrontar este peligro, y cuanto mayor era el número de las contrarias, las cuales ascenderían á 1.200 hombres, entre ellos algunos que pertenecían al batallón de guías de D. Carlos. Pero nuestras tropas no podían ni sabían retroceder.

Antes de salir de Guetaria habían sido arengadas en la iglesia por el brigadier Mariné, que les había dicho: «¡Soldados! La patria y nuestro

general necesitan hoy de nosotros; se nos ha distinguido eligiéndonos para libertar á Guetaria y apoderarnos del monte Gárate y sus fuertes: á esta honra que se nos hace debemos nosotros corresponder dignamente. Si estáis dispuestos, seguidme.» Y el eco de sus palabras enardecía el corazón de sus soldados, que gritando «¡Al fuerte!», se apoderaron pocas horas después del elevado monte, del cual, y de sus fuerte y reducto, posesionáronse á un tiempo las tres columnas de ataque.

He ahí todo lo esencial é importante del movimiento llevado á cabo desde la noche del 25 hasta la madrugada del 26 de enero.

Una de las cosas que contribuyeron más al brillante resultado que acababa de conseguirse en aquella jornada que costó al enemigo más de 80 bajas, fué la confidencia hecha por el brigadier Mariné á su ayudante de campo, el teniente coronel D. Manuel Martínez de Velasco, momentos antes de comenzarse el ataque.

— Amigo mío — le dijo —, si tengo la desgracia de caer herido, antes de que se apoderen de mí los facciosos, yo le ruego que no vacile en pegarme un tiro. Es necesario tomar ese monte; tal es mi deber; y si para ello es preciso morir, no vacilemos en aceptar la muerte.

Estas palabras, que fueron escuchadas por algunos individuos, no tardaron en ser repetidas de soldado á soldado, siendo recordadas por algunos al terminarse las operaciones entre verdaderos transportes de alegría.

Aquel mismo día el general Moriones, inspirado en la más alta idea del honor y del deber, enviaba al brigadier Mariné este oficio, que se hizo luego extensivo á todas sus tropas en la orden general:

«Ínterin reuno los datos para dar cuenta detallada al Gobierno de S. M. del acto y esclarecido hecho llevado á cabo por esas valientes tropas, y proponerlas para el premio que tanto han merecido, doy á V. E., y á todos los señores jefes, oficiales y soldados que han formado parte de la columna expedicionaria de ataque contra Gárate, las gracias en nombre de la patria y del Rey, por el acierto, decisión y heroísmo con que han arrebatado al enemigo una de sus más importantes posiciones, así como en mi nombre por la manera con que han sabido corresponder y llenar la confianza que en ellas deposité al encomendarles la ejecución de esta arriesgada y difícil empresa.—*Moriones.*»

Tal ha sido el éxito de aquella operación.

XVII

Ahora bien: ¿qué ha sido del infortunado Juan, el artillero á quien hemos dejado en el fuerte mucho antes de que nuestras tropas rompiesen la línea enemiga?

Al coronar éstas la altura de Gárate hallaron oculto detrás del baluarte un joven de fisonomía simpática, extremadamente pálido, en cuya mirada vaga y errante se pintaba una infinita expresión de terror. Este joven se encontraba en un completo estado de desnudez, sus miembros se estremecían de frío y no parecía inmutarse ante la presencia de los soldados leales.

—¡Hola!—exclamaron sorprendidos los primeros que penetraron en el fuerte—. He aquí lo que se llama un carlista en pelota. Y en verdad que no parece haberse dado buena vida. Está seco como un guijarro y tiembla como un junco. ¿Estás herido, carlista?

—Dadme la manta y el capote, ladrones. No me dejéis desnudo para huir con mis ropas. ¡Ah! ¿No veis cómo tiemblo? ¡Me voy á morir de frío!

—¡Cómo! ¿Dices que te han quitado la ropa? ¿Quién ha sido ese infame? ¿Ha sido uno de los nuestros? Eso no se hace con un enemigo sin armas. ¿Quién te ha despojado de las ropas? Res-

ponde. Se lo diremos al brigadier, y verás como le castiga.

—¡Quién me despojó de la ropa!... ¿Pues no lo sabéis? Mis compañeros, mis amigos... Decían que estoy loco y que los locos no necesitan abrigo... Pero yo no estoy loco, ¿no es verdad? Vosotros me veis; decid si estoy loco. ¡Ah! Me abandonaron porque estaba loco, y se fueron... No sabían que desde aquí le veo..., le veo sobre la muralla antes de caer, antes de que la bala lo deshiciese, antes de que llegase á mis oídos la señal de la campana... ¡Mirad cómo hacía, mirad con qué tristeza me hablaba de la muerte de Lucas: ¡Dan, din!... ¡Dan, dan, din!... Dadme la manta, ¡oh!, dadme la manta. El frío me penetra los huesos...

Estas palabras, pronunciadas por el joven con febril exaltación, acusaban cierta incoherencia de ideas propia de una razón extraviada, que no pudo pasar desapercibida al severo criterio de las tropas victoriosas. Fácil era, en efecto, adivinar por aquellas frases que el joven prisionero, víctima de una enajenación mental, había sido abandonado en los momento de la lucha por sus compañeros de armas, y despojado de su uniforme para entregarlo como un cadáver inútil al ciego encono del enemigo. Comprendiéndolo así nuestros soldados, deshiciéronse de algunas prendas de ropa, vistieron al pobre loco y en calidad de prisionero condujéronle á Guetaria, donde estaba ya establecido el Cuartel general.

Presentado al general Moriones, hiciéronle

algunas preguntas relativas á la organización del ejército á que pertenecía, al abandono del fuerte y á la impresión producida en sus defensores por la inesperada sorpresa de que habían sido objeto; pero el loco á nada supo contestar.

Su estado requería auxilios facultativos, y desde allí se le envió al hospital, con encargo de que se le prestasen todos los cuidados de la ciencia.

El hospital de Guetaria estaba situado en la planta principal de una casa bastante espaciosa que constaba de dos pisos, de los cuales el segundo había sido reducido á escombros por las granadas enemigas.

La planta principal dividíase en tres departamentos: uno destinado á convalecientes, otro á heridos militares y otro á enfermos civiles y prisioneros procedentes del campo carlista; sistema previsor y oportuno, como convenía en aquellas circunstancias para evitar dentro del edificio colisiones y disputas, con frecuencia suscitadas por la pasión de partido en los hospitales de sangre.

El loco fué destinado á este último departamento.

Era una pequeña sala cuadrada con dos ventanas á la calle, que surtían de luz y ventilación bastantes al recinto, cuyo espacio contenía seis camas, cinco de las cuales se hallaban vacías.

La restante parecía ocupada por algún enfermo, aunque á juzgar por el escaso bulto que dibujaban sus ropas fuera imposible adivinarlo, si una hermosa niña, inclinada á su cabecera, no

hiciese comprender en sus palabras, entrecortadas por sollozos, que el ángel de la muerte tendía su ala de cuervo sobre aquel lecho, y se preparaba á romper el hilo de una existencia.

—¡Padre mío!—decía la niña, estrechando entre sus brazos algo que semejaba una cabeza—. ¡Padre mío! ¡Un esfuerzo más, por Dios! ¡Ay, qué va á ser de mí si usted me deja sola en el mundo!

»¡No, no se muera usted, no me desampare, no me abandone en una tierra que no es nuestra tierra, bajo un cielo que no es nuestro cielo!

»Aquí los ríos llevan sangre, las hierbas crecen con la savia de los muertos, y en el aire no hay golondrinas, sino corrientes de plomo y fuego. Padre, yo moriré si usted se muere; yo no me puedo quedar si usted se marcha. ¡Hemos sufrido tanto los dos antes de llegar aquí! Pero hemos llegado, ¡Señor! Dios ha oído nuestras súplicas, y los hombres no nos han abandonado del todo. ¡Oh! ¡Nos han socorrido! Desfallecidos en los caminos, hemos encontrado arrieros que nos ofrecieron sus mulos para caminar; perdidos en las poblaciones, nos arrojó su limosna el transeunte; olfateados por los lobos en las montañas, la Providencia nos deparó un auxilio inesperado en el forzado brazo del leñador. Las mujeres nos dieron trapos para vendas, los niños sus mendrugos y los hombres sus ochavos. Así hemos podido soportar una peregrinación de medio año y llegar á San Sebastián. Allí hemos recibido esta mañana la noticia de que Guetaria era libre, y un pescador compadecido de mis lágrimas nos con-

dujo en su barca. ¿Cómo había de faltar un marinero para un marinero? ¿Cómo había de faltarnos Dios, cómo había de tropezar nuestro carro en corazones de piedra, si en él iba un padre en busca de sus hijos? Y ahora que hemos llegado á Guetaria, ahora que está usted cerca de sus hijos, acaso entre sus hijos; cuando ya terminó el peligro para mis hermanos; cuando ocaso mañana esté terminada la guerra, porque todos lo dicen, y cuando todos lo dicen, será cierto; ahora, padre mío, ¿me dejará usted? ¿Y no ha de volver usted conmigo á nuestra barraca? ¿Y no hemos de volver á pisar la tierra en que murió mi madre, y respirar las brisas del mar que usted ama tanto? ¡Morir! ¡Yo no quiero que usted muera, y usted no morirá mientras yo sepa las oraciones que siempre escucha nuestra Virgen del Socorro! ¿Verdad, padre mío, que usted no morirá?

—¡Hija, pobre hija mía!—repuso entonces una voz semejante á un quejido profundo y subterráneo, débil como el eco que produce una burbuja de sangre que se deshace—. ¡Oh, con qué pena veo llegar mi última hora! ¡Con qué dolor cuento los instantes que me separan de la eternidad! ¡Dejarte á ti, María, dejarte á ti, que has apurado las amarguras de los viejos en la edad en que sólo se comprenden las sonrisas de la infancia! ¡Dejarte á ti, que has convertido en manos de hierro tus manos de niña para arrastrarme hasta estos montes, donde sólo trepan las fieras y las águilas! No, yo no quisiera morirme... Yo quisiera que hoy se redoblasen mis dolores, que el

cáncer devorase lo que hasta ahora ha respetado, estas entrañas, este pobre corazón... Así sufriría, pero viviría. ¡Ah! ¡Vida, Dios mío, vida por solo unos momentos..., mientras pueda hablar con mis hijos..., mientras pueda decirles que se amen, que no se maten si se encuentran, que se respeten y no derramen su propia sangre, su sangre que es la mía, la que yo les di sacrificando mi existencia, batallando con las olas, hiriéndome contra las rocas y contra los hombres! Pero ya no puedo vivir, porque ya no sufro... Ya no siento la comezón de mis llagas, María... Las pocas fibras de mi carne se deshacen, y me cubren ya como cubre á los muertos su propia ceniza. Mi alma, que es lo único que aun vive, contempla con espanto cómo se agrieta y derrumba esta pobre casa de barro, menos pobre que aquella de la playa en que tú y yo hemos nacido. ¡Ay! ¡No volveré á ella! ¡No volveré á ella, hija mía!... Oye, María, acércate mucho á mí. ¡No te me vayas! Que pueda mi alma cuando se remonte á Dios verte junto á mi cadáver, para que sonría desde los aires y se alegre de haber engendrado algo que no me abandonó en la tierra, algo que me respeta más allá de la tumba... Tú me has dicho que se acaba la guerra. ¡Ojalá sea cierto! Si hoy se terminase, se harían dos paces: mi paz y la de España. Pero la mía no se hará y la de España tampoco mientras haya infames que engañen á nuestros hijos... Mira, cuando yo me haya muerto, busca á tus hermanos y diles, si es que viven, que amen la paz como yo la he amado, que vivan el

uno paro el otro como yo he vivido para ellos, y que sólo se sacrifiquen y que sólo mueran cuando la patria y la libertad les llame bajo su bandera santa, á una sola voz, á un solo grito.

De pronto aquella voz se interrumpió, dejando oir un resuello áspero como un bostezo.

El loco penetró en la estancia, y se sentó en el lecho inmediato al en que ocurría esta escena.

La niña volvió la cabeza para fijarse en el que había entrado, y su corazón se estremeció de alegría. Acababa de reconocer á su hermano Juan.

—¡Padre, padre ! Aquí tenemos á Juan. Sin duda nos ha visto entrar en el hospital y quiso sorprendernos. Juan, el que creíamos en Bermeo, está con nosotros. Ahora iré á buscar á Lucas y todos estaremos juntos. ¡Ah, qué dicha, padre mío!

Pero en vano María se esforzaba por hacerse oir.

Ignacio Comba ya no existía.

— ¡Muerto! ¡Mi padre muerto! ¡Díos mío! — exclamó la niña inundada en lágrimas, corriendo hacia su hermano, después de haber adquirido la certidumbre de la inmensa pérdida que acababa de sufrir.

Juan no pudo reconocerla y la miró un momento impasible. Luego, dejando ver en sus ojos aquella eterna expresión de terror que tanto hacía resaltar la profunda palidez de su rostro,

— ¡Aun le veo —murmuró —, aun veo al pobre Lucas destrozado sobre el muro..., sí, destrozado por mi bala!...

Y ahuecando la voz, y en esa actitud sombría y recogida con que parecen evocar recuerdos los alienados, continuó:

—¡Y yo no quería creerlo!... ¿Estaba loco?... La campana me lo dijo: *¡Dan... din!... ¡dan...; dan...; din!...*

No tardó María en comprender el terrible significado de estas palabras.

Ya no era su padre el único á quien debía llorar. Debía llorar también á sus hermanos.

Huérfana, cuando más necesitaba de la sombra paterna; desvalida, cuando se acercaba para ella la hora terrible de la pubertad; ¿qué haría?

Lucas muerto, Juan loco; ¿quién la salvaría en la crisis suprema, en la imponente borrasca que surge á esa hora solemne en el mar de la vida amenazando las naves de los pobres?

¡Ah! ¡Ni un timonel, ni una vela para sacar á flote la nave del honor, el tesoro del cielo! ¡Esto es horrible! Es necesario arrebatar la infancia á la mendiguez; redimir del crimen y de la miseria á los niños... Es necesario que el Estado se declare padre de los huérfanos. Es necesario que la patria les cobije bajo su bandera para que nunca noten la falta de una madre. ¡Una casa de amparo y un taller en cada aldea! La prostitución y el crimen no son propensiones de la materia: son la herencia de la muerte.

Preguntad á la mujer desgraciada por qué es desgraciada; al hombre infame por qué es infame. Todos veréis que os dicen: ¡Hemos sido huérfanos!

No abandonemos á esos infelices á la caridad privada. La caridad privada es mil veces peor que la miseria: sonroja, denigra, insulta, pero no socorre. El huérfano de un marinero no es menos ciudadano, no es menos criatura que el huérfano del general. Á ambos exigeréis honradez. Enseñad, pues, á ser honrados á ambos.

Los niños en nuestra patria caen en el vicio, como las hojas del árbol seco sobre la arena. Perdieron el calor maternal, que como el jugo en el tronco se reconcentró en la tumba. ¡Que no caigan esas hojas que pueden florecer! ¡Que no se hundan, que no se arrastren y vayan precipitadas por el torbellino á fermentar en los estercoleros del sensualismo ó á alfombrar las gradas del cadalso!

¿Estará reservada á María la suerte de casi todas las huérfanas de los pobres?

. . . . . .

El mismo día de la muerte de Ignacio, el batallón reserva de Mondoñedo se desquitaba de sus pasadas privaciones comiendo un espléndido rancho, compuesto de arroz, garbanzos, un chorizo, dos postas de bacalo y un cuartillo de vino por cabeza.

Un inmenso júbilo se pintaba en todos los semblantes, y á juzgar por las carcajadas que aquí y allí sonaban, por los cantares y la baraúnda que se percibían desde la puerta del cuartel, creeríase que más que de los soldados que acababan de batirse como leones, se trataba de fuerzas sedentarias ajenas á toda pesadumbre, y olvidadas ya,

si por ventura lo habían desempeñado, de las amarguras del servicio de campaña.

La animación crecía por grados, garantida por la repleta bota y el oloroso chorizo, que por cierto no hubiera dejado nada que desear, si algunos no hubieran notado y hecho notar á sus compañeros la particularidad de que las tripas de los embutidos estaban todas rotas, sin que por eso apareciese en el arroz ese color sonrosado que le presta el pimentón y la grasa de la morcilla.

— ¿Este e o demo ou qué? — decía á propósito de este raro fenómeno un soldado que se jactaba, y con razón, de no poder hablar más que en gallego —. ¡Xuncas me leve e centellas me coman s'eiquí non anda o diaño!...

— ¿Por qué? — preguntó otro en la lengua de Castilla y hasta con cierta entonación andaluza que le había hecho objeto de más de una burla sangrienta.

— ¿Pois non o ves, reconcho? O chourizo está furado e o rancho non ten prebe.

— ¡Bah! — repuso el gallego culto —, eso ya se sabe lo que *yes*...

— ¡E pois que é, hom, tú que o sabes!

— Es que el furriel de *cucina* le *furtó* la *tona* para el *guefe*.

— *¡Tona!* ¡No estás tú mala *tona!* — objetó un tercero —. Lo que hay aquí es que los chorizos tienen tanta grasa como la suela de mi zapato. Y donde no lo hay...

— ¡Eso me digas!... Xa decía eu que esto non podía ser, porque a grasa, sempre da grasa...

—¿*Luejo* quien tiene la culpa de esto es la *Adeministración melitar*, que nos da *jato* por liebre?

—Téngala quien la tenga, los chorizos están para comerse, y nadie debe echar el muerto al furriel. ¡Ojo!, porque yo saco por él la cara aquí y en todas partes.

Este incidente pasó sin más resultado. El festín continuó en crescendo, las libaciones que se sucedían y los gritos de la muchedumbre que se agolpaba á las puertas del cuartel prorrumpiendo en ¡vivas! al bizarro batallón de Mondoñedo, conmovieron de tal modo á los valientes gallegos, que no cabían en sí de satisfacción.

Pasa con el soldado gallego una cosa que le hace excepcional entre todos los del mundo: la victoria no le embriaga; la gloria no le desvanece. Semejantes á esos genios superiores que brotan espontáneos y sublimes para dar colorido á un siglo y marcar un progreso como un surco de la luz en el cielo de la Ciencia ó del Arte, el soldado gallego conquista la corona del héroe y la ciñe á su frente con la indiferencia del que posee el mérito y espera el galardón.

El transporte del orgullo, la hinchazón del que vence, toda esa pompa de que se rodea el amor propio cuando se siente halagado, es pueril y baladí, pura nimiedad para ese hombrecillo colorado, vivaz, achaparrado, de formas angulosas, pero duro como un peñasco, sufrido como un yunque, impenetrable como un diamante; magnífico diseño de aquella raza sueva, cuyo sepulcro

es la cuna de nuestra independencia y sobre cuyo esqueleto se alza la sibila que ha de revelar á los pueblos la misteriosa palabra de sus destinos.

Cuando el soldado gallego gana una batalla, en el primer momento se parece á todos los soldados, porque se regocija. Pero, ¿quién se le parece en el segundo? El momento segundo del soldado gallego es fatal. Se opera en él una reacción y se entristece. ¿Por qué? Quién lo sabe. Pero nosotros lo hemos visto: después del triunfo, llora.

Tal vez esto obedezca á una inclinación natural; tal vez esto acuse en él más fuerza de penetración, más pensamiento que en ningún otro soldado. Sea lo que fuere, nosotros lo hemos observado.

Próxima á terminarse la fiesta gastronómica del batallón de Mondoñedo, vióse romper por entre la turba de curiosos que obstruía la calle al jefe de las fuerzas y penetrar en el cuartel conduciendo de la mano á María y seguido de Juan.

— Á formar todo el mundo por compañías — exclamó al encontrarse entre la fuerza.

Á esta orden todos se pusieron en movimiento, abandonaron los platos y comenzaron á formar.

El jefe reunió á la oficialidad del batallón y recorrió las filas. Todos estaban formados.

Entonces, dirigiéndose en alta voz á los soldados,

— ¡Muchachos! — dijo presentándoles á María y señalando á Juan —. Estos chicos que os presento son hermanos del valiente Lucas, que salvó la vida á treinta de vosotros echándose sobre

una bomba en el momento de ir á reventar; hermanos de aquel soldado noble, muerto gloriosamente sobre la muralla de este pueblo por una bala enemiga. ¡He aquí su asesino! Militaba en el bando contrario; su destino le trajo al monte de Gárate, y desde allí dirigió la granada que había de matar á su hermano querido, sin conciencia de lo que hacía. Dios, á quien nada se oculta, le ha castigado ya. ¡Vedle! Está loco: no sabe más que remedar las campanas que tocan á muerto. Pero no es esto todo. El padre de estos muchachos, que sabía que sus dos hijos iban á combatirse, un pobre hombre inválido, vino desde Galicia á esta tierra en un carro tirado por esta niña, con objeto de evitar lo que no ha podido impedir: que sus hijos se matasen. ¡Muchachos! Esta niña y este loco no podrán volver á Galicia, no podrán volver á su casa si nosotros que somos gallegos no les tendemos nuestras manos. ¿Queréis adoptar á estos desgraciados?

Una general aclamación sucedió á estas palabras.

— ¡Vivan los hijos del batallón de Mondoñedo! ¡Viva Lucas! ¡Viva nuestro comandante! — prorrumpieron todos á una voz.

— Muy bien, soldados; así me gusta, sois generosos. En nombre de Galicia, gracias. ¡Gracias, muchachos; gracias por el acto que acabáis de realizar en el primer día de vuestra libertad y después de conseguir el mayor de los triunfos! Mañana saldrán estos infelices para La Coruña, donde tienen su casa. Nosotros velaremos por

ellos. Nada les faltará en el camino ni en la ciudad. Por todas partes les cubrirá nuestra bandera.

Así que el jefe terminó esta especie de arenga, los soldados de Mondoñedo, llorando como niños, se acercaron á María, la besaron, y abrazaron cariñosamente á su hermano.

Al día siguiente los dos hermanos se embarcaron en un buque con rumbo á La Coruña. El batallón de Mondoñedo les había pagado el pasaje.

XVIII

Se había hecho la paz.

Las tropas victoriosas habían penetrado en Madrid.

Los carlistas han sido vencidos : ya no hay carlistas, se decía.

La paz se ha hecho, la paz reina en España. ¡Bendita sea la paz! ¡Ojalá no la perturben nunca los ecos que se escapan de la sima de Iguzquiza, las cataratas de sangre que ocultan en vapores rojos el pavoroso peñasco de Mendizorrotz!

¡Saludemos la paz los que no amamos la guerra!

Si el olvido cura llagas, olvidemos.

Si el perdón no es injusto, perdonemos.

Pero vivamos prevenidos. El absolutismo alienta. Se le machacó la cabeza, pero le queda vida. La cabeza del monstruo hundida, contiene entre la ceniza la hemorragia y comienza á cicatrizarse.

La libertad debe echarle con la maza levantada y el cuchillo al lado.

¿Por qué? He aquí por qué.

Algunos meses después de haber tenido lugar las escenas descritas en el capítulo anterior, un hombre grueso, lampiño, de baja estatura y ojos pequeños y redondos deteníase en la calle de la

Montera, en Madrid, frente á una casa sobre cuya puerta de entrada se leía este rótulo: *Colegio de Niñas.*

Serían las cinco de la tarde.

Las niñas comenzaban á salir del colegio, y aquel hombre parecía embelesado en mirarlas. Parado en la acera de enfrente, no apartaba sus ojos de la puerta, y de vez en cuando sus facciones se contraían, dilataba sus labios una sonrisa horrible y sus ojos fulguraban como el brillo acerado de un puñal recién bruñido.

Se hallaba en esta situación, cuando otro hombre alto, de grandes bigotes, cuyo traje acusaba el mal estado de sus fondos, subiendo precipitadamente por la misma calle en dirección á la de Hortaleza, tropezó con el primero, haciéndole vacilar y causándose á la vez una violenta contusión en la cabeza, á consecuencia de lo cual fué rodando gran trecho su sombrero.

—¡Animal! Bien podía usted dejar el paso libre, tío borrego, y no ponerse ahí como una estaca. ¡Por vida de...! — dijo el herido llevándose la mano á la cabeza y dirigiendo una mirada de ira á su antagonista.

— Eso de animal... lo será usted, caballero... Yo estaba en mi puesto, y...

— ¡Calla! ¡Calla! *¡Páter!* ¿Tú aquí, bandido? ¡Tú habías de ser, miserable! ¡Ah, pillo! Lo que es ahora no te me escapas. ¿Dónde echaste tu sotana, granuja? ¿Qué estás haciendo aquí? ¡Ah!, ya sé, ya lo veo... Acechando tu presa..., trazando tu plan de ataque. Bien, hombre, bien; ¡hablaremos!

¡Oh! Hace tres días que no como y se me presenta la mejor ocasión de comerte la figura.

El *Páter* reconoció á su antiguo consocio Paniagua y tembló; tembló acaso por la primera vez de su vida. Sin embargo, á la emoción de terror que acababa de sentir, sucedió en su espíritu una calma inalterable.

—¡Ambrosio! ¡Mi querido Ambrosio! ¡Qué momento tan feliz, hombre, qué coincidencia tan rara! Precisamente estaba pensando en ti. ¡Cómo! ¿Has tomado por lo serio aquella broma de La Coruña? No lo creo. En fin, has dicho que tenías hambre. Pues bien, vamos á comer. Yo también tengo un si es no es de apetito. En los *Leones de Oro* sirven un riquísimo *Champagne* y unas ostras de pistón. Ea, voy á darte mil satisfacciones. Recoge tu sombrero y vamos.

—Sí, ¡vamos!, vamos lejos de aquí; adonde quieras. Lo mismo da que sea á los *Leones de Oro* que á los leones de hierro. ¡Lo que yo quiero es vengarme! ¡Infame! Robarme de aquella manera...

Don Ambrosio recogió su sombrero, lo limpió con la manga, se cubrió, y él y el *Páter* se encaminaron hacia la calle del Carmen...

— Conque dime qué ha sido de tu vida, hombre. ¡Tanto tiempo sin vernos!—exclamó el *Páter* tomando posesión de una mesa de la fonda y llamando al mozo —. Siéntate, Paniagua; siéntate.

Paniagua tomó asiento, después de una ligera vacilación.

— Dos cubiertos de cinco duros, con las co-

rrespondientes baterías de *Champagne* y *Bordeaux.*

—Mi vida no te importa nada. En cambio, á mí me importa la tuya.

—¿Sabes, chico, qne estás inaguantable? Tienes hoy un humor de los demonios. ¿Te hace falta dinero?

—El que me robaste.

—¿Quién se acuerda de lo pasado? Te pregunto si necesitas dinero.

—¿Y te parece á ti que hubiera pasado cuarenta y ocho horas en ayunas si tuviese dinero? Hay preguntas que son estúpidas. ¿No me ves sin camisa?

—No había reparado...

—¡Á este extremo me han traído tus picardías!

—Pero, vamos á ver, ¿de qué vives tú en Madrid? Tengo sumo interés en saberlo. Hoy dispongo de grandes influencias y puedo hacer mucho por tu porvenir.

—¿De veras?... Permíteme que no te crea. ¡Estoy escamado!

En esto el mozo de la fonda comenzó á servir una suculenta y espléndida comida.

—¿Estás escamado, eh? —repuso el *Páter* luego que el mozo se hubo alejado—. Pues pruebas cantan.

Esto diciendo, sacó del bolsillo una cartera, desdobló un papel que en ella tenía y se lo alargó á don Ambrosio.

—¡Diablo! Un nombramiento de canónigo de la Santa Iglesia Catedral de...

—Ya lo ves —interrumpió el *Páter* —, el que consigue eso consigue lo que quiere. Conque sé franco y cuéntame tu historia.

Paniagua estaba asombrado.

No podía dar crédito á lo que veía.

«¿Será posible? —pensaba —. ¿Este salteador hecho canónigo de la noche á la mañana? Á este paso dentro de poco tiempo es obispo... ¡Qué escándalo! Pero aquí no hay trampa. ¡El nombramiento está en regla! ¿Cuánto apostamos á que al fin y á la postre salimos amigos este perillán y yo? Forzosamente... Lo que es como él pueda conseguir... ¡Bah! Transijamos. Le hablaré con franqueza... Me decido.

»Mi historia es muy sencilla y muy breve—continuó, alzando la voz y devorando un trozo de pavo trufado —. Delatado por ti al Gobierno de La Coruña, al día siguiente fuí detenido por dos polizontes, y conducido ante el gobernador, se me formó sumaria. Ésta no arrojó luz ninguna para hacerme acreedor á un castigo severo, y el gobernador se contentó con desterrarme de Galicia. Vine á Madrid, estuve viviendo cuatro meses á salto de mata, siendo el terror de las patronas de huéspedes, y sobrevino la paz. Entonces supe que algunos amigos que tenía en las filas del Pretendiente solicitaban del Gobierno el reconocimiento de grados, previo el juramento de fidelidad á la Monarquía, y quise hacer lo mismo, pero no me atreví, temiendo que resucitase mi expediente. Esta es mi historia y esta mi situación.»

—Corriente. ¿Ves? ¡Hablando se entienden los hombres! De suerte que tú quieres que se te reconozca...

—El grado de teniente coronel del ejército carlista; ó en defecto, el de capitán de coraceros, empleo que tenía antes de pasarme á la facción.

—Mañana serás teniente coronel reconocido y pasarás á Cuba, con una condición: la de estar dispuesto á servirme cuando necesite de ti ó de tus tropas. ¿Te acomoda?

—Al infierno iría yo con tal de salir de este estado de penuria. Y en cuanto á lo demás... haré cuanto me mandes.

Don Ambrosio apuró una copa de *Champagne*. El chacal se había vuelto cordero.

—¡Rico vino! Va para siete meses que no lo pruebo... ¿Y tu vida, *Páter*, qué ha sido de ti después de tu...?

—Sí, de mi calaverada.

—Bueno, ¡sea!... Y á propósito, antes de que se me olvide, tú me has indicado si necesitaba dinero. ¿Me puedes dejar alguno?

—El que quieras.

—Tengo un piquillo...

—Pide por esa boca. Comprendo que debe serte insoportable la vida sin el aliciente de la ruleta.

—Casi tanto como á ti un...

—¿Cuánto dinero quieres?

—Hombre, si quedases en arreglar el asunto del empleo...

—¡Mi palabra de honor!

—Entonces... Vamos, yo necesito unos trescientos duretes...

El *Páter* sacó otra cartera y arrojó sobre la mesa un puñado de billetes de Banco.

—¡Ah! ¡Ah! Estás hecho un potentado...

—Si necesitas más...

—No; por ahora, no. Esto me basta para esperar unos días la resolución del asunto que vas á gestionar.

—Te he dicho que ese asunto estará zanjado mañana mismo. Ahora voy á revelarte algo que ignoras. Aquí donde me ves, soy todo un personaje. Lo mismo entro en el gabinete de un señor ministro que Perico por su casa. Todos los grandes de España son mis amigos, y no hay un gentilhombre con quien no me codee. Es que tengo en Madrid una comisión apostólica. Estoy encargado de fomentar en España las peregrinaciones, magnífica especulación, con la cual hemos de ganar sumas soberbias los que estamos en el ajo. Figúrate que al salir de La Coruña con los fondos destinados á la propaganda carlista, me fuí á Roma. Yo tenía noticias de que allí se preparaba un negocio gordo. Me presenté, pues, con carácter grave, austero, comedido; fingíme gran partidario del poder temporal, entusiasta del absolutismo y hombre de altas influencias entre las filas de D. Carlos, de cuyos progreso di grandes noticias á la curia romana, y con esto conseguí captarme la confianza y simpatías de todos. No tardó en revelárseme el proyecto en cuestión. Tratábase, de acuerdo con el comercio de

Roma, de organizar una romería anual de todos los pueblos católicos al Vaticano. Esto, como comprenderás, es todo un negocio desde el punto de vista económico. Las fondas, los paradores, las librerías, todos los establecimientos, las manufacturas y las fábricas de objetos religiosos, deben abonar á los iniciadores de este pensamiento el tanto por ciento de sus ganancias durante la estancia de los romeros en la Ciudad Eterna. Propusiéronme el fomento y propaganda de esta idea en España y acepté, pero acepté mediante una asignación de 12.000 duros anuales, que debo cobrar en una casa de Madrid por trimestres adelantados. He cobrado ya el primero y uno de estos días cobraré el segundo.

»Las peregrinaciones tienen dos objetos: el primero es esencialmente ultramontano y se dirige á disponer el ánimo de la Europa católica á la restauración de los poderes de derecho divino y al afianzamiento de la unidad de cultos, y el segundo, que para mí es el principal, sacar el dinero al prójimo de la manera menos escandalosa posible. ¿Qué te parece? Pues no para aquí todo. Comprendiendo que cuanto más se farsantee en estos asuntos más provecho se saca, propuse al Centro organizador la fundación en España de un periódico que sea órgano de nuestra divina especulación; y heme aquí debidamente autorizado y decidido á publicar un diario titulado *El Peregrino*, para el cual espero me proporcionarás siquiera cuatrocientas subscripciones.

—Hombre...

—¡Bah! ¿Por ventura no tienes cuatrocientos amigos particulares?

—Haré todo lo que pueda. ¡Eres admirable! ¡Sublime! No he visto hombre de más recursos que tú.

—Después de esto, dime qué cosa habrá que yo no pueda conseguir si se me antoja. En fin, con decirte que se me metió en la cabeza ser cardenal, y que llegaré á serlo dentro de muy poco tiempo, está dicho todo.

Terminada la comida, el *Páter* y don Ambrosio salieron reconciliados de la fonda, prometiendo verse al día siguiente.

Pocos días después un periódico de la corte publicaba esta noticia:

«Le ha sido reconocido el empleo de teniente coronel que desempeñaba en las filas carlistas al señor don Ambrosio Paniagua, quien pasa destinado al ejército de Cuba.»

María y su hermano habían en tanto llegado á La Coruña, y gracias á las recomendaciones que traian de los jefes del provincial de Mondoñedo para algunas personas de la capital, la niña fué admitida en un colegio de enseñanza fundado recientemente por un ex ministro revolucionario, que dedica á su sostenimiento los treinta mil reales de cesantía, y Juan, recogido en casa de una distinguida familia que le prodiga toda clase de cuidados, no perdonando medio que pueda contribuir á devolverle el uso de sus facultades. Con este objeto celebráronse algunas juntas de médicos, en las cuales opinaron todos que si bien

no podía abrigarse esperanza alguna de restablecimiento para el pobre loco, podría, sin embargo, conseguirse mucho proporcionándole una existencia tranquila y procurándole distracciones sencillas y espectáculos que distraigan agradablemente su espíritu.

Terminada la guerra, el batallón reserva de Mondoñedo ha sido disuelto y los soldados que lo componían fueron enviados á sus casas, sin que de su paso por el Norte quede más memoria que la que nosotros hemos hecho en estas páginas, porque después de una campaña en que se premiaron méritos tan problemáticos y se decantaron hechos de armas que debieran ser nuestro oprobio, nadie se acordó siquiera de conmemorar en una medalla los sufrimientos de Guetaria y de su valerosa guarnición.

FIN

EL ÚLTIMO PAPEL

ZARZUELA CÓMICA EN UN ACTO, PROSA Y VERSO

REPARTO

PESONAJES

Don Julián.
Don Jacinto.
Anita, hija de don Julián.
Carlos, hijo de don Jacinto.
Don Braulio.
Francisco y Rosa, criados.
Enrique y Clara, hijos de don Braulio.
Vecinos.
Un notario.
Convidados.

La acción en Madrid; época actual.

EL ÚLTIMO PAPEL

ACTO ÚNICO

Salón. Á la derecha é izquierda del actor, puertas que conducen á las habitaciones interiores, y otra al fondo, que se supone que comunica con la escalera. Frente al espectador, y á la derecha de la puerta de entrada, una ventana que da á un patio, y á través de la cual debe verse otra, que corresponde al cuarto de al lado. Á la izquierda una cómoda con un secreter.

ESCENA PRIMERA

ANITA, cerrando una carta que acaba de escribir.

Música.

Llegada es la hora
Que espera mi afán;
Contén, alma mía,
Contén tu ansiedad.
De amor infinito
La llama inmortal
Rompió tus cadenas,
Te dió libertad.
La vida sin sueños, ¡qué horrible agonía!
¡Qué noche sin astros vivir sin amor!

En él busca el alma su eterna alegría,
Cual busca el rocío la trémula flor.
Contén, alma mía,
Tu cruel ansiedad,
Que hoy dejas la triste
Prisión del hogar.
El ave cautiva
Ya puede volar
Al nido en que todas
Sus dichas están.

Hablado.

¡Qué magnífico plan! ¡Como de quien es! Se me quita el papel para que no escriba; se me prohibe salir sola á la calle, al balcón; se atrancan las puertas de mi gabinete por la noche y se le echan cerrojos por el día á la de la calle... ¿Viene el aguador? ¡Adentro! ¿Llama el cartero? ¡Adentro! ¡Era insoportable este martirio! ¡Rosa! *(Llamando.)*

ESCENA II

ANITA, ROSA y CARLOS, dentro.

ROSA. ¡Señorita!

ANITA. Ahí tienes la carta. No olvides mis instrucciones. Cuando comprendas que estamos ya lejos de aquí, se la entregas á papá.

ROSA. Está bien, señorita; pero...

ANITA. ¡Nada de observaciones! Es cosa resuelta.

CARLOS. *(Asomándose á la ventana del patio y llamando con misterio.)* ¡Anita!

ANITA. ¡Voy! *(Asomándose también á la ventana y después de arreglarse ligeramente el tocado.)* ¿Llamabas?

CARLOS. ¿Estás arreglada ya?

ANITA. Del todo, querido primo. Acabo de entregar á Rosa la carta y sólo espero tus órdenes.

CARLOS. Pues baja las escaleras con toda precaución. Yo voy á entregar mi carta al criado y salgo en seguida. Ya deben estarnos esperando. Al terminar la calle, frente al número 40, hay un coche. Entra en él y espérame. Yo te sigo. ¡Que nos prohiban ahora hablarnos!

ANITA. Perfectamente.

CARLOS. No hay que perder un minuto. Todo depende de la exactitud.

ANITA. Ahora mismo. *(Ambos se retiran.)* Esta es la ocasión. Papá está escribiendo el artículo de esta noche y el tío entretenido, á lo que creo, con su *Siglo Futuro*. ¡Qué sorpresa cuando sepan...! Por supuesto, que lo tienen muy merecido.

ROSA. Pero, señorita, ¿se decide usted?

ANITA. ¡Cómo se conoce que nunca te ha herido el Amor con su dardo!

ROSA. ¿Nunca? Más vale que lo crea usted así. Pregúnteselo usted á Francisco.

ANITA. ¡Quién sabe! Podrá ser que del paso que voy á dar dependa mi felicidad y la vuestra.

ROSA. Todo irá bien, con tal de que los señores no nos pongan de patitas en la calle. Y... ¿hasta cuándo, señorita?

ANITA. No sé; depende del éxito. ¡Adiós!

ROSA. Muchos recuerdos al señorito. Nunca podré olvidar las propinas que me ha dado. Quiérale usted mucho, que todo se lo merece. *(Vase Anita. Rosa la acompaña hasta la puerta, sollozando.)*

ESCENA III

ROSA y FRANCISCO, desde dentro.

ROSA. ¡Allá va! ¡Pobrecita! Cuando se atreven á tanto, bien puede decirse que se quieren. Ya se ve; un año de relaciones contrariadas puede mucho... ¡Vaya si puede! Y lo que es él se conoce que la adora. ¡Qué cartas! No le pasa otro tanto á ese perillán, no, y es que como no le contrarío en nada... siempre que le hablo de la Vicaría se hace de pencas. Dice que sólo le agradan cierta clase de enlaces. ¡Cierta clase! ¡Pillo! ¡Nunca sería él capaz de robarme por el día y á la luz del sol, que es como Dios manda! ¡Ladrón nocturno!

FRANC. *(Asomándose á la ventana donde estuvo Carlos.)* ¡Rosa!

ROSA. ¿Qué quieres? *(Yendo á la ventana donde estuvo Anita.)* ¡Ya lo tengo encima!

FRANC. Nada...

ROSA. ¿Y para eso me llamas?

FRANC. Para eso y para lo otro.

ROSA. ¿Lo otro? ¿Y qué es lo otro? (¿No lo dije?) *(Con sobresalto.)*

FRANC. ¿Salió doña Anita?

ROSA. ¡Ah! ¡Sí! Debe estar ya en la calle. *(Tranquilizándose.)*

FRANC. Entonces voy á avisar á don Carlos. Hasta luego, princesa.

ROSA. ¡Huy! ¡Déjame en paz!

FRANC. ¿De veras quieres que te deje? Te dejaré. Por eso no hemos de quedar mal.

ROSA. *(Aparte.)* ¡Anda, anda! Éste es capaz de agarrarse á un clavo ardiendo. *(Alto.)* Es un decir como otro cualquiera.

FRANC. ¡Ah! Si no es más que un decir... Ya sabes que yo cumplo siempre cuanto se me ordena. Es mi oficio.

ROSA. Sí, lo cumples todo menos tu palabra.

FRANC. ¡Pues para qué queríamos más día de fiesta! De la manera que los amos aborrecen el matrimonio, el día que supieran que nos casábamos nos despedían.

ROSA. Pues tal día hizo un año. No nos faltará otra casa. Yo, si no fuera por la señorita... *(Simultáneamente suenan dentro y fuera de la escena voces muy marca-*

das de ¡Adentro! *Francisco y Rosa abandonan con precipitación sus respectivas posiciones.)*

ESCENA IV

DON JULIÁN y ROSA

JULIÁN. ¡Adentro! ¿Qué estás haciendo ahí? ¿No te tengo dicho que no quiero relaciones con el criado de enfrente? *(Deja caer sobre la consola unas cuartillas que trae en la mano.)* ¡Ea! ¡Á la cocina! No me gustan idilios domésticos. La ciencia ha descubierto que el amor es la más segura rémora del progreso. La luz eléctrica no adelanta un paso desde que se ha casado Edison. Por esa misma razón no hará nunca nada la democracia monárquica. Hay que matar el amor, dice Schopenhaüer. El amor conduce al himeneo, y el himeneo es el origen de todos los males que agobian al género humano. Ame usted, cásese usted, para verse al cabo de sus años viudo, rodeado de obligaciones y sin contar para atenderlas más que con cincuenta duros de sueldo en la redacción de un diario..., de un diario que no paga. ¡Hermosa vejez! ¡Ah! Yo puedo decirlo; yo, que por razón de mi cargo estoy en relaciones íntimas con

todas las potencias de Europa, bien puedo decir que no hay conflicto internacional que no reconozca por causa una cuestión de amor; de amor propio ó ajeno, pero de amor al fin; ¡siempre de amor!

ESCENA V

DON JULIÁN y DON JACINTO

JACINTO. Buenos días, Julián.

JULIÁN. Hola, Jacinto. Me alegro de verte por aquí; cabalmente pensaba ir á tu cuarto en este momento, antes de marcharme á la redacción.

JACINTO. Á la redacción me iba yo también; pero, como siempre, no quería bajar sin venir á saludarte, con tanto mayor motivo cuanto que...

JULIÁN. Gracias, hombre, gracias; eres un hermano excelente.

JACINTO. Como tú no te lo mereces.

JULIÁN. ¡Puede que tengas razón!

JACINTO. ¡Cada día ahondas más el profundo abismo que nos separa! No te bastaba escribir en *El País,* periódico revolucionario, mientras yo escribo en *El Siglo Futuro;* no te bastaba ocuparte de política extranjera, mientras yo me ocupo de política interior; no te bastaba disentir de mí en arte, en política,

en filosofía, en religión. Era preciso colmar la medida, y la colmaste. ¡Hoy hasta disentimos en moral!

JULIÁN. Hombre, ¡qué barbaridad!

JACINTO. Dirás lo que quieras, pero la verdad es que desde que aprendiste ciertas teorías, estás insoportable. Has dado estricnina á tu gato por simples sospechas de que miraba con interés á mi gatita.

JULIÁN. Más has hecho tú, que dirigiste insultos á un impermeable, tomándolo por una dama oculta en la alcoba de tu hijo.

JACINTO. Eso tiene su explicación, dada mi falta de vista. Lo que no se explica es que prohibas á nuestros hijos Anita y Carlos se traten y continúen ellos nuestras antiguas y cariñosas tradiciones de familia.

JULIÁN. ¿Eso es todo lo que tienes que decirme? Pues empiezo por sostener que eso que llamas abismo que nos separa, ni es abismo ni tales carneros. No hay diferencias ni puede haberlas entre nosotros. Tú y yo hemos nacido en un mismo día; tú y yo en un mismo día nos casamos; en un mismo día han nacido nuestros hijos; en un mismo día han muerto del cólera nuestras mujeres; en un mismo piso vivimos, tú en la derecha, yo en la izquierda; un mismo deseo alimentamos de echar abajo lo existente; y, por último,

son tantas las analogías que hay entre nosotros, que hasta los dos nos sostenemos, ¡cosa inverosímil!, del periodismo de oposición. En cuanto á mis teorías respecto de amor, buenas ó malas, tú participas también de ellas...

JACINTO. ¡Jamás! Yo creo que sin el amor...

JULIÁN. La prueba es que hace un momento te incomodabas con Francisco, como yo con Rosa, por encontrarlos charlando de ventana á ventana.

JACINTO. Es que respecto de esos mocitos llueve sobre mojado. He sorprendido señas y miradas, y no quiero que den mal ejemplo á mi hijo, que es el candor personificado. Además, quiero evitarme disgustos.

JULIÁN. ¡Hola! ¿Ves como coincides conmigo hasta en eso? Tú tratas de evitar que los criados se entiendan, porque sabes que entendiéndose acabarán por casarse. Y esto te disgusta. ¿Y cómo no? Tú, como yo, has sido desgraciado en el matrimonio. Y no porque tu esposa fuera mala, no; tu esposa, como la mía, era un ángel.

JACINTO. *(Enjugándose los ojos.)* ¡Ah!

JULIÁN. Pero donde no hay harina... Luego tú cometiste la tontería de no haber sido ministro de don Carlos... ¡Hoy tendrías, cuando menos, treinta mil reales en el Banco de España!

JACINTO. ¡Bah! No hablemos de eso. Como serías tú ministro de la Regencia si, templando tu republicanismo, hubieras aceptado la salvadora fórmula de...

JULIÁN. Ya; pero ¡la conciencia!

JACINTO. Eso mismo digo yo: ¡la conciencia!

JULIÁN. He aquí otra analogía, que acabo de descubrir, entre tú y yo... y... Martos. ¡La conciencia!

JACINTO. Pero, en fin, quisiera saber qué puede haber de particular en que Carlos y Anita se traten.

JULIÁN. ¡De particular! ¡Y me lo preguntas! ¿Has podido comprarle á tu mujer un sombrero en veinte años de casado?

JACINTO. No; pero en ese mismo tiempo tú no has podido comprarle á la tuya unas botas imperiales.

JULIÁN. ¿Hay nada peor que vender un quinqué para comer?

JACINTO. Sí, comerse una cómoda, como tú te la comiste un día.

JULIÁN. ¡Cuando nació tu hijo le llevaste á bautizar envuelto en un periódico!

JACINTO. Porque soy periodista. En cambio, cuando nació la tuya, en vez de darle á tu mujer trozos de gallina...

JULIÁN. ¿Qué?

JACINTO. Le diste trozos de... Víctor Hugo.

JULIÁN. Pues con estos antecedentes, ¿serías capaz de condenar á un tormento igual á Carlos?

JACINTO. ¿Pero acaso Carlos y Anita...?

JULIÁN. Se aman, imbécil, se aman. ¿Aún te desayunas ahora?

JACINTO. Nada sabía. Es más, casi estoy por asegurarte que es falso. Siempre he creído que no simpatizaban.

JULIÁN. ¡Hipocresías! De un año á esta parte, Anita no hace más que escribir cartas, y enviarlas á Carlos por esa ventana.

JACINTO. ¡Calla! Ahora caigo en que el bribonazo no ha hecho tampoco otra cosa en todo ese tiempo; sólo que, como veo mal, atribuílo á ensayos de juego de pelota—juego hasta cierto punto higiénico para los sabañones—el sistema de voleos empleados para dirigirse la correspondencia. Pero, ¿estás seguro? ¡Vamos! ¡Si parece mentira, hombre, un chico tan corto! Y además, que no le gusta tu hija, ¡vaya!; mil veces me ha dicho que le era indiferente por completo.

ESCENA VI

DON JULIÁN, DON JACINTO y CORO DE VECINOS Y VECINAS, todos con periódicos en las manos.

Música.

CORO. ¡Vecinos! ¡Vecinos!

JULIÁN. ¿Qué ocurre, qué hay?

CORO. Somos los imponentes...

(Jacinto y Julián retroceden espantados.)
Del Monte de Piedad,
Y á consultar venimos
Un caso singular.

JACINTO. Explíquense ustedes
JULIÁN. Ustedes dirán.
CORO. De leer acabamos
En *El Liberal,*
Que el Monte está en crisis
Y puede quebrar.
Contando en sus arcas
Un gran capital,
En juegos de Bolsa
Los quiere arriesgar.
JACINTO. ¡Pues puede perder!
JULIÁN. ¡Y puede ganar!
CORO. Se dice que veinte
Millones ó más,
En cuatro por ciento
Metió poco ha,
Y es tal su avaricia
Que llegó á comprar
Acciones de *ferros*
Y del Panamá.
Del pobre el peculio
Eso es arriesgar
Con tantos descarri-
lamientos como hay.
JACINTO. ¡Pues puede perder!
JULIÁN. ¡Y puede ganar!
CORO. Los valores todos

En baja hoy están;
Si el Monte liquida
No tiene un real.
Y como es de nuestros
Ahorros guardián,
Remedio al peligro
Queremos buscar.

VECINO 1.º Yo tengo en el Monte
La gran cantidad
De un duro, que un año
Ahorré del jornal.

VECINA 1.ª Yo un chal de Manila.

VECINO 2.º Y yo mi chascás
Y el quepis de mili-
ciano nacional.

VECINA 2.ª, MUY GRUESA..... } Yo un corsé muy ancho.

VECINO 3.º, MUY FLACO. } Yo un estrecho frac.

VECINO 4.º Y yo siete capas
(Y todas *robás*).

TODO EL CORO..... } Ustedes, ¡ay!, vecinos,
Que periodistas son,
Sabrán aconsejarnos
En esta situación.

JULIÁN. Yo opino lo que opine
Mi amigo *El Liberal.*

JACINTO. Y yo que sus caudales
Retire cada cual.

JULIÁN. En esa retirada
Peligros puede haber.

JACINTO. Mayores serán ellos
Dejándolos perder.
JULIÁN. El Monte tiene cierta
Respetabilidad.
JACINTO. Monte que juega al monte,
No es Monte de Piedad.
CORO. Es verdad.
Monte que juega al monte
No es Monte de Piedad.
JULIÁN. ¡Meditad!
JACINTO. ¡Retirad!
CORO. *(Alejándose.)*
Monte que juega al mónte
No es Monte de Piedad.

ESCENA VII

DON JULIÁN, DON JACINTO y ROSA

ROSA. *(Á don Julián.)* Señor, la señorita, que ha salido á la calle hace un rato, me encargó le entregase á usted esta carta.
JULIÁN. ¡Á la calle! ¡Y sola! ¿Y tú has consentido?
ROSA. No quiso que la acompañase, por más que le dije.
JULIÁN. ¡Á ver! Ha de ser de la modista, ¡como si lo viera! *(Leyendo en voz baja.)* «Querido papá: Siento darte un disgusto, pero era inevitable. Hace un año que tengo relaciones con un joven á quien conoces mucho, y comprendiendo que

tú no le darías nunca mi mano, he preferido callar, á disgustarte. Hoy, ese joven, á quien adoro, me hace elegir entre matarse, sepultándose en la cabeza una bala de revólver, ó huir con él donde tu perdón y el altar santifiquen nuestros amores. Perdóname, papá. Te abraza tu hija, ANITA.» *(Aterrado.)* ¡Ah, infame! *(Á don Jacinto.)* ¿Conque le era indiferente por completo, eh? Mira, mira la indiferencia. *(Le da á leer la carta, mientras se pone á pasear furioso por la habitación.)*

ESCENA VIII

DICHOS y FRANCISCO, dirigiéndose á DON JACINTO

FRANC. Señor, el señorito Carlos, que ha salido hace un rato, me ha entregado esta carta para usted. *(Francisco y Rosa se quedan hablando, muy amartelados, junto á la puerta.)*

JULIÁN. ¿Qué? ¿Otra carta para ti?

JACINTO. *(Antes de leer la carta de Anita y de Carlos.)* Sí, ha de ser del sastre, con seguridad. *(Lee rápidamente la carta de Anita, en silencio. Luego, en voz baja, la de Carlos, pintándose á medida que lee el asombro en su fisonomía. Don Julián sigue preocupado paseando.)* «Querido papá: Siento darte un disgusto, pero

no puedo evitarlo. Hace un año que tengo relaciones con una hermosa joven á quien conoces mucho. Hoy, esa joven, á quien idolatro, me hace elegir entre tomar una caja de fósforos disueltos ó depositarla donde tu perdón y el altar, etc., etc., etc.» ¡Ni siquiera se molestaron en cambiar de falsilla! ¡Ah mandria! ¡Fíese usted del agua mansa! *(Á don Julián.)* ¡Toma, toma! *(Le entrega las dos cartas. Don Julián guarda la suya, y mientras lee la de don Jacinto. éste se pone á pasear furiosamente.)* ¡Qué insolencia!

JULIÁN. *(Devolviendo, después de leída, la carta á don Jacinto, y volviendo á sus paseos.)* ¡Qué picardía!

JACINTO. Esto no puede quedar así; es preciso proceder rigurosamente.

JULIÁN. ¡Sí, detenerlos!

JACINTO. ¡Arrestarlos! ¡Era poco meterlos en presidio!

JULIÁN. ¡Sí, era poco! Pero de sistema celular, con las separaciones convenientes.

JACINTO. ¡Rosa! ¿Qué tiempo hará que se marchó la señorita?

JULIÁN. *(Á Francisco.)* ¿Qué tiempo hará que te dió la carta el señorito Carlos? *(Francisco y Rosa, embelesados en hablar, no contestan. Don Jacinto y don Julián se acercan á ellos, trayéndolos violentamente al proscenio.)*

JACINTO. ¿No has oído, estúpida? ¿Qué tiempo hace que salió Anita?

JULIÁN. ¿Qué tiempo hace que ha salido Carlos? Aquí hay un complot y vosotros lo sabéis.

ROSA. Hace un cuarto de hora.

FRANC. Eso hará justamente, un cuarto de hora. Pero nosotros no sabemos nada. Yo por mi parte juro...

ROSA. Pues yo por la mía juro...

JULIÁN. ¡Está bien! Pueden ustedes retirarse. Ya se averiguará todo, y entonces...

JACINTO. ¡Oh! Entonces...

FRANC. Por mí, ¡averigüen ustedes cuanto quieran! *(Vanse Rosa y Francisco.)*

ESCENA IX

DON JULIÁN y DON JACINTO

JULIÁN. ¿Y tu honor, Jacinto?

JACINTO. ¿Y tu honor, Julián? *(Pausa.)*

JULIÁN Y JACINTO. *(Á un tiempo.)* ¡El honor acumulado sobre tu frente por tantas generaciones! *(Pausa corta.)*

JACINTO Y JULIÁN. *(Á un tiempo.)* ¿Eh? *(Desde aquí, la acción marchará con rapidez y agitación.)*

JULIÁN. ¡Parece que te burlas!

JACINTO. ¡Para burlas estamos! De todo esto tienes tú la culpa. ¡Cada día ahondas más el abismo que nos separa!

JULIÁN. ¡Dale con el abismo! Estás empeñado

en no parecerte á mí, y los acontecimientos se encargan de desmentirte. Todas las peripecias de nuestro destino nos son comunes.

JACINTO. ¡Si hubieras educado bien á tu hija!

JULIÁN. ¡Pues mira que Carlos está bien educado!

JACINTO. Tú no tienes para qué meterte en mis interioridades.

JULIÁN. Justo; eso sólo se queda para ti, que vives de la política interior.

JACINTO. Tu hija propende á las cajas de fósforos.

JULIÁN. Lo mismo que Carlos á levantarse la tapa de los sesos. ¡Si me querrás hacer creer que tu hijo es el robado!

JACINTO. Eso parece desprenderse de mi carta.

JULIÁN. Lo contrario se desprende de la mía. Además, la violencia parte siempre del hombre, de Adán.

JACINTO. Sí, pero la sugestión parte siempre de la mujer, de Eva.

JULIÁN. Me temo que el Paraíso se convierta en un infierno. Tengamos la fiesta en paz, y en vez de insultarnos tratemos de aplicar remedio á la llaga. Ya lo has oído: no hace más que un cuarto de hora que se han fugado. Es tiempo todavía de detenerlos. Vamos á dar parte al Gobierno, á entendernos con la Policía, á poner telegramas á todas las estaciones.

JACINTO. Muy bien pensado; pero para eso se necesita algo más que elocuencia.

JULIÁN. ¿Qué se necesita?

JACINTO. Dinero.

JULIÁN. ¡Ah!

JACINTO. Y á mí no me han pagado todavía en el periódico. Estoy sin un cuarto, y este es precisamente uno de los objetos que me traían á tu casa.

JULIÁN. Pues, chico, lo siento, pero con ese mismo propósito me disponía á ir á la tuya. Tampoco me han pagado á mí y estoy sin un céntimo.

JACINTO. El caso es que con la gran baja de subscripción que traen al periódico las divisiones entre los carlistas, no me atrevo á pedir un anticipo.

JULIÁN. ¡Sería una gollería! Con esas mismas divisiones entre los republicanos, ya me daría yo por contento con que me pagasen los atrasos.

JACINTO. Á ver si damos con un medio.

JULIÁN. Tengo una idea. *(Recapacitando.)*

JACINTO. Veamos.

JULIÁN. Recordarás que cuando el año pasado regresó de América con su familia don Braulio, aquel famoso cómico retirado, parte de cuya familia se hospedó en tu cuarto, por ser demasiado reducida mi habitación para todos, les cedí mi gabinete. Recordarás también que han estado aquí tres meses buscando casa y

no la encontraron de las condiciones que apetecían. Temiendo sernos gravosos, resolvieron marcharse á pasar una temporada á Pastrana, y allá se fueron, dejando aquí gran parte de su equipaje.

JACINTO. Aquí y en mi cuarto, porque también yo tengo allí dos baúles suyos.

JULIÁN. Exactamente. Pues bien: entre los objetos de valor que se dejaron aquí, figura un collar de perlas encerrado en un hermoso estuche, que don Braulio me encargó guardase en mi secreter, para ponerlo á cubierto de cualquiera eventualidad.

JACINTO. Igual encargo me hizo á mí respecto de un magnífico *remontoir* de repetición, esmaltado de brillantes. Depósito sagrado que ambos debemos conservar religiosamente para...

JULIÁN. Convenido, querido Jacinto; convenido. Pero, dadas las circunstancias en que hoy nos vemos, la seguridad que tenemos de que don Braulio no piensa regresar por ahora y la facilidad en todo caso de sacarlo inmediatamente, ¿no te parece que debíamos llevar al Monte el collar de perlas y empeñarlo, por ejemplo, en mil reales?

JACINTO. ¡Oh!, ¡oh! ¿Te atreves á proponerme semejante cosa cuando acabo de aconsejar á los vecinos que en vez de empe-

ñar, desempeñen? ¡Qué atrocidad! ¡Empeñar una prenda que...!

JULIÁN. Pero, hombre de Dios, ven acá. ¿Qué es lo que ha ido buscando don Braulio al dejarnos tan recomendados esos objetos, sino la seguridad de no perderlos? Y dime tú: dada la inestabilidad de las cosas humanas, ¿dónde más seguras pueden estar esas joyas, en tu casa ó en el Monte? ¿En el cajón de una cómoda ó en una caja de hierro? Cincuenta duros es una friolera. En caso de necesidad, se recurre á un amigo. ¿Qué amigo niega hoy á otro la insignificante cantidad de cincuenta duros?

JACINTO. ¡Ninguno! Estamos de acuerdo.

JULIÁN. Suponte que esta noche nos roban...

JACINTO. No digas eso siquiera...

JULIÁN. Pero supóntelo, hombre; supóntelo.

JACINTO. Aborrezco ciertas hipótesis.

JULIÁN. ¿Qué contestarías á don Braulio cuando te exigiera la devolución de ese sagrado depósito? Porque aunque don Braulio nos conoce, porque fué grande amigo de nuestro difunto padre...

JACINTO. El caso es que tienes razón. *(Queda un momento meditando.)* ¡Demonio! Me has sugerido una idea terrible. ¡Eres atroz!

JULIÁN. La fuerza de la lógica.

JACINTO. Si Carlos se hubiera atrevido...! No quiero pensarlo!... Con todo, voy allá...; por un momento, Julián... *(Vase fondo.)*

JULIÁN. *(Alarmado, comprendiendo el temor de Jacinto.)* Si se habrá atrevido esa muchacha... ¡Tendría que ver! *(Vase precipitadamente derecha. Queda sola la escena corto tiempo.)*

Música.

JULIÁN. *(Apareciendo.)*
¡El collar de perlas!
JACINTO. *(Idem.)*
¡Aquí está el reloj!
No ha habido en el rapto
Dañada intención.
JULIÁN. ¡Es cosa chocante,
Por vida de Dios,
Tentar sin dinero
Empresas de amor!
JACINTO. Marchan con lo puesto,
Sin *mosca* los dos...
¿Conocen ustedes
Quien ame así hoy?
JULIÁN. ¡El collar de perlas!
JACINTO. ¡Aquí está el reloj!
JULIÁN. ¡No ha habido en el rapto
Dañada intención!

Hablado.

JULIÁN. Y bien, Jacinto, ¿no te decides aún? ¿No te ha bastado el susto que acabas de llevar para convencerte?

JACINTO. Estoy decidido. El diablo las carga, y lo que no ocurre en un año ocurre en un segundo.

JULIÁN. Corriente; en ese caso, voy á llevar el collar.

JACINTO. El collar solo no; llevaremos las dos alhajas. Pediremos por cada una veinticinco duros. Tenemos para los primeros gastos.

JULIÁN. Como gustes; pero creo que no era necesario...

JACINTO. Nada, nada; tanto para mi tranquilidad como porque quiero compartir tu responsabilidad moral, si alguna hubiera, empeñaremos el collar y el reloj. Ea, vamos, no nos detengamos más; voy á coger mi sombrero. *(Aparte.)* ¡Es un gran razonador! ¡Lástima que se empeñe en ahondar cada día el profundo abismo que nos separa! *(Vase.)*

JULIÁN. ¡Rosa! *(Cogiendo el sombrero y el bastón y con el estuche en la mano.)* ¡Rosa! *(Rosa aparece en la puerta.)* Hoy regresaré un poco tarde. Tenemos que ir al Monte al Gobierno, á una porción de sitios. ¡Vigila bien la casa, y cuidado con Fran, cisco! No olvides que el amor, según Schopenhauer, es el origen de todos los males que agobian al género humano. *(Vase.)*

ESCENA X

DON BRAULIO, viejo alegre, entrando por el foro, provisto de maleta, paraguas y saco de noche.

¡Nada, silencio sepulcral, soledad completa! ¿Dónde diablos se habrá ido esta gente, dejando la puerta de par en par? No apruebo este abandono. En casa donde hay intereses, debe presidir mayor celo, más vigilancia, más cuidado. Pero estos escritores traen siempre la cabeza á pájaros. Aquí está mi tradicional gabinete. Dejaré en él estos bártulos, me daré un limpión y después veremos lo que ha de hacerse. *(Penetra en el gabinete izquierdo, cerrando tras sí.)*

ESCENA XI

FRANCISCO y ROSA

FRANC. ¿Es tu amo el que ha salido?

ROSA. El mismo.

FRANC. Me alegro: el mío se ha ido también, encargándome que no te mirase á la cara.

ROSA. No necesita encargártelo.

FRANC. ¿Por qué?

ROSA. Porque no es mi cara lo que más te gusta.

FRANC. Para los verdaderos amantes, el *físico es de material. (Marcado.)*

ROSA. Sí, es el *moral* lo que á ti te agrada. *(Muy marcado.)*

FRANC. ¿Por qué te tendrá mi amo tanta tirria? Chica, ¿le has hecho algo?

ROSA. No sé: es una verdadera manía la de esos señores. Empeñados en que nadie se quiera bien, después que ellos han querido hasta las cachas á sus mujeres. ¡Habráse visto!

FRANC. Déjalos; no hagas caso; por esos medios no conseguirán que yo... ya sabes que la privación causa el apetito y... *(Va á darla un beso.)*

ROSA. ¿Ya empiezas?

FRANC. ¡Ay, Rosa! No puedo contenerme. Lo mismo es verte, y sobre todo oirte... A propósito: he traído la guitarra; si quieres volverme loco, venga un cantar de esos que sabes. *(Preludia; Rosa hace un gorgorito, como anunciando que va á cantar.)* ¡Olé! ¡Venga de ahí!

Música.

ROSA. ¡Si saben los señores
Que tomo parte
En el plan de sus hijos
Para casarse,
Del balcón de cabeza
Me van á echar!

FRANC. Si en mis brazos te cojo,
¿Qué más te da?
¡Si sabe don Jacinto
Que á Carlos doy
Auxilio en sus proyectos,
Y protección,
De romperme la crisma
Será capaz!

ROSA. Si yo te la compongo,
¿Qué más te da?

FRANC. ¡Es verdad!

ROSA. ¡Es verdad!

LOS DOS. ¿Qué más te da?

Hablado.

FRANC. ¡En el mundo! Otra, otra.

ROSA. No; hoy no estoy bien de voz. Además, temo la que se va á armar. Como la señorita...

FRANC. ¡Bah! Ella es más feliz que tú á estas horas.

ROSA. ¿Más feliz? Es verdad; ella se casará y...

FRANC. Y nosotros también.

ROSA. ¿De veras?

FRANC. Lo que oyes. Don Carlos se interesa por nosotros; me ha prometido apadrinar nuestra boda y llevarnos, si se casa, á su servicio.

ROSA. Pero entretanto... ¡Vamos! Que no estoy tranquila mientras no salgamos de este enredo. ¡Me da una pena ver lo apurados que andan los señores, pudiendo

estar tan tranquilos! ¡Ah! ¡Si no fuera por la señorita...!

FRANC. ¡Yo también, si no fuera por don Carlos...! ¿Conque no cantas más? Pues voy á llevarme este chisme, que me estorba. *(Vase con la guitarra.)*

ESCENA XII

DON BRAULIO y ROSA. FRANCISCO, dentro.

BRAULIO. *(Saliendo del gabinete.)* Me parece que he oído voces y ruido de guitarras. *(Cepillándose, sin fijarse en Rosa.)* ¡Ah! También mi casa, en otro tiempo, era una caja de música. En vida de mi difunta, tuve que apuntalar dos veces la sala para que no se hundiese con el peso de las parejas coreográficas. Se cantaba, se bailaba y se tomaba chocolate. ¡Dulces memorias! De todo aquello no quedan más que recuerdos y mi afición al soconusco, que sigue gustándome. ¡Bien! ¡Me parece bien! La alegría y el amor son en el hombre como el oxígeno en las plantas, como un grano de mostaza sobre un pedazo de rosbif, como el aplauso en un papel bien desempeñado... *(Fijándose en Rosa.)* ¡Hola! ¿Eres tú, buena moza? Je, je, je. ¡Ya nada me sorprende!

ROSA. ¡Señor don Braulio! ¿Por dónde ha entrado usted?

BRAULIO. Ya hace un buen rato que estoy. Encontré la puerta abierta, y como ya sé los andares, tomé posesión de mi cuartito. Se conoce que no teméis ser robados; y eso que... *(Acariciando la barba de Rosa.)* ¡Vamos, vamos, por aquí no hay materia para un robo!

ROSA. Por aquí no hay nada. *(Retrocediendo.)*

BRAULIO. ¿Cómo que no? Y por lo visto con fractura...

FRANC. *(Que está observando desde la ventana de enfrente.)* ¡Con fractura de alguna de tus costillas puede ser!

BRAULIO. ¡Conque siempre dejando oir esa voz deliciosa! ¡Ah, picaronaza! ¡Cómo sabes tú lo que tienes en esa garganta! Pero vamos á ver, ¿quién hay por aquí?

ROSA. Pues nadie más que yo.

BRAULIO. ¿Cómo? ¿Tú solita? Pues juraría haber oído una guitarra.

ROSA. ¡Ah, sí!; la estaba tocando allá en la galería el criado de don Jacinto.

BRAULIO. ¡Oh! ¡Jacinto, el insigne Jacinto, tan carlista como su padre! ¡Lástima que su hermano...! Voy á darle un abrazo más apretado... *(Hace ademán de abrazar á Rosa.)*

ROSA. ¡Eh! ¡Que don Jacinto no soy yo, don Braulio!

BRAULIO. Dispénsame, hija mía; estoy tan azorado, que no sé lo que me pesco.

FRANC. *(Que sigue observando desde la ventana.)*

Me parece que lo que te vas á pescar es un guitarrazo que te reviente.

ROSA. Don Julián tampoco está en casa.

BRAULIO. ¿Tampoco él? *(Aparte.)* Sentiría haber errado el golpe. *(Alto.)* ¿Pues adónde se han ido esos hombres? Bien es verdad que, como no les he escrito, no tenían por qué esperarme. ¿Y han ido muy lejos?

ROSA. No, señor; al Monte.

BRAULIO. ¿Al monte? *(Aparte.)* ¡Pues no está lejos que digamos! *(Á Rosa.)* Hay que tomar el ferrocarril.

ROSA. No, señor; ahora hay tranvía.

BRAULIO. ¡Cómo progresa este Madrid! Debe ser deliciosa la perspectiva que ofrezca el Guadarrama, con sus nieves sempiternas, desde la plataforma de un tranvía.

ROSA. ¡Mucho! *(Sonriendo.)*

BRAULIO. *(Aparte.)* ¡Cosa más particular! ¿Quién había de suponer que eran aficionados á la caza? *(Á Rosa.)* ¿Y llevaban perros, hurón ó reclamo?

ROSA. No, señor: llevan un estuche.

BRAULIO. ¡Un estuche! *(Aparte.)* ¡Ah! ¡Ya! No tendrán zurrón y llevan la comida en una fiambrera de hoja de lata. *(Á Rosa.)* Por lo visto no se encuentran bien, ¿eh?

ROSA. Un poco ahogados.

BRAULIO. ¡Sí, en Madrid todos padecemos de las vías respiratorias! ¡Estas cuestas! Por

eso no hay nada mejor que el campo, el monte.

ROSA. Sí, señor.

BRAULIO. De modo que los facultativos... Su salida obedecerá á una prescripción.

ROSA. Que yo sepa, hasta ahora no ha prescripto nada.

BRAULIO. Más vale así, más vale así.

ROSA. Todo lo renuevan.

BRAULIO. En efecto, todo lo renuevan los aires puros de la montaña. ¿Y suelen traer muchas piezas?

ROSA. ¡Psch! ¡Así, así! Á fin de mes se traen todas las que se llevan...

BRAULIO. ¿Adónde? ¿A la plaza? ¿Es decir, que se venden las que sobran? ¡Bien hecho! Las carnes muertas pueden echarse á perder en casa, y como aquí sois pocos...

ROSA. Pues por eso...

BRAULIO. De modo que hoy tendremos conejo, ¿verdad, Rosita? *(Frotándose las manos y acercándose á Rosa demasiado.)* ¡Pero qué reguapa estás, muchacha! *(Hace ademán de abrazarla.)*

FRANC. ¡Muy guapa! ¡Allá va ese mimito! *(Arroja á don Braulio la guitarra, que se rompe á sus pies.)*

BRAULIO. *(Mirando al techo.)* ¡Demontre! ¿Comienzan á repetirse los terremotos?

ROSA. No es nada; se ha descolgado de ahí...

BRAULIO. ¡Ah! ¡Ya!... Pues... volviendo al conejo,

¿verdad que es un plato exquisito? Yo soy voraz por él; pero como á mi hija le desagrada... Con todo, hoy haremos una excepción, y eso que, francamente, no tengo apetito.

ROSA. ¿Pues qué le pasa á usted? ¿Acaso la edad? *(Con sorna.)*

BRAULIO. No, la edad no; á Dios gracias, conservo toda la herramienta: no me falta un solo diente; pero me tiene preocupado la tardanza de tus amos.

ROSA. Deben estar llegando.

BRAULIO. Tengo verdadera impaciencia. *(Aparte.)* ¡Cómo que está al caer la hora de la cita! *(Suena una campanilla. Rosa sale á abrir y don Braulio va detrás de ella.)* ¿Cuánto apostamos á que son ellos?... ¡Los mismos!

ESCENA XIII

DON BRAULIO, ROSA, DON JULIÁN y DON JACINTO

JULIÁN. *(Dentro aún.)* ¿Quién dices? ¡Imposible! ¿Estás loca?

JACINTO. *(Dentro.)* ¡Esta muchacha sueña! ¿Pues no dice que está ahí don Braulio?

BRAULIO. ¡Aquí estoy, sí; aquí estoy, caballeritos!

JULIÁN. *(Entrando.) (Aparte.)* ¡Ah! ¡Si habrá sospechado...!

JACINTO. *(Entrando.) (Aparte.)* ¡Si habrá conocido...!

BRAULIO. ¿Qué es eso? ¿Os quedáis parados? ¿Palidecéis? Lo comprendo. ¡La impresión que os causa mi presencia!

JULIÁN. *(Aparte.)* Se me olvidó encargar á Rosa...

BRAULIO. Vamos, abrazadme, mi querido Julián, mi querido Jacinto; vosotros diríais: aquel hombre se ha olvidado de sus amigos, se ha muerto... ¡Desgraciadamente, existo!

JULIÁN. ¡Qué felicidad, verle á usted por aquí! *(Le abraza.)*

JACINTO. Nada de eso, nada de eso...

BRAULIO. Por desgracia, sí; más valiera morirse que recibir ciertos desengaños y observar ciertas perfidias. *(Miradas de recelo entre Julián y Jacinto.)*

JULIÁN. ¿Qué dice usted?

JACINTO. ¿Cómo?

BRAULIO. Permitid que me siente. Hay cosas que hacen daño, que fatigan el alma y rinden el cuerpo. Conque ¿qué tal?

JULIÁN. ¿Cómo... qué tal? *(Aparte.)* ¡Estoy sudando!

JACINTO. *(Aparte.)* ¡Lo sabe todo! ¡Ese «qué tal» es toda una revelación!

BRAULIO. ¿Para qué misterios entre nosotros? Ya sé que estáis ahogados...

JULIÁN. ¡Ah!

BRAULIO. Todo me lo ha dicho Rosa.

JULIÁN. *(Aparte.)* ¡La degüello!

BRAULIO. Ya sé que venís del monte.

JULIÁN. Pero...

BRAULIO. La verdad es que os exponéis á ir á presidio.

JACINTO. *(Á Julián.)* ¡Estamos perdidos! Lo mejor es que le hables con franqueza.

BRAULIO. Habéis cometido un abuso incalificable. ¡Habéis faltado...

JULIÁN. Puesto que lo sabe usted, confieso que... tiene usted razón; pero óiganos usted; no nos condene sin oirnos...

BRAULIO. ¡Á todos los preceptos de la caza! ¿No sabéis que estamos en tiempo de veda?

JULIÁN. *(Á Jacinto.)* ¡Ah! ¡No sabe nada; respiremos!

JACINTO. *(Aparte.)* ¡Y este bárbaro que iba á espetárselo todo!

BRAULIO. ¿Cuántas liebres matasteis?

JULIÁN. ¿Liebres? Ninguna; si no venimos de caza; hemos desistido.

JACINTO. Hemos desistido, porque nos suceden hoy cosas extraordinarias.

BRAULIO. ¿Sí, eh? Como á mí; lo mismo que á mí. ¡Ah! Cuando sepáis... Ante todo, decidme cómo están Anita y Carlos. ¡No los veo!

JULIÁN. ¡Un drama, señor don Braulio; un drama!

JACINTO. ¡Una tragedia, una tragedia!

BRAULIO. ¡Me ponéis en cuidado! ¿Qué pasa?

JULIÁN. *(Metiendo mano al bolsilllo y sacando un papel, que entrega á don Braulio, y que es una papeleta de empeño.)* ¡Lea usted esa carta!

JACINTO. *(La misma operación con otra papeleta.)* ¡Lea usted esa carta!

BRAULIO. *(Saca las antiparras, se coloca en el centro del escenario, y leyendo simultáneamente la papeleta de la mano derecha y de la iquierda.)* «¡Monte de Piedad!» «¡Caja de Ahorros!»

JACINTO Y JULIÁN. *(Aparte.)* ¡Oh! Estamos dejados de la mano de Dios. ¡Ya vuelve á saberlo todo! *(Arrebatándole al mismo tiempo las papeletas.)*

BRAULIO. Habéis ido á hacer una imposición, sin duda. ¡Así me gusta! El capital está allí seguro. ¡Oh! ¡El ahorro! El que ahorra siempre tiene. Es un principio económico que me felicito de verlo practicado por vosotros.

JULIÁN. *(Aparte á Jacinto.)* No sabe nada; pero yo me muero. *(Guardan las papeletas y le entregan, respectivamente, dos cartas.)*

BRAULIO. ¿Más imposiciones?

JULIÁN. No, señor; dos cartas.

BRAULIO. *(Lee las dos cartas, alternando también de derecha á izquierda. Después de leer, queda como pensativo.)* ¡Consecuencias de vuestras teorías acerca del amor! Los jóvenes necesitan de cierta libertad. Siempre condené vuestro insensato empeño de impedir que los chicos se diviertan.

JACINTO. ¡Quién había de pensar!

BRAULIO. Á mí me ocurre también algo parecido.

JULIÁN. ¿Á usted?

BRAULIO. Á mí; sí, señor.

JULIÁN. No comprendo.

BRAULIO. Leed esas cartas. *(Saca del bolsillo interior del gabán dos cartas y da una á cada uno de los hermanos.)*

JULIÁN. Un carta igual á la mía y firmada por Clara...

JACINTO. Una carta igual á la mía y firmada por Enrique...

JULIÁN. Pues señor; es cosa de volverse loco. De todo esto no saco en limpio sino que, á este paso, van á tener aire de familia todas las cartas recogidas en la Central de Correos. Pero, ¿de quién son estas cartas?

BRAULIO. ¿No habéis caído en ello? Vamos por partes. Ante todo, vosotros recordaréis seguramente aquel par de alhajas...

JULIÁN. *(Aparte á Jacinto.)* ¡Ahora sí que va de veras! Dile que nos las han robado; así ganaremos tiempo.

JACINTO. ¡Pues no hemos de recordar! Sí, señor; eran preciosas. ¡Quién había de decir que iban á robárnoslas de nuestra propia casa!

BRAULIO. *(Aparte, sonriendo.)* Creen que me refiero á sus hijos. *(Alto.)* Bien mirado, debíais esperarlo, precisamente porque eran buenas.

JULIÁN. *(Aparte.)* ¡Qué hombre tan particular!

Parece que no las siente, y valen más de cuatro mil duros.

JACINTO. ¡Ah! Si supiésemos quiénes eran los ladrones...

BRAULIO. Precisamente á eso voy: ¿no tenéis sospechas siquiera?

JACINTO. ¡Nada!

JULIÁN. ¡Nada! *(Llaman varias veces á la campanilla, con intervalos como de abrir y cerrar.)*

BRAULIO. Pues los ladrones vais á conocerlos ahora mismo.

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS. Van entrando ANITA y ENRIQUE, CARLOS y CLARA, NOTARIO, FRANCISCO y ROSA, y varios convidados que formarán el coro de hombres.

Música.

JULIÁN. ¿Aquí Carlos y Anita?
JACINTO. ¿Enrique y Clara aquí?
JULIÁN. ¿Qué quiere decir esto?
JACINTO. ¿Qué quiere esto decir?
CARLOS. Que yo adoraba á Clara.
ANITA. Que me ama Enrique á mí.
FRANC. y ROSA. Y todos nos amamos
que no hay más que pedir.

ANITA Á JULIÁN

Ya pesarosa de mi error primero,
Torno triste al hogar;

Vengo con llanto de dolor sincero
Tu perdón á implorar.
No hiera el dardo de tu justa ira
Una esperanza de inocente amor;
Calma mi pecho ansioso, que suspira
Por que el olvido ahuyente tu rigor.

ROSA, FRANCISCO Y CORO

De ver su llanto
Da compasión,
Y perdonarle
Debe su error.

ANITA, ENRIQUE Y CARLOS

Ya pesarosa de su error primero,
Torna triste al hogar;
Viene con llanto de dolor sincero
Su perdón á implorar.
No hiera el dardo de su justa ira
Una esperanza de inocente amor;
Calme su pecho ansioso, que suspira
Por que el olvido ahuyente su rigor.

JULIÁN. ¿Quién pudo con engaños
Tramar burlas así?
JACINTO. ¿Quién pudo esta asechanza
Taimado dirigir?
BRAULIO. ¡Yo, que les protegía
Y que triunfé por fin!
JULIÁN. ¿De modo que aquel rapto...?
BRAULIO. No fué más que un ardid.
JACINTO. ¿De suerte que las cartas...?
BRAULIO. Dictadas son por mí.

JULIÁN. Pues, señor,
Si es así,
¡Bueno va!
Y ¡á vivir!

BRAULIO. Ya lo véis. *(Á los jóvenes.)*
Ya lo oís,
¡Á gozar
Y á vivir!

ENRIQUE Y ANITA

¡Oh momento feliz!
¡Á gozar
Y á vivir!

CARLOS, CLARA, FRANCISCO Y ROSA

¡Á gozar
Y á vivir!

TODOS. ¡Á gozar
Y á vivir!

Hablado.

JULIÁN. *(Aparte.)* ¡No había motivo para alarmarse! Y este bruto que acaba de decirle que nos han robado...

JACINTO. ¿Conque no eran los primos los novios? ¡Si yo bien decía que era imposible que simpatizasen hasta ese punto esos muchachos!

BRAULIO. Sí, amigos míos; ya es inútil andar con rodeos. Enamorados mis hijos de los vuestros durante nuestra estancia en

esta casa el año pasado; comprendiendo que si apelaban á vuestra piedad se estrellarían sus ruegos contra las prevenciones que abrigáis acerca del matrimonio, se confiaron á mí, y yo, para lograr vuestro consentimiento, hice que los chicos se escribieran esas cartas y se viniesen á reunir con los míos ante un notario — este caballero —, el cual debía acompañarlos aquí para levantar el acta correspondiente. Algo me molestó este viaje desde Pastrana á Madrid, pero estos muchachos todo se lo merecen, y todo puede darse por bien empleado en vista del éxito de la conjura, hoy que tan pocas lo obtienen. ¿Quedamos, pues, en que el notario extenderá el consentimiento?

JULIÁN. ¡Desde luego!...

BRAULIO. Perfectamente. ¡Anita, Carlos, vuestros padres os entregarán mi regalo de boda: un collar de perlas y una repetición de brillantes.

JULIÁN. ¡Ah, gracias, gracias! *(Aparte á Jacinto.)* ¡Qué compromiso!

JACINTO. *(Idem.)* ¡Qué ridículo!

Música.

BRAULIO. *(Dirigiéndose al público, con énfasis.)*

Si el último papel
De un cómico senil

Que quiere ser abuelo
Os pudo divertir,
Hacedme la merced
De jubilarme aquí,
Con un aplauso solo,
Si no es mucho pedir.

TELÓN

HIJOS ILUSTRES DE GALICIA

(BIOGRAFÍAS Y ESTUDIOS CRÍTICOS)

HIJOS ILUSTRES DE GALICIA

BIOGRAFÍAS Y ESTUDIOS CRÍTICOS (1)

FRANCISCO AÑÓN

Diez y ocho años ha que en este mes de las flores, el más hermoso de la primavera, dejó de existir en un hospital de Madrid, lejos de la patria que tanto amaba, el insigne poeta con cuyo nombre, símbolo de todos los ideales de Galicia, encabezamos estos renglones.

El tiempo, que todo lo devora y extingue, no ha podido devorar ni extinguir la merecida fama de aquel esclarecido cantor de nuestra tierra, en cuyas inspiraciones palpita, llena de juventud y de vigor, la savia de nuestra heroica raza y el genio de nuestra gloriosa nacionalidad; antes por el contrario, cada día parece ensancharse más á medida que aumenta la distancia que de él nos separa y se suceden las generaciones.

(1) Estos trabajos se publicaron en *La Tierra Gallega*, semanario de intereses regionales que vió la luz pública en la Habana los años 1894, 95 y 96, fundado y dirigido por Curros Enríquez. Algunos de los ilustres biografiados pertenecen ya á la Historia.—(NOTA DEL RECOPILADOR.)

Esta supervivencia, principio de una inmortalidad que nadie puede disputar al poeta que supo traducir como ningún otro en su lira las aspiraciones de su pueblo, que amó la patria y la libertad sobre todas las cosas y que por ellas se sacrificó hasta arrostrar la indigencia y la muerte en el lecho de la caridad, sin que durante su peregrinación haya obtenido el premio y la corona merecidos; esta supervivencia es justa, no sólo porque compensa al poeta muerto del olvido en que los suyos le tuvieron en vida, sino porque no es posible leer sus obras, y especialmente sus himnos á Galicia, sin sentir el estremecimiento del entusiasmo y el amor llevado al deliquio por el sagrado *curruncho* en que hemos visto la luz primera. Quien como él logró, no sólo sentir, sino transmitir emoción tan profunda por la patria, fijando tan hondamente este ideal en los corazones, no debía pasar sobre la tierra inadvertido, no debía desaparecer, no debía morir; y por esto Añón vive y vivirá eternamente entre nosotros, como viven y están presentes, no obstante su impalpabilidad, en la sangre de nuestras venas y en la cal de nuestros huesos, la raza, el carácter, las virtudes y el espíritu de nuestros mayores.

Al conmemorar el décimoctavo aniversario de la muerte de nuestro gran poeta, cuanto nosotros pudiéramos decir sería pálido, comparado con el siguiente trabajo, debido á la pluma del Sr. Novo y García (D. José), y que copiamos de su último libro *Por Galicia*. Helo aquí en su parte

esencial, ya que difícilmente podríamos encontrar obra más oportuna y más digna del objeto que hoy nos proponemos:

«Mesmo entrar non quixera na gloria,
Sin primeiro pasar por ahí.»

Tratar de los poetas gallegos que han brillado en este siglo, y no empezar por Añón, fuera incalificable injusticia, habiendo sido éste uno de los más populares, aun á despecho de lo que no sabemos si llamar su modestia crónica ó su galbana. Ambas hubieran podido perjudicar y hasta obscurecer la justa fama que alcanzó, si las escasas poesías publicadas no fueran sólidas garantía de renombre. Pocas se conocen, pero muchas produjo, y es de notarse, aunque con pesar, que no existe hoy de ellas ninguna colección. La única que conocimos fué la que él conservaba en los archivos de su memoria, conservación que le permitía algunas veces deleitar á sus más íntimos amigos, recitándoles algunos versos de los que él tenía por selectos.

La biografía de Añón es, por la duración de su vida, corta, y por su término, triste; vivió sesenta y seis años; nació en San Pedro de Outes, partido judicial de Muros, provincia de La Coruña, á 9 de octubre de 1812, y murió en Madrid, Hospital de la Princesa, calle Ancha de San Bernardo, Sala de San Lesmes, cama núm. 20, á 20 de abril de 1878. He aquí su partida de bautismo: «En 10 de octubre de 1812: Yo, D. Juan Antonio Cernadas, teniente cura de San Pedro de Outes, suplí

las sagradas ceremonias del bautismo y puse los Santos óleos á un niño que había nacido el día anterior, hijo legítimo de D. Fernando Añón y de D.ª Vicenta Paz y Rodríguez, vecinos de Boel; abuelos paternos D. Miguel y D.ª María Rosa Taboada, difuntos; maternos D. Basilio, difunto, y D.ª Pascua Rodríguez, vecinos de Entines. Llaméle Francisco, y fueron sus padrinos D. Francisco Ossorio de León y D.ª Tomasa Ossorio Catalán. No les advertí sus obligaciones por suponer las tienen presentes. Y para que conste, lo firmo con el párroco. — Francisco Ossorio de León. — Juan Antonio Cernadas.»

*
* *

Añón estudió Teología en el Seminario de San Clemente, de Santiago, y en su célebre Universidad obtuvo, en 1845, el grado de licenciado en Derecho civil y canónico. Por aquel tiempo, los periódicos santiagueses *La Aurora de Galicia, El Porvenir de Galicia, El Idólatra de Galicia,* el *Recreo Compostelano,* y el coruñés *El Centinela,* publicaron muchas poesías serias y epigramáticas de Añón, en castellano y en gallego, entre ellas la que se considera más inspirada, *A Pantasma,* siendo ésta probablemente la época de su mayor actividad literaria. Poco duró, pues en 1846, á consecuencia de los sucesos políticos y de sus ideas liberales, según unos, ó de sus deseos de contemplar, según otros, nuevos países, fijó su residencia en Portugal, de cuya literatura fué

admirador, hasta el extremo de escribir versos portugueses con facilidad suma. Redactó con Luis Rivera y Luna *La Revista Peninsular*, en castellano y portugués. En esta publicación y en este idioma dió á conocer (1850) una valiente composición titulada *O himno dos povos*, por la que se vió obligado á emigrar; con tal motivo visitó gran parte de Italia y de Francia, yendo después á Andalucía, en donde estuvo tres años consagrado al periodismo. Estas ingratas tareas y la enseñanza de idiomas le ocuparon en Madrid hasta 1867; entonces emigró de nuevo y residió en Portugal poco más de un año; esta noticia y la de que la Revolución de septiembre le abrió, como á tantos otros, las puertas de la patria, no están comprobadas; se afirma que, tras una larga ausencia, volvió á su país, es decir, á Galicia, que para Añón el resto de España y del mundo significaban poco, comparados con aquel pedazo de tierra, ídolo de toda la vida que llenó su pensamiento hasta que exhaló el último suspiro.

¿No hubo para Añón recompensa proporcionada á sus trabajos periodísticos, es decir, no vivió del Presupuesto? Sí, siete meses escasos; siendo ministro de Gracia y Justicia Montero Ríos, le colocó, por recomendación de D. Joaquín Compañel, en el Ministerio de Gracia y Justicia, y no pasó más. Desde 1859 hasta 1878, vivió en Madrid como viven todos los cesantes y los poetas que no tienen otros merecimientos que el de hacer versos aplaudidos por todos.

Pero una cosa es aplaudir versos y hasta criticarlos, y otra muy distinta ocuparse del autor, considerarle como á un hombre que descuida los medios de satisfacer las imperiosas exigencias de la vida, porque la consagra á enaltecer á su patria y darle alientos y facilidad para proseguir su envidiable obra.

Añón no pasó de oficial de Ministerio, con 8.000 reales, quizás porque había nacido poeta á secas y no había hecho ningún manifiesto revolucionario, para que lo firmase un general ó un particular, ni era entrometido, ni adulador, ni pastelero, ni siquiera cacique de pueblo, ni muñidor de elecciones, ni había hecho una elegía al que llevaba el gato al agua, ni un epitalamio á la cuñada de un portero del Senado, ni un madrigal á las niñas del intendente. Sólo fué poeta, y poeta gallego: cantar era su misión, y cantó sin pensar en recompensas, ni en la más legítima de todas: el afecto, el respeto, el aplauso de sus compatriotas. Hacerle recitar poesías era difícil, porque, con raras excepciones, no las creía dignas de su auditorio; hacérselas escribir no era difícil, era sencillamente imposible. Á mí se me ha ocurrido pensar que no ha escrito ninguna, sino que se las dictaba á los cajistas. Su género preferido era el descriptivo; describe hasta sin darse cuenta de ello. Los tipos, las costumbres, los encantos de nuestra tierra, resplandecen en todas sus poesías, y en gran parte de ellas se encuentran la sátira especial, la sutileza, la socarronería, la intención epigramática, copiadas tan perfecta-

mente del natural que, salvo las exigencias poéticas, parecen trasunto exacto de pensamientos y de frases tan rigurosamente históricas y gráficas, que hacen decir al lector: así es Galicia; así son muchos de sus hijos. Los ejes inflexibles en que giró siempre su lozana inspiración, eran principalmente dos: uno, el amor, mejor dicho, la idolatría por su tierra; otro, la esperanza para ella de un porvenir rico y brillante. Del primero son síntesis los dos versos con que empiezan estas cuartillas; del segundo hay varias muestras, entre ellas los primeros cuatro versos de *A Galicia,* 1861:

Ay, desperta, adourada Galicia,
D'ese sono en qu'estás debruzada:
D'o teu rico porvir a alborada
Pol-o ceo engergándose vai...

y algunas estrofas de la que tengo por última composición suya, escrita en 12 de octubre de 1877, que permaneció inédita hasta que en 1880 la publicó *El Correo Gallego,* periódico ferrolano; titúlase *Galicia,* y empieza:

De teus recordos vivo, *Galicia* encantadora.

En ella se lee:

Ergue esa altiva testa, Galicia, e non t'engruñes;
D'o teu porvir dourado a estrela vay rayar;
.....
Serán famosas vilas as qu'hoxe son aldeas...

La última estancia de esta bellísima composi-

ción parece un penoso presentimiento. Dijérase que Añón esperaba la muerte lejos de su patria, y que su despedida no fué un capricho poético, sino un desahogo de su corazón, angustiado por justos y fundados temores. Dice así:

¡Adiós, frondosos bosques! ¡Adiós, floridos prados,
Onde en felices días corrín e rebuldey!...
Serenas, claras rías, outeiros perfumados,
Collede os meus suspiros de bágoas salpicados...
¡Lonxe de vos, eu morro! Sin vos, vivir non sey.

Como más conocidas se citan sus poesías: *O magosto,* que empieza «A noite de San Andrés»; *A Pantasma, A alma en pena, O ferrocarril, Recordos d'a infancia,* cuyo primer verso es:

Ainda m'acordo cal si fora onte;

la popularísima *El borracho y el eco,* que hacía ya nuestras delicias en la primera escuela que la memoria exhuma; una *Á mi amigo D. José María Posada,* un *Himno á la Agricultura,* un *Canto á Venecia, Oda al Dos de Mayo, A leiteira,* varios madrigales, muchos epigramas, y ¿quién sabe cuántas más se habrán publicado en los periódicos citados, y en otros que nos son desconocidos, y cuántas habrán desaparecido con el autor, que se llevó los únicos originales en su privilegiada cabeza?

***

Añón ha sido tachado de incorrecto: el cargo es justo. La inspiración adolece con frecuencia

de este defecto, que Añón se hace perdonar deleitándonos con su admirable sencillez de niño viejo, y haciéndose aplaudir como observador sesudo y fiel, como poeta fácil, galano y gracioso, y singularmente por la apasionada adoración de su tierra que, imitada por todos sus compatriotas, constituiría, sin duda alguna, la más sólida base del risueño porvenir que deseó hasta sus últimos momentos para Galicia.

Quiero consignar la fecha en que conocí á nuestro poeta; fué á fines de 1875, con motivo de la constitución de una Sociedad creada por Teodosio Vesteiro Torres, que celebraba sesiones periódicas en su casa, Estrella, 7, 3.º, Madrid.

Bien lejos estábamos, en aquellas animadas sesiones, de creer en el desgraciado fin de Vesteiro y en el tristísimo de Añón. No sospecharía éste entonces que su musa, casi siempre festiva, habría de producir unas endechas tristes para la corona fúnebre de aquél, y que Andrés Muruais moriría tan joven como Vesteiro.

*
* *

Como nota final, pugna por saltar de la pluma un alegre recuerdo, aprendido de labios de Añón; consignándolo ahora, será menos fácil olvidarlo, y dará una idea de su gracejo epigramático:

ANTE LA TORRE DE HÉRCULES

— Esta torre, fai mil anos
Qu'a fixeron os finicios.

— Tamén hay varios indicios
De que foron os romanos.
— Sodes na Historia profanos
E n'o xuzgar muy lixeiros;
Pois non foron os primeiros
Nin os segundos: ¡aposto!
— Sácanos d'a duda — Agosto —
¿Quénes foron?
— ¡Os canteiros!

BERNARDO BARREIRO

Apenas se le conoce en España, y sin embargo es uno de los hombres más eminentes por su saber en Bibliografía, al extremo de consultársele por las primeras ilustraciones de Alemania, Francia é Inglaterra.

Nació en Santiago en 1851, de cuya histórica ciudad ha sido archivero municipal durante algunos años, pasando últimamente, y después de brillantes oposiciones, á desempeñar la plaza de archivero-bibliotecario de la Diputación provincial de La Coruña.

Pobre—para que no se interrumpa la tradición de casi todos los que se dedican al estudio en nuestro país—, fundó en 1882 la revista de antigüedades *Galicia Diplomática*, única en su género en España, y semejante á la *Revista Archeológica*, de Lisboa, publicación suspendida temporalmente en el tomo V, que vivió de su solo esfuerzo, y que representa en los años que lleva de existencia un caudal enorme de conocimientos, de erudición y de actividad bastantes á asegurar á un hombre que no fuese Barreiro fama imperecedera.

Decimos esto porque nuestro biografiado, que posee como pocos el sentido de la antigüedad, carece en absoluto del sentido de su época, del

arte de hacerse valer, en que tantos con menos condiciones que él son maestros.

Cuando, á fuerza de trabajo y privaciones, logra reunir el dinero suficiente para una publicación y da á la estampa libros como el de *San Cipriano* ó *Brujos y Astrólogos,* verdaderas joyas para el historiador y el erudito, su autor, en vez de difundirlos y propagarlos, se contenta con enviar media docena de ejemplares á otros tantos amigos, que son como hermanos suyos, y allá se queda la edición enterrada en los sótanos de su casa hasta que las Academias ó los Ateneos, hartos de consultar catálogos y recorrer librerías, averiguan la vivienda de Barreiro y se la arrancan casi siempre á regañadientes.

Muy joven aún, tuvo ocasión de prestar un gran servicio en las negociaciones de límites en la América del Sur, á raíz del grave conflicto surgido en 1879 entre las Repúblicas Argentina y Chilena. Llamado á Buenos Aires por el Gobierno de la primera, conferenció con el presidente, doctor Avellaneda, con el general Mitre y una Junta de notables, siendo en consecuencia enviado á España á examinar los archivos generales y allegar pruebas sobre el derecho á la posesión de los territorios orientales de los Andes, los de la Patagonia oriental, situados entre los 40 y 52° de latitud, el Estrecho de Magallanes y la Tierra del Fuego, término de la disputa, sometida luego á un arbitraje. Trabajó en esta comisión y en otras reservadas, durante dos años, en el archivo de Simancas, siguiendo las huellas del Dr. Varnha-

gen, que por la Embajada del Brasil había trabajado allí en 1847 y 48, y del Dr. Morla y Vicuña, secretario de la Legación chilena en París, que estuvo en España con el mismo objeto en 1877.

Con este motivo, preparó para la prensa un catálogo de más de 6.000 documentos, copias y extractos, que en breve verá la luz, con el título de *Diplomática de la América Meridional,* libro importantísimo para la historia y vida de aquellas Repúblicas y para la honra colonial de España. La primera parte de esta voluminosa obra diplomática se ha publicado ya en la *Revista del Paraguay,* haciéndose aparte una edición de lujo.

Como estudios eruditos, publicó en su país *El poder temporal y el episcopado; Apuntes sobre bibliografía y lectura prohibida por la Inquisición desde 1800 á 1819; Testimonio de la capitalidad de Galicia; Historia del monasterio de Conjo; Historia del Real priorato de Sar; Efemérides* (1877); *Crónicas compostelanas; Guía histórica, artística, arqueológica y militar de Santiago* (1885); *Archivos secretos de la Inquisición; Adiciones y notas á la lista de inquisidores de Galicia, desde la fundación del Tribunal hasta 1700; Archivo de San Martín Pignario; Crónicas de las guerras de Don Berenguel de Langoria* (inédita, del siglo XIV); *Cinco mil documentos de la soberana Junta del reino de Galicia; Historia de los armamentos escolásticos de la Universidad compostelana desde 1663 á 1808* (cien documentos inéditos); *Insignias y blasones de Galicia, de sus once ciudades y principales villas; Una audiencia en el Tribunal del Santo*

Oficio de Santiago; Brujos y Astrólogos (cuarenta procesos de la Inquisición de Galicia); el famoso *Libro de San Cipriano,* etc., etc.

De sus obras literarias sólo conocemos, aparte de artículos y poesías sueltas, la novela *Monroy* (Santiago, 1880, y Pontevedra, 1884: dos ediciones agotadas); las *Tradiciones y leyendas, Secretos de amor* y una colección incompleta de romances, al estilo antiguo, titulada *Romancero del Sar,* que comenzó á publicarse en 1884, al fin del segundo tomo de *Galicia Diplomática,* y llegó al romance XXIX, página 28 en folio, á dos columnas, sin el nombre del autor, y que versa sobre la historia de Galicia romana.

Escribió con Moreno Astray *La Estrella Compostelana;* con Lamas Carvajal, *La Aurora de Galicia;* fundó y dirigió en septiembre de 1868 el primer periódico republicano de Compostela, *La Revolución;* colaboró en *El Heraldo Gallego,* de Orense; en el *Diario de Santiago* y la *Gaceta de Galicia;* en *La Ilustración Gallega y Asturiana;* en la *Revista Compostelana;* en *La Pampa, La Época, El Loro* y otros, de Buenos Aires; en *La Unión Gallega,* de Montevideo, y en *El Eco de Galicia,* de la Habana. Contribuyó en un tiempo á la fundación y redacción de los Estatutos del Centro Gallego de la capital Argentina, y allí redactó, con Cisneros Luces, *El Gallego,* siendo nombrado profesor de Historia en las conferencias de la Comisión de instrucción de dicho Centro, poco antes de regresar á España.

En la Sociedad Económica de Santiago fué

ponente para la creación del Museo Histórico Arqueológico Central de Galicia, y luego secretario de la Comisión organizadora. Amigo del Arte, débenle su conservación y restauración valiosos monumentos, entre ellos el famoso monasterio del Sar, hoy declarado monumento nacional.

Barreiro es uno de los campeones del regionalismo, y en *La Voz de Galicia* ha publicado más de treinta artículos sobre la nueva división territorial en aquellas provincias, con la supresión de éstas y formación de grandes municipios, trabajo que fué muy bien recibido y que terminaba proponiendo la inmediata convocación de un Congreso regional, el cual se hubiera reunido (contando, como contaba, con la adhesión de veintidós periódicos), si una crisis ministerial no hubiera distraído y enfriado los ánimos por el momento.

En política militó desde su niñez en el partido republicano, habiendo sido en una ocasión secretario del Comité revolucionario de Santiago. Cronista, por decirlo así, de aquella antigua y monumental ciudad, siempre fué elegido y buscado como el más entendido *cicerone* por todos los personajes que la visitan, figurando entre ellos Castelar, Carvajal, González Fiori, etc.

Tiene muy adelantada, aunque inédita, á pesar de haberse publicado ya un prospecto, una *Historia de la ciudad de Santiago*. La Sociedad Arqueológica de Pontevedra le ha enviado el título de socio corresponsal, al establecerse últimamente el Museo en aquella capital.

Por estos datos, que no sin gran trabajo hemos podido obtener, puede venirse en conocimiento de lo mucho que vale nuestro paisano, hombre por otra parte de dulcísimo trato y de una ingenuidad y una sencillez que cautivan.

Sus hábitos de estudio y también los rigores de la suerte, hanle hecho un si es no es misántropo y retraído. Para estos tiempos es un hombre incompleto: no sabe adular. Así, no debe extrañarse que de vez en cuando la política le acaricie con uno de sus arañazos, como el que no ha mucho le propinaron los conservadores, suprimiéndole la subvención de 360 pesetas por la Diputación de La Coruña, acordada para su *Galicia Diplomática*, que iba á comenzar ya su tomo V.

Acto tan vergonzoso, que constituye un verdadero sacrilegio, dado el carácter histórico de aquella publicación, revela hasta qué punto el espíritu de secta y el caciquismo se imponen en Galicia á los sentimientos más levantados y patrióticos.

Y menos mal si es ésta la última agresión que nuestro amigo recibe de la barbarie imperante.

RODRÍGUEZ SEOANE

Casi toda la prensa regional reproduce con elogio el discurso pronunciado en el solemne acto de la apertura del curso académico de 1895-96 en la Universidad de Santiago por su eminente profesor el Sr. Rodríguez Seoane. Esta circunstancia hace de actualidad la publicación de su biografía en nuestra iconoteca, donde el Sr. Rodríguez Seoane tenía señalado puesto muy preferente, que no hemos podido concederle hasta ahora por la dificultad de no encontrar datos completos.

Hoy, que los periódicos santiagueses nos los proporcionan, aunque no tan amplios como los deseáramos, satisfacemos gustosos el deseo de dar á nuestros lectores de América el esclarecido profesor, consecuente político y distinguido literato, cuyo nombre es con razón venerado por cuantos cultivan en Galicia las ciencias y las letras y trabajan por la prosperidad y el adelanto de la pequeña patria.

«Aunque nacido—dice un escritor—en la hermosa ciudad bañada por el poético Lérez, Santiago ha sido el lugar en que hizo las primeras manifestaciones de su vida pública, simultaneando sus estudios en las aulas de Fonseca con el culto á las musas en el famoso Liceo de San Agus-

tín, en aquel brillante palenque en el que Aguirre, Pondal, Murguía, Saturnino Bugallal y Juan Manuel Paz cultivaron sus relevantes aficiones literarias, bases del ulterior renombre que hubieron de alcanzar entre los mantenedores de las letras regionales. Que no era inmerecido el prestigio que pronto alcanzó Rodríguez Seoane en aquel centro de reunión de lo más granado de la juventud estudiosa, demostrólo más tarde, cuando ya hecho Doctor en Medicina tornó á su pueblo natal, fundando con el Dr. Anciles y su malogrado hermano D. José el periódico *El País,* tomando parte activa en los debates literarios del Liceo pontevedrés, obteniendo valiosos premios en los Juegos florales de La Coruña — los primeros que se celebraron en Galicia al resucitar en este país tan notables lides — y publicando eruditos estudios históricos sobre Galicia y la monarquía sueva y otros muchos trabajos de índole literaria.

»Sus poesías á Quintana, á Macías, á la batalla de Puente Sampayo, y otras muchas, consolidaron su reputación de poeta galano é inspirado, y una serie de artículos que con el título de *La enfermedad del Poyo* publicó en *El Siglo Médico,* demostraron que el cultivo de la Literatura no menguaba ni un ápice su amor á los estudios médicos.

»Su bellísimo carácter, del que se destacan como notas salientes su trato ameno y agradable, que adereza su vasta cultura, granjeáronle las simpatías de sus convecinos, demostradas por

manera palmaria y cariñosa eligiéndole diputado por la capital de Pontevedra al tener lugar el cambio político de 1869. En el Congreso formó parte de importantes Comisiones, y defendió el voto de gracias que se dió á los autores de la Constitución de aquel año, combatido por Figueras y demás diputados republicanos. Terminadas aquellas Cortes, fué nombrado gobernador de la provincia de Cáceres, en donde dejó gratísimo recuerdo por la exquisita prudencia en el desempeño de su elevado cargo, del que hizo dimisión por haber sido otra vez nombrado diputado por el distrito de Puente Caldelas, que le dió ocasión para recabar del Congreso la nivelación de los sueldos de los catedráticos de segunda enseñanza, por cuyo triunfo recibió el Sr. Rodríguez Seoane las felicitaciones entusiastas de casi todos los Institutos de la Península.

»Otras dos veces ha sido elegido diputado por la provincia de Pontevedra, y una senador, y en todas ellas consagró sus afanes con constancia nada común, por desgracia, al mejoramiento material de nuestra región, como lo demuestra elocuentemente la defensa que hizo del ferrocarril de Redondela á Pontevedra, pasando por Marín, que las Cortes aprobaron con el máximum de subvención; el restablecimiento del Juzgado de Puente Caldelas, suprimido en tiempo de los moderados; la agregación al Municipio de la capital de Pontevedra de los inmediatos Ayuntamientos de Mourente, Alba y Salcedo; la *Información agraria,* que por su iniciativa aprobó el

Senado, de cuya Comisión informadora formó parte el Sr. Rodríguez Seoane, como autor de la proposición, y en la cual se le encomendó, entre otros trabajos, el dictamen acerca de la Ganadería, trabajo extenso y nutrido de datos estadísticos y que forma parte de los seis voluminosos tomos que de la información agraria se publicaron.

»Como premio á sus servicios políticos, el Ministerio Malcampo-Cadau, á la caída del Ministerio Zorrilla, nombró al Sr. Rodríguez Seoane director general de Aduanas y gentilhombre honorario de casa y corte, y más tarde otorgósele, por sus trabajos relativos á Hacienda, la gran cruz de Isabel la Católica, libre de gastos.

»Á la caída del Poder del partido constitucional, y proclamada la República, retiróse de la política é hizo oposición á la cátedra de Terapéutica de la Universidad de Santiago, que obtuvo después de prolongada y honrosísima lid con cinco opositores. En esta nueva fase de su laboriosa vida publicó una *Memoria sobre la sífilis*, que premió un Tribunal de baños; las *Lecciones de Terapéutica* y un trabajo sobre *Varela de Montes y la Escuela médica de Santiago*, amén de otros muchos de índole literaria en los periódicos de Madrid *La Mañana, La Ilustración Gallega y Asturiana* y en otros muchos de la región.

»Posee la cruz de Beneficencia de primera clase, en recompensa de sus servicios profesionales, y es socio corresponsal de la Real Academia de Nobles Artes de San Fernando, de la de Medi-

cina de Madrid y de otras varias Sociedades científicas y literarias de España y del extranjero.

»Su discurso de los Juegos florales de Pontevedra, que presidió Moret; la conferencia que sobre *El Impuesto* pronunció en la Sociedad Económica de Amigos del País; su notable informe relativo á la *Emigración gallega;* sus estudios acerca de *Nuestras relaciones en Portugal* y el de la *Literatura gallega,* que precede á la *Colección de poesías* de Portela Pérez; y ahora, en estos últimos tiempos, un discreto y gallardo estudio biográfico y bibliográfico que escribió al publicar las obras de su difunto hermano D. José, demuestran que ni la política ni las arduas tareas científicas y profesionales han robado nada al amor, rayano de culto, que el Sr. Rodríguez Seoane profesa á la tierra gallega, y constituyen sobrada prueba de sus vehementes deseos de verla figurar en primera línea al lado de las más prósperas y adelantadas de España.»

***

Del discurso académico del Sr. Rodríguez Seoane, que, como hemos dicho, reproducen ó extractan muchos periódicos de Galicia, y cuya tesis es ésta: *Paralelo entre la Terapéutica antigua y la Terapéutica moderna,* reproducimos los siguientes párrafos, que corresponden á su exordio, ya para dar una idea de las bellezas que contiene, ya por su indisputable valor autobiográfico, ya porque, atentamente leídos, se descu-

bre en ellos una elocuentísima protesta contra la bárbara medida que mutiló la fachada de la Universidad de Santiago, destruyendo con un segundo piso el elegante y severo monumento jónico que antes coronaba la Minerva del gran maestro Ferreiro, convirtiéndolo en obra de insoportable fealdad, para lo cual no tuvo un solo elogio el mismo que la ordenó, limitándose á señalar la conveniencia de quitar la cornisa.

Dice el eminente profesor compostelano:

«Tiene el desenvolvimiento de esta tesis la singular coincidencia de que con ella abrazo otro acto de mi historia universitaria. Permitidme que en una ocasión como la presente venga á la memoria una fecha para mí inolvidable y recuerde que en el 23 de septiembre de 1858, contando poco más de veintidós años, también subía á la tribuna pública de nuestra Universidad para leer, por encargo de veinticinco condiscípulos más, que como yo debíamos recibir la investidura de Licenciados en Medicina y Cirugía, un discurso cuyo tema elegí igualmente entre los propios de la asignatura de Terapéutica que hoy enseño y se refería á la *Influencia curativa del clima.*

»Aquella solemnidad, que, como todas las de su clase, se efectuó entonces en el hermoso paraninfo de nuestra Universidad Compostelana, ya no podrá ser por mí evocada con la pura santidad de emociones con que la recordaba siempre que me era dable penetrar en aquel glorioso recinto. Podrá la piqueta demoledora que juzgó oportuno derribar ese paraninfo y la notable

biblioteca, singular entre las de su clase, devolvernos algún día mejoradas y embellecidas aquellas dependencias universitarias. Podrá suceder, y es más, dentro de nuestro corazón ni un solo día han dejado de elevarse los votos más fervientes y los más purísimos anhelos para que las obras de la Universidad Compostelana toquen á su término. Si los intereses de esta ciudad así no lo exigiesen, si el imprescriptible derecho de la juventud gallega no continuase reclamando que siga desde allí desprendiéndose la catarata de oro de todas las ideas, todavía vosotros como yo, distinguidos compañeros en el profesorado, y algunos que tengo aún la dicha de recordar entre mis queridos maestros, tendríamos que invocar aquella ansia que, como la del pueblo de Israel nos domina, de ver nuestro templo reedificado, de ver erigida en alto nuestra *protectora Minerva,* porque es fuerza que paladinamente lo confesemos: estos lugares que con tan dulce hospitalidad nos acogen podrán ser gratos y hermosos, pero no son tan bellos como esos que guardan escrita en su recinto la vida de nuestro espíritu.

»Comenzaba á deciros que allí tengo yo también escrita mi insignificante vida intelectual. Y al pie de aquella Minerva, que recordará siempre el inspirado cincel de Ferreiro, fuí yo, la noche de aquel solemne día en que recibí la Licenciatura, á dar mi adiós á la Universidad, por cuyos claustros había discurrido durante los siete años de mi carrera médica. No olvidaré las emociones que recibí entonces.

»En débil penumbra aparecía obscurecida la severa fachada de sus columnas jónicas. Pero la obra gallarda del gallego escultor se ostentaba de lleno iluminada por la apacible claridad de la luna, cuyos rayos destellaban sobre la lanza y el dorado casco de la simbólica diosa. Yo no sé qué súplicas ni qué misteriosos votos creí salir entonces de lo más íntimo del corazón; pero me pareció que la sonrisa de la diosa era más plácida y fruncíanse sus labios, no para exhalar una despedida eterna, sino para murmurar en mis oídos un consolador «hasta luego», del que me fué imposible olvidarme durante mi larga ausencia.

»Abandoné esta población, y entre las deliciosas campiñas de la próxima ciudad natal me dediqué al ejercicio de la profesión durante los más floridos años de mi juventud. Y en estas tareas hubiese proseguido si las circunstancias, más poderosas siempre que la previsión humana, no se hubiesen encargado de cambiar mi residencia y trasladarme á Madrid. Con este motivo pude ensanchar allí mis conocimientos científicos, recibiendo en aquella Universidad Central el Doctorado en Medicina. Ocasión tuve al poco tiempo de emplear estas armas y tomar parte en unas oposiciones que en Madrid se celebraban de la asignatura de Terapéutica, vacante en aquella ocasión en las tres Facultades de Medicina de Madrid, de Cádiz y de Santiago. Harto necesité yo entonces durante los meses que prolongadamente duraron aquellas oposiciones que algún

numen tutelar se encargase de infundirme alientos y perseverancia...

»Pero al fin hubo de llegar el día en que aquel distinguido y benévolo Tribunal me propuso para el desempeño de la cátedra de Terapéutica de esta Facultad de Medicina, y entonces, retrocediendo con la memoria á pasados tiempos, pude aclarar el simbolismo de la plácida sonrisa que en una memorable noche creí me dirigiera la Minerva compostelana, y apresuréme á cumplir el misterioso «hasta luego», que me pareció también realizado al dárseme aquí posesión de mi cátedra en 9 de julio de 1874.

»Realizado vi, pues, por admirable modo el más puro anhelo científico que es dable sentir á todo espíritu, y de volver al seno del *Alma máter* para continuar acrisolando las alas del pensamiento, para sentir las misteriosas renovaciones que transmiten á nuestra alma esas oleadas de juventud que periódicamente todos los años se agolpan á las cátedras y desde ellas nos piden la comunión de las ideas y la inefable aspiración de la verdad.»

¡Ah! La Minerva que sonreía y hablaba al espíritu del Sr. Rodríguez Seoane, llamándolo con su dulce «hasta luego» al seno de la patria, no sonreirá ni hablará más al corazón de la juventud estudiosa de nuestro país. El vendaval del caciquismo pasó sobre ella desencadenado, arrastrándola en su furia. Y, en verdad, donde no hay patria, ¿qué falta hacen símbolos que la recuerden ni ideas que la estimulen?

MANUEL BECERRA

Es el Sr. D. Manuel Becerra hombre tan conocido en España, que esta sola consideración pudiera excusarnos de escribir hoy su biografía.

¿Quién no sabe, en efecto, que nació en la provincia de Lugo, que llegó á Madrid indigente, que allí siguió la carrera de Ciencias en medio de las mayores privaciones, que al frente de un colegio de Matemáticas se hizo querer y respetar del pueblo de los barrios bajos y que, popularísimo por sus ideas democráticas, no se registra un solo movimiento político en España, desde 1848 hasta la Revolución de septiembre, en que no tomase parte, ya batiéndose heroicamente en las barricadas, ya formando parte de las Juntas y Comités revolucionarios?

Compañero de Sixto Cámara, de Chao, de Castelar, de Sagasta y tantos otros adversarios de la monarquía isabelina, Becerra ha sufrido como ellos persecuciones terribles, tales que hubo de ser condenado á muerte después de los sucesos del 22 de junio de 1866, sentencia que pudo eludir emigrando á Francia.

Triunfante la Revolución, merced á la cooperación activa y á la inteligencia que se estableció entre los partidos demócrata, progresista y de unión liberal, el Sr. Becerra fué llamado para

formar parte del nuevo orden de cosas que se instauraba, desempeñando varias veces los Ministerios de Fomento y Ultramar y otros altos cargos, en los cuales demostró un gran espíritu liberal y una honradez á toda prueba.

Dados sus antecedentes revolucionarios, parecía natural que después de la Restauración se quedase del lado de los que la combatían ó renunciase á la vida pública; pero no fué así: el Sr. Becerra, como tantos otros, claudicó con los adversarios de la democracia, y el enemigo irreconciliable del trono de Isabel II vióse convertido en cortesano de su hijo D. Alfonso y de su augusta nuera, la actual regente D.ª María Cristina de Hapsburgo.

Fué éste, en nuestro concepto, un error, sólo disculpable si en él incidió por un espontáneo movimiento de su conciencia, ya que á su buen juicio no cabía ocultarse las graves consecuencias que desde el punto de vista de la ejemplaridad había de traer un cambio de política en el hombre en quien todos, y especialmente la gente joven, veíamos al patriarca de las ideas de progreso.

Mas quizá al Sr. Becerra no le fué dado entonces hacerse superior al movimiento general de reacción iniciado por todas las grandes figuras de la Revolución de septiembre, como Martos, Montero Ríos y Castelar, y creyó preferible, á guardar las tablas de la ley, aceptar los hechos consumados y dejarse llevar dócilmente por los acontecimientos. Sea como quiera, nosotros no

hemos de absolverle de su pecado, y mucho menos si recordamos que desempeñando últimamente la cartera de Ultramar, tuvo ocasión de hacérselo perdonar bien fácilmente y la desaprovechó de un modo lamentable. ¡Ojalá que la Patria, hoy destrozada por la más infame de las guerras civiles, guerra que estuvo en su mano evitar, no se lo demande nunca con la inflexible voz de los remordimientos!

La obra de Becerra como legislador no es por eso menos brillante que la de propagandista. La instrucción pública y la agricultura débenle muchos beneficios, lo mismo en la Península que en las colonias, y ellos bastan, aparte sus condiciones de talento y su integridad acrisolada, por nadie puesta en duda, para hacerle digno de la consideración en que le tienen sus contemporáneos. Todo cuanto acerca de su honradez se diga nos parece poco. Don Manuel Becerra, después de haber sido cinco ó seis veces ministro, habita una modesta vivienda de alquiler y hace en Madrid la vida humilde de un estudiante.

En la actualidad es presidente del Centro Gallego de Madrid, cargo que él tiene por el más honroso de todos los que ha desempeñado, en lo cual bien se echa de ver cuánto ama á la tierra en que ha nacido y cuánto quiere y distingue á sus paisanos.

ALFREDO VICENTI

Pertenece Alfredo Vicenti, por su edad, á la generación que vino á la vida en la segunda mitad de este siglo, y por su talento, á la esclarecida familia de los hombres eminentes de nuestra patria.

Su nombre, como poeta, figura justamente al lado del de Pastor Díaz, cuyo numen parece haber heredado, distinguiéndose como *inter viburna cupresi* entre todos los poetas gallegos contemporáneos, y como prosista quizá no haya media docena de escritores en España que le aventajen: tan correcta es su dicción; tan brillante, sobrio y castizo su estilo.

Hijo de Compostela, allí hizo sus estudios de médico, y sus primeras armas como escritor en *La Gaceta de Galicia,* que dirigió, y en que hubo de realizar campañas memorables para los intereses de nuestro país, haciendo de aquella publicación, que se leía con entusiasmo en todas partes por sus vastas iniciativas y el amplio espíritu liberal en que se inspiraban sus trabajos, el más enérgico propulsor del adelanto y la cultura del pueblo gallego.

Á esta época de Alfredo, tan fecunda en labor literaria, pertenece su tomo de versos *Recuerdos*

y Esperanzas; sus *Perfiles del Ulla,* en que se revela como un consumado observador, y algunos estudios literarios, tan hermosos como el que escribió acerca del gran poeta polaco Adan Mickiewicz, el que apareció en *El Heraldo Gallego,* de Orense, con el título de *El Romántico,* y algunos otros con los cuales podría formarse un grueso volumen.

Trasladado á Madrid en 1878, ceñidos ya á su frente los laureles del poeta, entró á formar parte de la redacción de *El Globo,* donde su pluma se distinguió bien pronto, imponiéndose á la admiración de cuantos cultivan las letras y prestan atención á la prensa diaria.

Castelar ha tenido en él desde entonces un propagador entusiasta de la evolución. Republicano de siempre y admirador sincero del gran tribuno, fuéle leal mientras creyó que no abdicaría jamás de sus ideas; pero licenciadas las huestes que acaudillaba, y por su consejo arrastradas á vergonzoso pacto con la Monarquía, Alfredo Vicenti, director de *El Globo,* tuvo la franqueza de romper sus relaciones con el Sr. Castelar, formuló una magnífica protesta contra la defección del jefe, y recogiendo la bandera por éste abandonada, izóla de nuevo á los cuatro vientos desde el campo democrático, donde permanecen tan enemigos hoy como ayer de la realeza los partidarios del republicanismo histórico.

Un rasgo tal de consecuencia en los principios, y tan poco frecuente en estos tiempos de vaci-

lación y de dudas, honrará siempre la vida pública del insigne escritor gallego, cuyas ideas compartimos y con cuya fraternal amistad nos honramos.

Consagrado casi en absoluto al periodismo, en el cual goza Alfredo Vicenti de una reputación envidiable en Madrid, no puede dedicar tiempo alguno al cultivo de las bellas letras. Los últimos trabajos que conocemos de él, son las revistas que publicó en *La Ilustración Gallega y Asturiana,* fundada por el malogrado Alejandro Chao, varias críticas de cuadros de la Exposición de Bellas Artes de 1885 y la *Crónica* del cuarto centenario del descubrimiento de América, que, aunque hechas al correr de la pluma, llevan en su elegancia, en su brillantez y en la fina observación de que hacen gala, ese sello de distinción que es como la marca de fábrica de todas sus obras.

Alfredo Vicenti es un decidido partidario de la región. Pocos publicistas combatieron desde punto de vista más sólido la centralización administrativa, que empobrece las tres cuartas partes de España en provecho de unos pocos. No quiere esto decir que esté en todo de acuerdo con lo que queremos nosotros para Galicia; pero estas diferencias son de detalle y no implican nada substancial, porque desde el momento en que reconoce la libertad de las provincias dentro de la unidad intangible de la Patria, ya no pueden existir antagonismos entre los regionalistas.

El amor á la pequeña patria no entibia en

nuestro amigo el que siente por la nacionalidad, ó sea la patria grande.

Alfredo quiere tanto á Galicia, que por recordar sus campos ha buscado en los alrededores de Madrid una casita con jardín y árboles donde evocar su imagen; y se permite enfermar gravemente, como cualquier labriego, el verano que no puede salir á respirar las auras natales.

Pero por el cariño á su tierra no le exijáis que limite el que debe sentir por la ajena, ni que en los momentos supremos, de luto general, se detenga á averiguar si las lágrimas que se vierten en torno suyo son las de su familia ó las de los extraños. Donde se llora, donde se sufre, allí está él para llevar consuelos. El regionalista desaparece entonces, ó mejor dicho, se dilata y se engrandece para hacer de la Humanidad un solo individuo y colocarlo á su lado para protegerle.

Cuando las inundaciones de Murcia y de Consuegra nosotros hemos visto á Alfredo realizar prodigios de caridad que han conmovido profundamente nuestra alma. Los artículos que escribió entonces en *El Globo* despertaron sentimientos ya casi extinguidos entre nosotros, arrastrando al sacrificio heroico á una nación que, teatro de todo género de convulsiones políticas, parecía muerta para los afectos nobles é insensible á los estímulos más humanitarios y tiernos.

Ante aquellas espantosas catástrofes brillaron á una y se revelaron á España todas las podero-

sas energías y aptitudes del insigne gallego; el escritor, el poeta, el médico, el orador se reunieron y juntaron para constituir algo así como una Providencia. Alfredo no se daba un momento de reposo, como si el tiempo que necesitaba para el descanso fuese un robo á la desgracia pública y á la miseria y al dolor de las víctimas. En aquellos tristes días le hemos visto lívido por el desvelo, después de largas noches de insomnio consagradas á escribir artículos en que todo el fuego de su alma había de propagarse al alma nacional, disponiéndola á realizar actos de abnegación y caridad inenarrables, recorrer de puerta en puerta las calles de Madrid, deteniendo al transeunte, entrando en los establecimientos, subiendo á las boardillas, llamando á los palacios, para disputar una limosna y obtener el óbolo destinado al huérfano, á la viuda y al anciano heridos en el tremendo desastre. ¡Qué grande nos pareció entonces Alfredo! Nadie como él contribuía á mantener aquella excitación, aquel interés piadoso del pueblo de Madrid en pro de los desgraciados, porque nadie como él sabía conmover un corazón, hablándole el lenguaje del sacrificio. De su labio fluía una elocuencia insólita que persuadía á las entrañas más duras, y sus ojos lloraban verdaderas lágrimas, lágrimas de hombre que sólo cree en el dolor, y que por eso mismo hacían dos veces santas las monedas que caían en su espórtula antes de pasar á los pobres.

Ni el trabajo asiduo, bien que inglorioso, del periodista, ni sus revelantes condiciones como

político y hombre de partido, le han servido á Alfredo Vicenti para crearse una posición desahogada; y hoy, como hace veinte años, necesita trabajar para vivir. Esto basta á su elogio.

Muchas veces, en nuestras horas de tedio y de cansancio, se acercó á nosotros para decirnos: «Espera; toda la ciencia de la vida consiste en saber esperar.» ¡Ah! Él espera todavía, y hace bien. De una cosa puede estar seguro: no le harán justicia los partidos; pero sobre los partidos está la Patria, y en su seno para los que están en ella y en su recuerdo para los desterrados, hay siempre compensaciones que equivalen á una suprema rehabilitación, á una magnífica venganza del destino.

MODESTO FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

Es Modesto Fernández y González tan popular y conocido del público, que casi no necesita nuestra presentación, sino en cuanto pudiera parecer indispensable para justificar su retrato, con que hoy se honra nuestro periódico.

Pero conocer al escritor no es conocer al hombre, digan lo que quieran los que creen en la teoría de que el autor se revela en sus obras, sin fijarse bien en las diferencias que existen entre la Naturaleza y el Arte, diferencias irreductibles y tan substanciales que pocas veces se confunden.

Esta observación resulta más exacta cuando el autor á quien quiere conocerse se dedica al periodismo, profesión de suyo impersonal y altruísta, en que el elemento autobiógrafo desaparece, anulando al escritor, al menos en España, bajo el velo impenetrable del anónimo; de donde viene que al que á esas labores se dedica se le considere, y no sin razón á la verdad, como un heroico y abnegado mártir de la cultura y del progreso de los pueblos.

Pertenece á esa noble y gloriosa legión Modesto Fernández. Sus memorables campañas en *La Época*, en *La Ilustración Española y Americana*, en *La Correspondencia* y otros periódicos

de Madrid, hanle valido una reputación como escritor merecidísima y envidiable, consolidando el crédito ya de antiguo conquistado con libros como *La Hacienda de nuestros abuelos,* que es una brillante defensa de los modernos principios económicos y administrativos; *De Madrid á Lisboa,* cuyas páginas constituyen un himno á la confraternidad de España y Portugal y un argumento en pro de la conveniencia de la unión ibérica, y *Semblanzas periodísticas,* en que se reivindican para la posteridad y se rescatan del ingrato olvido de los contemporáneos muchas glorias de la Prensa, amenazadas de pasar inadvertidas para los que nos sucedan.

Conviene repetirlo, sin embargo: conocer al escritor no es conocer al hombre, y ahí está para demostrarlo nuestro biografiado, quien valiendo mucho por su clarísimo talento, por su incansable laboriosidad como escritor y por su probidad como funcionario, dotes ostensibles que es fuerza reconocerle, por lo mismo que se nos revelan en sus actos públicos, vale más todavía por aquellas otras de que no hace ostentación, por su caballerosidad, por su nobleza de sentimientos, por la exquisita dulzura de su trato y por la honradez ejemplar de su vida, completamente dedicada al trabajo y á la familia, sus dos grandes cultos.

Así, los que saben, por ejemplo, que Modesto Fernández es el autor de aquellos famosos artículos *Más industriales y menos doctores;* que, alto empleado de Hacienda, ha confeccionado

muchos presupuestos; que, presidente del Fomento de las Artes, ha dejado en aquella Sociedad huella imborrable por sus iniciativas y sus esfuerzos en pro del adelanto de la clase obrera; que, inspector del Banco de España, ha salvado su crédito en Andalucía; que llamado á varios Congresos de carácter profesional y mercantil, su dictamen ha prevalecido; que, periodista, ha puesto de moda la palabra *irregularidad,* aplicándola el primero con incomparable ironía á los cohechos de la Administración en los últimos años; que, pasante en el bufete del Sr. Alonso Martínez, ha ganado pleitos difíciles y muy notables; que, jefe económico de Madrid, pudo hacerse millonario con la parte que le correspondía en las multas impuestas á los industriales de mala fe, y la renunció en favor del Tesoro; que habiéndosele ofrecido la cartera de Hacienda en época memorable, hubo de rehusarla; esos mismos no saben que nuestro conterráneo se ha elevado á esas alturas en la pública consideración desde la humilde esfera de una sastrería de Orense, origen que nuestro amigo no ha ocultado jamás, y que recuerda siempre, y hace bien, como el mejor timbre de gloria de su casa y el mejor título que puede presentar á la consideración de las gentes.

De ahí, de esa perenne evocación de la pobreza honrada en que se meció su cuna, el que Fernández y González no se haya desvanecido jamás con los triunfos obtenidos en la vida pública, y de ahí también esa modestia que res-

plandece en el hombre privado, enemigo de fastuosidades, más dado al trato de los humildes que al de los poderosos, de costumbres sencillas, pero aficionado á las fiestas de la alta sociedad, y sólo bien hallado departiendo en el seno de la familia ó haciendo gala de su chispeante ingenio y su zumbón criticismo al lado de un amigo, en la mesa de un café (que ha de pagar él siempre), de regreso del invariable paseo vespertino por las calles de la Corte.

Como Alfredo Brañas es el regionalista teórico, Modesto Fernández es el regionalista práctico. Las cosas de Galicia le interesan, le poseen de tal modo, que un día, oyendo sonar una gaita en la calle de Alcalá, siendo oficial de Hacienda, se embelesó en términos de olvidarse de dar cuenta al ministro de un expediente de que tenía que informar al Congreso, y en poco estuvo que el Ministerio en pleno presentara la dimisión.

En la mesa de su casa, á la que nos hemos sentado muchas veces, no faltan nunca los condimentos del país, ni admite cocinera que no sepa hacer el caldo gallego con los *siete sacramentos*, las clásicas natillas y el indispensable arroz con leche, espolvoreado con canela y tostado á hierro.

Propagandista de los buenos usos y costumbres del país, considera una desgracia que nuestros paisanos hayan desterrado la montera y el calzón de rizo. Pudiera hacerse un buen tomo de los artículos que ha dedicado á encomiar nuestra música y nuestra poesía. En estos momentos pre-

cisamente, traen revuelto á Madrid sus observaciones acerca de la cocina gallega, de la cual acaba de declararse partidario nada menos que el presidente de la Real Academia Española (1). Para estas y otras campañas, Modesto Fernández usa los seudónimos de *Fernán González*, *Camilo de Cela* y otros varios.

No es hombre político, al menos no ejerce la política activa; una sola vez se presentó ó le presentaron sus amigos candidato á la Diputación á Cortes por Celanova, distrito por el cual había hecho grandes sacrificios en varias ocasiones; pero como no tenía dinero ni contaba con la recomendación de un jefe de partido, el hijo del país fué pospuesto á un candidato cunero.

Debe á él la literatura gallega muchos beneficios (algún día los haremos notar con mayor tiempo y espacio del que hoy disponemos); pero más que la literatura se los deben infinitos literatos y artistas de nuestra región, á quienes no se cansa de favorecer con mano pródiga.

El que estas líneas escribe faltaría á un sagrado deber si no aprovechase esta ocasión para rendir al Sr. Fernández y González un testimonio público de gratitud por el generoso afecto y la decidida protección que le ha venido dispensando

(1) Curros Enríquez se refiere á un hecho. El entonces presidente de la Academia Española, señor conde de Cheste (q. e. p. d.), declaróse ferviente admirador y partidario de la cocina gallega en un memorable banquete celebrado en Madrid por la época á que Curros se refiere. Para esta fiesta escribió el difunto prócer unas admirables quintillas.—*(Nota del recopilador.)*

desde que en edad muy temprana, niño aún, llegó á Madrid, prófugo de la casa paterna, indigente y desolado, hallando en él desde entonces el amor de un hermano, el consejo de un padre y la tolerancia sin límites de un maestro.

Con decir que nuestros primeros versos gallegos, entre ellos *La Virgen del Cristal,* no se hubieran escrito jamás si no creyésemos rendirle sincero tributo de reconocimiento concurriendo al certamen por él abierto en Orense en 1877, donde fueron premiados, decimos lo bastante para dar á comprender cuánta veneración, cuánta gratitud y cuánto respeto nos inspira el hombre ilustre cuya semblanza acabamos de esbozar ligeramente, temerosos de que las circunstancias en que nos coloca esa misma gratitud puedan en cierto modo privarnos de autoridad en el juicio de los que no nos conocen, para convertir estos apuntes en una apología, por justa y merecida que fuese.

EUSEBIO DA GUARDA

No siempre la gloria ha de ser privilegio del talento.

Por grandes, por admirables que sean las obras de la inteligencia, no pueden compararse á las del corazón, destinadas á evangelizar á las sociedades y á codificarse como ejemplos necesarios á la vida práctica de los pueblos.

Guiar al hombre un su ascensión hacia el ideal; fascinarle con las perspectivas de la perfección suprema; revelarle todos los misterios de que le rodea la Naturaleza al nacer; facilitarle la solución de todos los problemas psicofísicos que, como otras tantas esfinges, le asaltan al paso, es indudablemente una nobilísima y gloriosa labor, digna de perpetuo y general encomio. Pero la Humanidad no vive sólo de la satisfacción de sus ansias espirituales, porque no vive sólo del cerebro. Dios, que levantó esa entraña sobre el corazón, como la cúpula sabre el cimiento, quiso que antes que al espíritu atendamos á la materia, y antes que la inteligencia eduquemos los sentimientos, esas alas del alma sin las cuales no puede el hombre remontarse á las regiones de lo desconocido.

En un mundo en que todos fuesen sabios, no sería posible la existencia. Desde Platón á Rous-

seau, no hay utopista, por soñador que sea, que no convenga en esa verdad de sentido común, y no cuente como factor indispensable para la vida con las virtudes del corazón, á favor de las cuales se generan los heroicos hechos que inmortalizan los pueblos y las razas.

De ahí nuestra preferencia por los hombres de corazón sobre los hombres de ciencia.

En Galicia han abundado siempre los unos y los otros. Patria fecunda en genios que abrillantan su historia en todas las edades, ha sido también fertilísima en hombres de incomparable bondad, de sublime abnegación y caridad sin límites.

Á la larga lista de benefactores como los condes de Lemos, los Gelmírez, los Figueroa, el marqués de Amboage y otros muchos que pudiéramos citar, tenemos que añadir hoy el nombre de D. Eusebio Da Guarda.

No le conocemos personalmente. La fortuna le ha colocado tan alto, que jamás hemos tropezado con él en nuestro camino.

Hijo de un menestral portugués, el Sr. Da Guarda nació en La Coruña, y sus primeros años se deslizaron entre privaciones y estrecheces.

Su padre era zapatero. Para educarlo y redimirlo de la miseria que le amenazaba, hubo de realizar sacrificios de esos á que sólo el amor paternal sabe arrojarse, estimulado por el instinto que hace mejorar las especies en cada grado de la evolución.

El joven estudió con provecho el pilotaje, y navegó durante dos años; pero la mar no le pro-

baba, y tuvo que renunciar á ella para dedicarse al comercio, entrando de dependiente en casa del armador Sr. Menéndez.

Inteligente, activo y honrado, trabajó con fe durante mucho tiempo, y obtuvo la recompensa mereciendo que su principal le asociase á sus negocios. Muerto éste, quedóse al frente de la Casa, de la que hoy es dueño, figurando entre los accionistas de la Trasatlántica y de otras Compañías comerciales.

Poseedor de un inmenso capital, acaso el mayor de Galicia, el Sr. Da Guarda debía preocuparse de la manera mejor de emplearlo, y patriota, cristiano y amante de la ilustración y de los pobres, acometió las obras de varios monumentos é institutos que embellecen á La Coruña, y derramó á manos llenas los beneficios de la caridad sobre los miserables y los desvalidos, que nunca llaman en vano á su puerta.

Entre los beneficios que á su munificencia se deben, son justamente admirados por su elegancia y suntuosidad el Instituto de segunda enseñanza, el templo de San Andrés y el palacio destinado á escuelas públicas, cuyos planos hemos visto y en cuya construcción trabajan hoy gran número de operarios.

La Coruña, agradecida á los favores recibidos por este ilustre hijo suyo, hale erigido en vida una estatua que adorna el jardín de entrada al Instituto.

El Sr. Da Guarda no ha figurado jamás en la política. Siente por ella un desprecio tan grande

como grande es su fervor por los intereses morales y materiales de la tierra en que ha nacido. Ningún partido le contará por adepto, sino aquel que coloque á Galicia por encima de todo.

Hombre de trabajo, entra el año y sale, sin que se le vea en teatros ni paseos, como el que ha hecho un santuario del hogar y una religión de la familia.

Saludemos al insigne filántropo, orgullo de Galicia, cuya vida es una perpetua dedicación al bien de sus semejantes y un gran ejemplo para los idólatras del dios Millón, almas pobres destinadas á no dejar sobre el planeta rastro alguno que las recuerde á las generaciones futuras.

ALFREDO BRAÑAS

Achaque es muy frecuente en los adversarios del regionalismo, entre los cuales hay algunos que se llaman demócratas y resueltos partidarios del progreso, el condenar esas ideas por lo que tienen de seculares, como si la tradición fuese elemento tan baladí que no mereciese se le consultara cuando se trata del porvenir y de la dicha de los pueblos.

Éstos, como los individuos, tienen su fisonomía propia, física y moral, y la del pueblo gallego se halla con tal relieve determinada en la Historia, que prescindir de sus rasgos más salientes equivaldría á falsificarla.

Entre los rasgos típicos del pueblo gallego, destaca por modo notable su horror á la centralización, y basta para convencerse de ello consultar sus anales en los períodos romano y suevo, en la guerra de la Reconquista y muy especialmente en el siglo XV y parte del XVI, donde la pugna sostenida por conservar sus libertades adquiere caracteres épicos, hasta el punto de ver rodar desde el patíbulo las cabezas del mariscal Pardo de Cela y de su hijo, víctimas ambos de su acendrado amor á la patria.

Más ó menos vehemente y enérgica, la protesta de Galicia contra las tendencias de absorción en

lo político, lo civil, lo económico y aun lo religioso, se prolonga desde la antigüedad hasta nuestros días, sin otra interrupción que aquella á que la obligaba el terror del cesarismo, el cual, cohibiendo las libertades públicas, imponía á todos el sometimiento y la obediencia á las resoluciones, dictadas muchas veces por el interés dinástico ó por una torpe y desapoderada Administración, bajo cuya influencia se disolvían los intereses populares, como la sal en el agua.

Ciego ha de estar quien no vea clara esa lucha, á poco que consulte la historia de nuestra región, historia por desgracia interrumpida en estos momentos; y sólo cometiendo una injusticia profunda y faltando á sabiendas á todo principio de equidad, podía prescindirse de ese importantísimo dato, cuando la moderna escuela regionalista, fundada sobre los últimos adelantos de las ciencias físicas, morales y económicas, trata de reintegrar á las sociedades y á las razas en todo lo que les es propio y pertenece por derecho.

Corresponde al Sr. Murguía el honor de haber descubierto en su gran libro la característica de nuestro pueblo, casi fosilificada bajo el polvo de los siglos y el olvido de las generaciones, reconstruyendo, por un sistema parecido al de Cuvier, el esqueleto de nuestra autonomía, y al señor D. Alfredo Brañas la gloria de haberlo animado y hecho de él un organismo, ofreciéndolo á nuestra raza como el símbolo en que se contienen todas sus aspiraciones de libertad, de justicia y de progreso.

Fija la atención en sus esplendores pasados, en sus miserias presentes y en sus necesidades del porvenir, D. Alfredo Brañas ha formulado el credo de la descentralización política y administrativa de Galicia y lo ha propagado con elocuencia de apóstol y abnegación de mártir por todas las regiones de España, lo mismo en el libro que en el periódico, lo mismo en la cátedra que en el club, lo mismo en la ciudad que en la aldea, lanzando sobre sí en todas partes los aplausos y las simpatías de las multitudes, junto con las censuras de los adversarios, que son aquellos que viven á placer bajo el desacreditado régimen vigente.

Para esa labor de propaganda reune Brañas excepcionalísimas y admirables condiciones: gallardo continente, vasta ilustración, palabra abundante y persuasiva, imaginación poderosa, fe y entusiasmo por la causa que defiende, incansable voluntad; todo, en fin, cuanto puede hacer de un hombre un ser providencial, un elegido por Dios para iniciar una época y empujar á la sociedad por el camino de la civilización.

De humildísimo origen, como la mayor parte de los hombres que han dado días de gloria á la Humanidad, Brañas se ha elevado por el estudio y el amor á su patria. «Huérfano de padre—dice uno de sus biógrafos—, reducido con su madre y hermanas á situación triste, luchó, luchó como un héroe hasta rasgar las densas nubes que entoldaban el cielo de sus esperanzas. Una acción nobilísima le atrajo dos protecciones á cual más

valiosas: la de la duquesa de Medina y la del cardenal Payá. Sirvióle desde entonces la fortuna, que aún á favor de él voltea su inconstante rueda»; pero esa fortuna no consiste en el goce de felicidades reservadas sólo á los poderosos de la tierra, no, porque Alfredo es pobre; consiste en la influencia que ejerce dentro y fuera de su país, en las simpatías que arrastra su nombre, en las aclamaciones de que es objeto, en los éxitos que en Galicia, Madrid y Barcelona ha conquistado, en las esperanzas que alienta y hasta en los odios que suscita entre los partidarios del centralismo, porque hay ocasiones en que el odio es una fortuna y honra tanto al caudillo de una noble cruzada como el amor y el aplauso de los que le siguen.

Testimonio elocuentísimo de esa influencia es el haber logrado Brañas arrebatar á todos los partidos políticos de nuestro país, desde el carlista al republicano, contingente muy respetable, sobre todo entre el elemento joven, para formar con él el gran partido de la Patria, el partido regionalista, en que hoy figura cuanto hay de más prestigioso y notable en nuestra tierra.

Alfredo Brañas nació en Santiago allá por el año de 58 á 60 y estudió en su Universidad. Aun no había dejado las aulas y ya redactaba en *El Libredón,* diario católico que se publicaba en aquella ciudad bajo la dirección del malogrado Antonio Toledo, haciéndose notar por su vasta doctrina y por la vehemencia con que acudía á las polémicas que suscitaban sus trabajos.

Entró por oposición en el profesorado, posesionándose de su cátedra en la Universidad de Oviedo el 20 de junio de 1887, y trasladándose al poco tiempo á su ciudad natal, donde desempeña la cátedra de Economía política, Estadística y Hacienda pública. Antes había sido secretario de la Universidad de Santiago.

Escritor fácil, conocemos de él libros como *El Regionalismo*, *El principio fundamental del Derecho*, escrito en veinticuatro días para obtener la plaza de profesor auxiliar de la Universidad de Santiago; *Cursos de Hacienda pública, general y española; La crisis económica en la época presente y la descentralización regional; Historia económica*, y numerosos artículos y poesías en castellano y gallego.

De sus discursos, que todavía no han sido coleccionados, pueden citarse como modelos de elocuencia el pronunciado en el Centro Gallego de Madrid en 1893, y el que por mayo de ese mismo año escucharon los catalanes en el banquete celebrado en honor de los poetas laureados en los Juegos florales de Barcelona, obras magistrales de propaganda, en que se revelan de lleno las grandes facultades del orador para persuadir y conmover á sus oyentes.

Muy joven todavía, Brañas ha dado gran impulso á las ideas políticas en España y ha ganado grandes victorias; pero mucho le queda todavía por hacer si, como es de esperar, no le desalientan las contrariedades.

Soldados de la legión que él acaudilla, nuestro

destino está ligado al suyo y con él iremos al triunfo ó á la derrota, sin esperanza de premio ni temor de castigo.

Que Dios esclarezca sus sendas para que guíen á los que le siguen y podamos con él descansar de las fatigas de la jornada, satisfechos de haber cumplido con nuestro deber y en paz con nuestra conciencia.

JOSÉ RODRÍGUEZ CARRACIDO

En la iconoteca de gallegos ilustres contemporáneos que venimos publicando en estas columnas, no podía faltar, sin notoria imperdonable injusticia, la relevante y simpática figura del insigne catedrático de la Universidad de Madrid, D. José Rodríguez Carracido.

Su nombre constituye una de las glorias más legítimas de nuestra patria, cuyas fronteras ha traspuesto para ser, como en ella, admirado en Francia, Alemania, Inglaterra, Italia y Portugal, en Europa y América, al par de los de Castelar, Echegaray y otros hombres eminentes en las ciencias y las letraa, honra y orgullo de España en este siglo.

Talento enciclopédico, como el de Feijóo, puede asegurarse que ninguna ciencia le es extraña, dominando con igual competencia las físicas y naturales que las filosóficas y políticas; pues si bien por la índole de sus deberes profesionales parece más inclinado al cultivo de las que reconocen por base la experimentación, su espíritu generalizador, ávido de descubrir horizontes y de investigar verdades, llévale al estudio de aquellas otras que, por referirse al individuo y á las sociedades, deben considerarse siempre como de

actualidad y entrañan problemas transcendentales en la vida de las naciones.

Para tener cabal idea de la extensión de conocimientos del Sr. Carracido, basta fijarse en el número de obras que lleva publicadas de pocos años á esta parte: *La nueva Química; Introducción al estudio de la Química, según el concepto mecánico; Tratado de Química orgánica; Los metalúrgicos españoles en América; Lucubraciones sociológicas y Discursos universitarios; La muceta roja* (novela); *Jovellanos* (ensayo dramático-histórico); *La evolución en la Química,* é infinidad de artículos sobre ciencias, artes, crítica y literatura, que casi á diario aparecen en las principales revistas de España, aparte de los que ha dado á la estampa en *Los lunes de El Imparcial* y otros populares periódicos de la corte. En todos esos trabajos échase de ver la filiación darwiniana del Sr. Carracido en cuanto se refiere á su sistema fisiológico, así como en Filosofía y análisis parece figurar en la escuela de Spencer. Una obra prepara en la actualidad acerca de las aptitudes de los españoles, en la cual esa filiación resulta muy marcada.

Tendría, sin embargo, un concepto muy deficiente del Sr. Carracido quien le considerase sólo como hombre de ciencia universal, sabio profesor y correcto publicista, porque juntamente con estas dotes brillan en nuestro amigo las de orador elocuentísimo, las de un carácter enérgico y las de un gran ciudadano.

Revelóse como hombre de fácil y elegante pa-

labra en el Ateneo de Madrid, si mal no recordamos, allá por el año de 1881.

El Sr. Fernández Bremón hizo entonces un extraordinario elogio del joven gallego, en cuya facundia hubo de encontrar el ático cronista audacias ciceronianas y tesoros de elocuencia sorprendente en un hijo de Galicia, patria poco abundante en oradores.

Pero estas condiciones, ya muy notables en aquella sazón, se han mejorado con el tiempo, y hoy el Sr. Carracido es una gloria de la tribuna española, uniendo en tal maridaje á la vehemencia de nuestros oradores clásicos, como López, Donoso Cortés y Moreno Nieto, la corrección de Tristán Medina, la brillantez de Castelar y la profundidad de Salmerón, que, si comienza por conmovernos, acaba por arrebatarnos, haciéndose dueño de nuestra voluntad y tiranizándonos á su antojo.

Como todos los jóvenes que valen, el Sr. Carracido vióse halagado más de una vez por los partidos políticos, pero tuvo el buen acuerdo de no ingresar en ninguno, para dedicarse de lleno á trabajar por la causa de la pequeña patria, al lado de Alfredo Brañas y de Murguía, con quienes formaba la trinidad del regionalismo gallego.

Para los que ven las cosas por el lado positivo, quizás ha hecho mal en no vender la primogenitura por el bíblico plato de lentejas. Hoy es cosa corriente, y sobre todo útil, renunciar á la independencia del juicio, de la voluntad y hasta de

los actos, á cambio de una representación en Cortes, de un nombramiento de director en cualquier ramo, ó de un título nobiliario que compense por fuera los desperfectos que el hombre sufre por dentro en esta horrible lucha por la vida á que nos vemos todos condenados.

Felizmente, la regla general tiene excepciones, y para serlo esta vez, el Sr. Carracido no hubo de realizar sacrificio alguno. ¿Qué le importaba renunciar á una situación política al que acababa de conquistar una mejor en la cátedra? ¿Qué le importaba siquiera renunciar á una fortuna al que desde el humilde hogar de una pobre tejedora había sabido elevarse hasta las primeras Academias de la Nación, mereciendo que su nombre se pronuncie en España con la veneración que en Francia se pronuncian los de Arago, Dumas y Berthelot?

Por jurar estamos que estima y respeta más el Sr. Carracido el velón de tres mecheros, á cuya luz se alumbraba para estudiar en la casa paterna, y que todavía enseña á sus amigos, colocado como una sagrada reliquia de su infancia estudiosa y llena de privaciones sobre una rinconera de su gabinete de trabajo, que el más flamante título de marqués ó las mayores riquezas que pudieran brindarle sus amigos políticos, como pago á las perfidias, á las traiciones, á las infamias de todas clases que los directores de la cosa pública suelen exigir á sus adeptos.

Seamos pobres, pero seamos, en nuestra humildad, dignos de las mayores riquezas. Pensar

así es bueno; y cuando el que así piensa y somete sus procedimientos á los dictados del deber es un joven como el Sr. Carracido, su conducta debe ser recomendada, para que sirva de ejemplo á los que nos siguen, entre los cuales hay pocos que sientan vocación por el sacrificio

Excmo. Sr. D. CESÁREO FERNÁNDEZ LOSADA

El nombre de Cesáreo Fernández, conocido y respetado como el de una gran celebridad médica en toda España, suscita en nosotros los más gratos recuerdos.

Nacido en el mismo valle en que se deslizó nuestra infancia, su hogar era, por así decirlo, una prolongación del nuestro, al que se unía, no tanto por la proximidad de la distancia como por el afecto entrañable, verdaderamente fraternal, que se profesaban los jefes de las dos familias.

Era el de la de Fernández un médico notable, jovial y bondadoso, cuya alegría, consecuencia de su fuerte y sana complexión, tenía la propiedad de propagarse como un perfume á cuanto le rodeaba. Nadie como él poseía el secreto de animar al paciente, despreocupando su espíritu de toda clase de temores é infundiéndole con su amena y persuasiva conversación la esperanza de inmediato restablecimiento. Pronto á acudir adonde se le llamaba, veíasele asistir á todas horas á la cabecera del enfermo, y era tal la confianza que sabía inspirar á sus clientes, que su sola presencia conseguía á veces más que los medica-

mentos que administraba. Observador cachazudo, deteníase mucho en la primera visita, logrando así no fallar jamás en su pronóstico, y fuese cualquiera el juicio que le mereciese una enfermedad, tenía el tacto de no alarmar sin poderosos motivos al enfermo.

—No sé para qué me llamas—solía decirle tuteándolo—. Peor que tú estoy yo, y no me quejo. ¡Vaya una manía de llamar al médico para nada!...

El enfermo se reía, y ya estaba medio curado. Lo demás lo harían las recetas.

Con este sistema, que en él no era estudiado, sino espontánea manifestación de su carácter, D. Ignacio Benito Fernández fué durante cuarenta años una especie de Providencia, incansable en derramar beneficios en los hogares entristecidos por el dolor; y cuando la gratitud, casi siempre indiscreta, se permitía celebrar en su presencia los éxitos que obtenía ó elogiaba sus trabajos científicos, D. Ignacio se encogía de hombros y decia por toda contestación:

—¡Bah! Lo que yo hice lo hace cualquiera. Para médico bueno, mi hijo Cesáreo.

Cesáreo Fernández Losada acababa de salir entonces de la Universidad. Era un joven de regular estatura, de hermosos ojos, llenos de inteligencia, de color sonrosado, y cuyo trato dulce y afable engendraba irresistible simpatía. Cuando llegó al pueblo, de donde se había alejado muy niño, vestía ya el hermoso uniforme de Sanidad Militar. Sus ejercicios habían sido nota-

bilísimos, y la prensa se ocupaba de ellos con extraordinario encomio.

Su llegada á Celanova tenía que ser, naturalmente, un acontecimiento. Se le admiraba y se le envidiaba. Nuestro padre nos decía:

—Míralo, ahí lo tienes: ése sí que es un hijo aplicado. ¿Por qué no has de ser tú como él?

Y nosotros nos quedábamos mirándole de hito en hito, con ese asombro con que en la infancia se ve todo lo que brilla y deslumbra, devorados por un anhelo vago de brillar y deslumbrar como él.

No tardó el forastero en abandonarnos; pero antes de partir quiso justificar el buen concepto que de su suficiencia como médico había formado su padre, realizando algunas curas y operaciones que fueron la base de su crédito en Galicia.

Desde aquella época han transcurrido más de de treinta años, y hoy Cesáreo Fernández es una eminencia indiscutible en la Medicina. Como operador acaso no tenga rival, no ya en España, sino en Alemania. Él realizó la difícil resección del maxilar en el ilustre marqués de Novaliches, mortalmente herido en Alcolea, logrando salvarlo, como acaba de suceder ahora con el capitán general de Madrid, señor marqués de Estella, á quien atravesó el pecho de un balazo un desgraciado capitán de ejército (1); y si no obtuvo igual

(1) El autor se refiere al desdichadísimo suceso que privó de la vida al capitán Clavijo, cuyo fusilamiento presenciamos por

resultado con el insigne general Prim, á quien también asistió en sus últimos momentos, fué porque todavía no le es dado á la Ciencia realizar milagros.

«Don Cesáreo Fernández Losada—dice uno de sus biógrafos—, cirujano español, sigue las huellas de los Gimbernat, Lacaba y Argumosa, y de sus ilustres maestros Solís, Fourquet y Toca, y comparte las glorias adquiridas en la ciencia con los Benjumeda, Creus, Duarte, Encinas, Olivares, Laorden, Rubio, Sánchez Freire, Letamendi, Ávila y otros no menos notables.»

Desde muy joven mostró decidida vocación al estudio, ya en el Instituto de Orense, de cuya provincia es natural y donde obtuvo á mérito el grado de bachiller, ya en la Facultad de Medicina de Madrid, en la cual consiguió tantos premios como años académicos cursó por oposición los títulos profesionales.

En 1857, días después de terminar la carrera de Medicina, ingresó en el Cuerpo de Sanidad Militar, adonde llevaba una merecida reputación como anatómico y hábil operador.

Declarada la guerra de África, fué destinado al cuartel general del entonces conde de Lucena, más tarde duque de Tetuán. Hizo toda la campaña hasta el regreso de las tropas vencedoras,

---

triste deber periodístico. El marqués de Estella no sucumbió, por fortuna, de aquel atentado. En cuanto al desdichado capitán, sólo podemos decir que murió como un valiente. — *(Nota del recopilador.)*

siendo para el joven profesor aquella guerra vasto anfiteatro donde practicaba difíciles operaciones quirúrgicas, y á la vez cátedra abierta á su espíritu investigador y á su vocación científica.

En los movimientos ocurridos en la Península en 1866 y 1868, y en la campaña carlista, prestó importantes servicios, dando siempre muestras de valor y serenidad en los momentos del peligro, como en las jornadas de San Pedro Abanto y en el cerco de Valencia, y de gran abnegación, pues no vaciló, hallándose en Puente la Reina, en penetrar en el campo carlista de Mañeru y Cirauqui para socorrer á los heridos de este bando, faltos de medios con que aliviar su triste situación.

Durante diez y seis años tuvo á su cargo una de las más importantes clínicas quirúrgicas del Hospital Militar de Madrid, y si en los campos de batalla dió muestras de serenidad y acierto en la práctica de las operaciones, en el anfiteatro del hospital asentó con importantes triunfos la reputación que hoy goza de cirujano sereno, prudente y afortunado.

Alejado de la política, pues aunque fué representante del país en Cortes anteriores no tomaba parte en la vida parlamentaria, se consagra exclusivamente al ejercicio de su profesión, al estudio de las obras de los grandes cirujanos y á difundir en nuestra juventud, ansiosa de saber, las más importantes conquistas de la Medicina operatoria.

Los Gobiernos de todos los partidos le recompensaron con empleos en su carrera ó con grandes cruces, ya de carácter civil, ya de carácter militar, por sus méritos científicos, profesionales ó de guerra.

AURELIANO J. PEREIRA

La última confereneia dada en el Centro Gallego de Madrid por el Sr. D. Aureliano J. Pereira, nos obliga á decir algo acerca de este distinguido escritor y poeta fecundísimo, autor, entre otros, de los tres preciosos tomos de versos, *Otoñales, Cousas d'a aldea* y *Romancero de Lugo.*

Nació Pereira en esta ciudad en 1856, de una familia humilde, tanto, que no le fué dado proporcionarle carrera, á pesar de las felices dotes que ya desde muy niño revelaba para el estudio.

Dice de él un biógrafo, que á los veinte años escribía en publicaciones regionales y algunas de fuera de Galicia; más tarde entró de lleno en la vida periodística, trabajando con tanto ardor, constancia y empeño, que durante unos seis años redactó, *exclusivamente solo,* el *Diario de Lugo,* que llegó á ser uno de los periódicos de mayor autoridad de Galicia, y que levantó la bandera regionalista, luchando por ella contra periódicos de Madrid, como *La Época, El Popular, El Mundo Político,* etc.

Colaboró en la revista *El Porvenir,* de Barcelona, publicando en ella una crítica del discurso de entrada de Alarcón en la Academia. Cuando escribió este artículo no tenía más que veintiún años; sin embargo, este escrito tuvo gran reso-

nancia, valiendo á su autor muchos elogios de literatos y artistas catalanes por defender la teoría del *arte por el arte.*

En la *Revista Europea* dió á luz en 1876 un estudio sobre *La decadencia del teatro;* colaboró en la *Revista de España,* en *La Ilustración Ibérica é Hispano-Americana,* en *La Ilustración Gallega y Asturiana* y otras publicaciones.

Entre sus obras en prosa, las más notables son el *Paralelo entre Shakespeare y Calderón, Las murallas de Lugo* (estudio arqueológico), *Memoria sobre las industrias que se pueden establecer en Lugo, Cuentos de aldea,* en publicación, y sus *Discursos* sobre el regionalismo.

Como escritor dramático ha representado con aplauso *Soledad,* drama; *Los capitalistas,* sainete; *¡Lugo..., veinte minutos!* y *Lugo al vuelo.*

Fundó y dirigió *El Regional,* y escribió en más de sesenta periódicos.

En la actualidad vemos trabajos suyos en *El País* y *El Globo,* de Madrid, adonde Pereira ha trasladado su residencia desde 1893.

«Pereira—sigue diciendo el biógrafo á que nos referimos—pasa por orador elocuente y de facilísima palabra, agudo ingenio y buena imaginación. Tiene talento, instrucción, sinceridad y nobleza.»

Otro escritor, al dar cuenta de la conferencia pronunciada por Pereira en el Centro Gallego, traza de este modo la semblanza de nuestro amigo:

«El ilustre vate lucense tiene grandes simpa-

tías en Madrid, dentro y fuera de la colonia gallega. Su cultura general, su cariñoso trato, su espíritu democrático, su modestia ejemplar, su admiración por el bello sexo, sus aptitudes poéticas, su memoria prodigiosa, su agudo ingenio y su finísimo aticismo, le proporcionaron espontáneamente en la villa y corte centenares de amigos y de admiradores.

»Unas veces pone cátedra en el comercio de gomas de la calle de Carretas, propiedad de Leopoldo Senra, otras en el café Universal ó en la cervecería, algunas en el Centro Gallego y no pocas en el despacho de su grande amigo el sabio catedrático D. Urbano González Serrano. Pronuncia sesenta vocablos por minuto y fuma diez pitillos por hora. Y es que la elocuencia le llama con impulso irresistible y el tabaco fomenta y aviva su oratoria.

»Su primera conferencia, publicada en el Centro Gallego, se relacionaba con el regionalismo, y la segunda es un estudio sintético del presente y del porvenir de Galicia, constituyendo dos trabajos de importancia social y literaria dignos de atento examen y de seria meditación.

»Pereira hizo perfectamente en trasladar su residencia á Madrid, porque aquí tiene ancho campo donde lucir su ingenio. En Galicia tenía que dedicarse á estudiar y á aplicar los procedimientos del caciquismo, que empieza con el cambio de estanqueros y termina con el de peatones. Y ese trasiego galaico, bendecido por inteligencias rurales, no es á propósito para entendimien-

tos como el suyo, que se extasía ante el panorama de las actrices de París, con las obras de Lamartine, con las poesías de Víctor Hugo, con *La Ilíada*, de Homero, con las odas de Quintana, con las fotografías á través de los cuerpos opacos ó con las composiciones románticas de Zorrilla, Pastor Díaz y Espronceda.

»Aquí se encuentra Pereira como el pez en el agua. Admira las obras de la Creación en las calles de la villa, se eleva á lo infinito en el Museo de Pinturas, estudia los grandes maestros en el Ateneo, busca la calma espiritual en los espectáculos públicos, y encuentra en los *grelos* la materia prima de los regocijos galaicos. En Fomento pasa las tardes, en la vía pública las noches y entre cien libros las mañanitas de abril y mayo.

»Los libros, folletos, entregas, revistas y hasta misales le hacen transcurrir las horas velozmente. Y entre col y col... algunos almuerzos y comidas, cenas y meriendas con D. Manuel, con D. Benigno, con D. Urbano, con D. Alejandro, y hasta suele irse á Villalba á oxigenarse con cazadores literatos.

»Yo le oigo siempre con agrado y le aplaudo con sinceridad. Y allí donde perora ó conversa, allí acudo con presteza.

»Sus ideas relativas al regionalismo son previsoras; sus deseos de mejora en lo que á Galicia se refiere, merecen atenderse.

»Mucho de lo que á los gallegos nos pasa es porque nosotros queremos que pase. No falta á

quien le guste que le den con la badila en los nudillos.

»Las conferencias de Pereira son eminentemente prácticas. Así lo reconocen Camilo de Cela, Carracido, Mourelo, Vizcaya y otros escritores de la *terriña*.

»Los que han nacido y se han criado en Lugo, quieren fraternalmente á Pereira, desde Francisco Luis López á Batán, y desde el conde de Pallarés al ciego violinista Cela.

»Todo lo discute y controvierte: lo mismo las teorías de Stuart Mill que el aumento progresivo; lo mismo el socialismo de la cátedra que los principios más abstrusos de la filosofía kantiana de Sanz del Río; lo mismo las utilidades mercantiles desde el punto de vista de la moral, que el naturalismo y el realismo en el Arte. Y asiste á los estrenos teatrales y á la inauguración de los potes gallegos, y da ó recibe codillos á la vez que da fe de la apertura de las empanadas con productos del Miño.

»Tal es el orador lucense. Enciclopedista por educación periodística, laborioso por necesidades orgánicas, discutidor por afluencia de palabra, jovial por naturaleza, mezcla en su variada y agradable conversación vocablos gallegos y castellanos, para demostrar que en Castilla se acuerda de Galicia.

»Pereira, poco afecto al becerro de oro, vive en el barrio de la manolería. En Lavapiés, cercano á los escolapios, á las cigarreras y á los gitanos, tiene su vivienda, en aquella cuesta sin

fin del Mesón de Paredes, y allí estudia el Madrid antiguo, que le seduce y le enamora.

»¡Dichosos los que, como Pereira, cantan, discuten y fuman sin pensar en riquezas ni en blasones, ni en avaricias, exento de envidias y competencias mundanas!»

Después de lo que dejamos recopilado, gracias al esfuerzo ajeno, nada queremos añadir por nuestra parte, pues grandes amigos y admiradores de Pereira, no había de faltar quien juzgase interesados nuestros elogios, como no faltó quien nos calumniase, llamando su maestro al que ya se daría por muy honrado con poder llamarse su discípulo.

Por eso, lo mejor, en casos como el presente, es dejar que hablen los de fuera y callen los de casa.

FILOMENA DATO MURUAIS

De familia en que parece haberse vinculado el talento, Filomena Dato es una de las más inmediatas sucesoras del genio lírico de Rosalía de Castro.

Menos amarga que su inmortal predecesora, porque también ha vivido y sufrido menos, Filomena tiene su misma ingenuidad, su misma ternura, su arte incomparable para herir las cuerdas sensibles del corazón de su pueblo y traducir, tal vez con queja demasiado femenina, en lo cual sí que se distancia mucho del modelo, en que esa queja es casi siempre viril y amenazadora, los dolores seculares de nuestra infortunada raza.

Dos libros de versos debemos á su pluma. En ellos palpita, como en los de Narcisa Pérez Reoyo y Emilia Calé y Torres, un ferviente amor á la patria y un profundo espíritu religioso, que tiene para cada dolor un consuelo y un bálsamo para cada herida. Libros así no son hoy ciertamente los que más se leen, pero son necesarios, porque en ellos el alma se conforta y restaura de los quebrantos á que la sujeta la triste realidad de la vida, ofreciéndola algo así como la sombra apacible de un oasis en medio de la abrasada atmósfera del desierto.

Con grandes condiciones para escribir en cas-

tellano, la Srta. Dato ha preferido siempre el gallego. No se le oculta que las alas del pensamiento encuentran invencibles obstáculos para moverse libremente en otro idioma que no sea el que hemos aprendido en la infancia, y que la frase original, inseparable de la poesía espontánea, no se revela nunca sino en la lengua de nuestros padres. Como dice perfectamente Canizzaro, la dificultad de la evocación instantánea de la palabra propia y de la imagen que mejor expresa, que es lo que caracteriza al verdadero vate, aumenta considerablemente en un idioma extraño, por bien que se posea.

La distinguida poetisa orensana brilla igualmente por su talento y por su modestia; y al concederle un lugar en nuestra galería de celebridades gallegas contemporáneas, no hacemos más que tributarla un homenaje y discernirla un lauro que se le deben de justicia.

ARTÍCULOS ESCOGIDOS

ARTÍCULOS ESCOGIDOS

ENTIERROS MUSULMANES

Una de las más sombrías y pavorosas ceremonias del rito musulmán; una de las que más respeto y atención inspiran, y quizá de las que más conmueven y más dignas son de conocerse, ya por su afinidad con las que en tales casos empleaban las religiones primitivas, ya también por la semejanza que en algún punto presentan con las del catolicismo, son, sin duda alguna, las que suceden á la muerte de un islamita.

Es tan notable el júbilo, la pompa y el festejo con que celebran los turcos el advenimiento del hombre á la vida, como el luto, el dolor y el funeral con que acompañan el cadáver á la huesa.

Verdad es que este dolor y este luto no suelen manifestarse tan espontáneamente como parece exigirlo un acto que por sí solo reune toda la tristeza y melancolía de la muerte, puesto que entre turcos como entre cristianos es tanto más llorado el que se muere y tanto más plañido

cuantas más obras meritorias llevó á cabo en este mundo—según le haya sido en él más ó menos risueña la fortuna—, en lo cual venimos todos conviniendo con aquellos que en la decadencia del Imperio romano compraban públicamente lágrimas y sollozos para humedecer la tumba de los que morían sin dejar tras sí reliquia ni rastro alguno de virtud; pero es también verdad que cuando un turco muere y este turco es rico, su último suspiro va acompañado siempre de una sensación profunda entre los que le sobreviven; y en este caso las honras fúnebres que se tributan á sus restos producen un solemne recogimiento en los asistentes y hasta una grave contemplación por parte del viajero.

Apenas el espíritu del finado pasa de la cárcel de la tierra al paraíso prometido, ungen sus deudos con óleo y aromas las sienes del cadáver; y después de rociar con alcanfor y azahares sus rodillas, pies y manos, envuélvenlo cuidadosamente en un sudario, y encajonado en un féretro, colócanle sobre un banco á la puerta de su casa. Cuando esta operación termina, y luego que pasaron de esta exposición algunas horas, el sacerdote saluda al muerto con una profunda venia, vierte sobre su cuerpo algunas gotas de agua purificada, y elevando los ojos al cielo como en espera de revelación divina, anuncia ser ya tiempo de conducir el cadáver á su morada última.

La orden se ejecuta en medio de un silencio religioso: pónense todos en marcha, y los que componen la fúnebre comitiva prorrumpen en

sollozos y quejidos de agonía, que de vez en cuando son interrumpidos por un coro de voces broncas, que cantan tristemente los salmos del Profeta.

Cuando el cortejo llega al muladar sagrado, colocan el cadáver al borde de la fosa que le espera; hacen girar cuidadosamente el ataúd hasta lograr ponerlo frontero á la Meca, y adelantándose á él el sacerdote, pronuncia con voz majestuosa estas palabras:

«Creo en Dios Todopoderoso, el único que adoro.

»Creo que Mahoma es el mensajero de Dios sobre la tierra.

»Creo que Mahoma es el profeta de todos los profetas.

»Creo que Alí es el caudillo de los fieles; que todo le pertenece; que todos le deben obediencia. Creo que los verdaderos caudillos de los fieles, que los buenos y santos guías de los hijos de Adán, por cuyo medio ha llegado hasta nosotros la palabra de Dios, son Asán y Osein, hijos de Alí; Janfur, hijo de Mahoma; Mohazor, hijo de Jacafur; Alí, hijo de Motosor; Mahoma, hijo de Alá; Alí, hijo de Mahoma; Hassán, hijo de Alí, y Midalie, hijo de Hassán. Dios los tenga en su gloria y sea con ellos su divina gracia. Amén.»

Sucede á estas palabras un silencio profundo que nadie es osado turbar, hasta que el sacerdote, siempre con la misma dolorida voz:

«Oye — le dice al muerto —: oye, los dos mensajeros del Dios fuerte, santo y todopoderoso,

único grande y superior á todo lo creado, van á visitarte y á hacerte estas preguntas (1):

»¿Quién es tu Dios?—el sacerdote continúa—, y tú le dirás: Dios, el muy alto y muy fuerte y poderoso, es mi señor.

»¿Y quién es tu profeta?, y tú le dirás: Mahoma, criatura de Dios y su enviado al mundo, es mi profeta.

»¿Cuál es tu religión?, y tú contestarás: Mi religión es la islamita, que es la religión verdadera.

»Y te preguntarán: ¿Cuál es tu libro?, y tú contestarás: El Alcorán es mi libro.

»Y en dónde está tu templo?, y tú dirás: En la Meca.

»¿Y quiénes son tus guías?, y tú contestarás: Emaun-Alí, hijo de Abutalit; Emaun-Hassán y Assein; Emaun-Alí, por sobrenombre Zimbal-Auberdim; Emaun Mahoma, por sobrenombre Baakur; Emaun Janfur, por sobrenombre Londik; Emaun Mohoga, por sobrenombre Kaorín; Emaun-Alí, por sobrenombre Beerah; Emaun Mahoma, por sobrenombre Ul-Jaabarh; Emaun-Alí, por sobrenombre Ul-Koodh; Emaun Hassán, por sobrenombre Ul-Usker, y Emaun Middiee: éstos son mis guías. Todos son intercesores nuestros; para ellos es mi amor y para sus enemigos mi odio; esta es una obligación eterna y sagrada como Dios.»

(1) Estos mensajeros son Mounkik y Nykes, genios de las tinieblas, nuncios los más temidos en la teogonía oriental.

Terminada esta especie de plegaria, continúa el sacerdote dirigiéndose al muerto:

«Has de saber—le dice como si estuviese oyéndole —, has de saber que el Dios que adoramos es grande y glorioso; el más elevado y poderoso de cuantos existen, porque nada es superior á él. Has de saber que Mahoma es el más grande de todos los profetas y el más querido de los queridos de Dios; que Alí y sus sucesores son los únicos y verdaderos guías de los buenos creyentes; que cuanto nos viene de ellos y de los profetas es verdadero; que la muerte es verdadera; que la visita que van á hacerte Mounkik y Nykee, los dos ángeles de las tinieblas heraldos del Señor, es verdadera; que el puente de Serraah es verdadero; que los animales que al pasarle te servirán de ayuda son verdaderos, y los mismos que ofreciste en sacrificio aquí en la tierra; que los Ulemas son justos; que el cielo y la tierra existen; que el infierno, así como el día del juicio son verdaderos. Oye, ten confianza en estas cosas, porque todas ellas son verdaderas.»

Entretanto, prosigue el sacerdote:

«Dios, tu Señor, el Dios fuerte, poderosísimo y grande, que vendrá un día á levantar los muertos de sus sepulcros, sea bondadoso y misericordioso contigo; acoja tus respuestas, y llevándote por las veredas de la salvación, te asiente á su lado junto á los profetas y su gracia te acompañe por la eternidad de los siglos.»

Tras estas palabras, la comitiva vuelve á entonar los salmos, y terminada la oración, el sacer-

dote hace al cadáver otra reverencia alejándose algunos pasos de la fosa, y extendiendo los brazos dirige este apóstrofe á los genios de las tinieblas:

«Mounkik y Nykee—exclama—, ya podéis acercaros; aquí tenéis un verdadero creyente. Venid, que os aguarda.

»Grande y glorioso Dios — dice volviéndose al lugar que antes ocupaba —, yo te ruego que aligeres la tierra á tu siervo y que halle gracia y misericordia en ti.»

Inclínase el sacerdote hasta la fosa, recoge de sus bordes un puñado de tierra, arrójalo sobre el cadáver, y después de haber sido imitado su ejemplo por los circunstantes, una vez enterrado el muerto, aléjanse todos contristados recitando versículos del Alcorán.

El que estas líneas escribe ha presenciado uno de estos entierros siendo aún muy joven, y confiesa ingenuamente que la impresión que este acto le causó, no cede en nada á la del célebre viajero capitán Philipps, que, á pesar de haber vivido muchos años en Constantinopla, siempre encontraba novedad y sentimiento en el entierro de un turco.

(Publicado en *Heraldo Gallego*, de Orense, 10 de junio de 1876.)

INUNDACIONES

LA NOCHE DE CONSUEGRA POR UN TESTIGO

Sr. Director de *El País*.

Toledo, 14 de septiembre de 1891.

Asuntos comerciales.

Mi buen amigo y correligionario: No repuesto todavía de las dolorosas impresiones recibidas en Consuegra, escribo á usted desde la cama, para comunicarle algunas noticias de la terrible catástrofe del 11, noticias que pueden ser muy interesantes en estos momentos, y que lo serían más si el estado de mi salud y de mi ánimo me permitiera dar forma á esta carta.

Deberes de mi profesión de corredor de comercio, me obligaron á salir de aquí para Madridejos el día 9 del actual. No era éste el único pueblo que tenía que recorrer. En mi itinerario figuraban Camuñas, Villafranca, Herencia y algunas otras importantes villas de Ciudad Real, que surto de paños y especias. En la primera, Madridejos, debía hacerme cargo de una partida de azafrán, importante 16.000 pesetas. Apenas llegué,

supe que una imprevista avería imposibilitaba á mi corresponsal de satisfacer por el momento el pedido. Esto fué para mí una contrariedad, porque la partida debía ser remitida al día siguiente á Toledo y de Toledo á Madrid. Traté de completarla, pero no encontré género en Madridejos de las condiciones apetecidas. El 10 me hablaron de que en Consuegra podía encontrar el resto del azafrán necesario á cubrir mis compromisos, y allá me encaminé para recogerlo, ó por lo menos apalabrarlo.

La lluvia.

Como me proponía regresar el mismo día 10, alquilé un caballo. Cuando salí de Madridejos amenazaba lluvia. Tentado estuve á desistir del viaje; pero alquilada la bestia y necesitando realizar el negocio, emprendí la caminata, llegando á Consuegra á las dos de la tarde.

Me esperaba una nueva decepción. El comerciante que debía proporcionarme el resto de la especia no estaba en el pueblo: había salido el día antes á la capital de la Mancha y no volvería hasta el 12. Me veía, pues, precisado á optar entre volverme ó esperarle, y en esta disyuntiva, me decidí por lo último.

El día 11 no salí del parador. Una copiosa lluvia caía sobre todo el término municipal desde las nueve de la mañana, dando motivo para que el alcalde del pueblo adoptase medidas. Los truenos se sucedían con frecuencia; pero la misma

intensidad del meteoro hacía creer que desapareciese pronto y sin consecuencias. Á las tres de la tarde el agua no había cesado un momento. Desde mi habitación oí entonces lamentarse á varios arrieros, guarecidos con sus recuas en el parador, del estado de los caminos y de la probable crecida del río.

— Tres leguas hemos hecho río abajo — decía uno de ellos—, y durante las tres leguas ocho veces nos atajó el camino.

—Más miedo que el río me dan las cosechas— contestaba el ventero—. Con media hora más de lluvia no quedará un racimo en las parras ni una patata en la tierra.

Recojo este diálogo porque es rigurosamente exacto, porque he pensado mucho en su sentido durante estos tres últimos días y porque revela la completa confianza en que vivían aquellos habitantes respecto del peligro que corrían. ¡No creían posible el desbordamiento del Amarguillo y, sin embargo, el Amarguillo iba á sepultarles en la eternidad!

El Amarguillo.

Este río, uno de los afluentes del Guadiana, pasa por medio de la villa. Casi seco en verano, poco crecido en invierno, pocas veces se ha permitido rebasar un metro su cauce ordinario. De ahí y del comercio continuo que sostiene con los vecinos de Consuegra, cuyos hogares saluda todos los días con humilde murmullo, cuyos ga-

nados abreva y á cuyas necesidades atiende con una especie de solícita domesticidad de criado, la confianza que inspiraba á estos moradores, confianza que se revela hasta en el nombre diminutivo que le han dado. Pero, ¿por qué le llamaban Amarguillo? ¿No hay en ese mismo nombre algo así como una terrible profecía, como un grito de alarma lanzado á través del tiempo por el instinto popular? ¿Recordará ese nombre alguna catástrofe análoga á la que hoy lamentamos, y de la que no hay noticia entre los habitantes de la comarca? Sea como quiera, el criado se ha hecho amo, el siervo señor, y de hoy más el río Amarguillo será conocido como el río Amargo por excelencia.

La noche.

La noche cerró diluviando. El agua caía á torrentes, azotando la población con una violencia espantosa. Á medida que la obscuridad crecía, aumentaba la intensidad de los relámpagos. Asomado al cristal de mi habitación, miré al horizonte, y de Sur á Norte le vi cruzado por un contínuo centelleo, semejante á un incendio formidable. Tan permanente era esta conflagración eléctrica, que durante cuatro minutos pude observar perfectamente el paisaje como en pleno día. Abrí la ventana. Por la calle no transitaba nadie y el silencio era absoluto en todo el pueblo.

Datos alarmantes.

Mi reloj señalaba las ocho y media. Á esa hora me llamaron para cenar; pero antes de sentarme á la mesa quise ir á ver si la caballería tenía cebada en el pesebre. Bajé á la cuadra y noté que el agua cubría mis pies. Como el farol que colgaba de un poste no me dejaba ver bien la causa de aquel fenómeno, lo descolgué, y á su luz pude observar que aquella charca procedía de las filtraciones de uno de los muros de la casa. Estos muros eran de cascote, de lo que son casi todos los edificios de este pueblo. Verdaderamente alarmado, llamé al ventero y le hice notar el peligro que corría el ganado de tenerlo en aquella cuadra, por los efectos que podía producirle la humedad. Le enseñé, además, las junturas de algunas piedras, por entre las cuales caían chorros de agua que iban poco á poco devastando la argamasa y descarnando los cimientos del muro. El ventero me oía impasible y con una sonrisa bonachona, como de hombre que está en todo y á quien nunca sorprenden los sucesos,

—Pierda usted cuidado —me dijo—. Dentro de media hora esto cesará. Ahí tengo paja dispuesta; echaré una poca y el ganado dormirá en seco, libre de todo peligro.

Inquietudes.

Subí y me senté á la mesa. Conmigo comían los tres arrieros que, con esos presentimientos propios de todos los viandantes, no cesaban de augurar contratiempos. Para ellos era cosa segura que el río se desbordaba. Había que madrugar para atravesar el puente, «porque—decía uno de ellos—hasta verme del otro lado no me creeré seguro». Luego el viento había soplado de Levante, y «viento de Levante y agua del Norte, echa la mula al trote». Para mayor desgracia, dos de las de su recua iban descalzas y había que herrarlas antes de partir. El herrador no abría hasta las siete, y á esa hora ¡sabe Dios si podría pasarse el río!... Más adelante veremos cuánto había de profético en estos presentimientos.

Media hora escasa duró la cena. Yo participaba, sin saber por qué, de la intranquilidad de mis compañeros de mesa. Lo que á ellos les inquietaba por efecto de la diaria observación, á mí me inquietaba por instinto. Quizá contribuía á ello el mismo horror de la noche, la pertinacia hostil de aquella espantosa lluvia que nos sofocaba desde la mañana, excitándome con su incesante monotonía y el estado eléctrico en que me encontraba.

El sueño y el despertar.

Me acosté; leí en la cama los periódicos que habían llevado de Toledo y apagué la luz. Pero

no pude dormirme. Á través de los entrepaños de la ventana, los relámpagos esclarecían en un continuo parpadeo mi habitación; la lluvia redoblaba su violencia y hasta me parecía sentir ruidos y explosiones lejanas, como si se hubiese desencadenado un furioso ciclón ó descendiese sobre el pueblo una monstruosa avalancha.

No sé á punto fijo qué tiempo habré permanecido desvelado. Seguramente más de una hora. Poco á poco la siniestra música del trueno, del viento y del agua, fué adormeciendo mis sentidos y comenzaba á conciliar el sueño, cuando un crujido estrepitoso y prolongado de paredes que se desploman, de vigas que se rompen en astillas y muebles que saltan en fragmentos, me despertó despavorido y medio ahogado por el polvo.

Digo que desperté por decir algo, puesto que más que realidad parece sueño lo que en torno mío pasó desde entonces. Tres días han transcurrido y aun me estremece el recuerdo de aquellos momentos, los más crueles de mi vida, sin que los consuelos de la familia ni los cariños de la amistad hayan logrado desvanecer de mi espíritu la dolorosa impresión de horror que en mí han dejado los acontecimientos.

Porque no hay, señor director, no hay consuelo posible para un alma que de improviso y sin transición se siente lanzada desde la más absoluta quietud á las trágicas regiones del espanto.

El desplome.

Al ruido que acababa de escuchar uniéronse bien pronto gritos de angustia, voces de ¡socorro! y acentos desesperados, impetrando el favor divino. Quise saltar de la cama, pero en aquel momento el tabique de mi habitación se desplomó sobre mí, hundióse bajo mis pies el pavimento, y empujado como sobre un plano inclinado, me sentí descender violentamente, revuelto entre las ropas de mi lecho y aturdido por el choque, sobre una superficie móvil, hacia un punto que entonces no podía determinar aunque quisiera.

Una intensa impresión de frío vino á fijar bien pronto mis ideas, dándome plena conciencia de mi situación. La posada acababa de hundirse y yo había sido lanzado con los escombros fuera de la casa. Estaba, pues, milagrosamente vivo en la calle, ó por lo menos al aire libre, porque su soplo oreaba mi frente y el agua mojaba mis carnes.

Pero ¿estaba en realidad en la calle? Yo había descendido revuelto entre los colchones de mi lecho; éste seguía rodando todavía; el terreno en que se movía no era firme. ¿Adónde y por dónde me dirigía? ¿Cuándo y cómo terminaría aquel espantoso viaje?

Sobre mis ojos había dos capas de sombra impenetrables: la sombra de la noche y la de las ropas que envolvían mi cabeza, asfixiándome; pero era mucho más densa la sombra de mi espí-

ritu. Me parecía que la noche era una inmensa fosa en que iba á desaparecer todo lo que me rodeaba y en la que yo mismo iba á caer de un momento á otro para siempre.

De pronto lancé un grito; el lecho que me servía de vehículo me faltó y la ropa que me cubría se pegó á mi cuerpo empapada en agua. Merced á un desesperado esfuerzo logré desembarazarme de la manta que me tapaba el rostro: casi al mismo tiempo el colchón que me envolvía se desdobló, y á la luz de la luna, medio velada por nu jirón de nube, me vi flotando sobre una extensa superficie líquida, bajo la cual desaparecía la mitad baja del pueblo de Consuegra.

Asombro.

La catástrofe geológica que arrojó los mares del Polo sobre Asia y Europa en el comienzo del período glaciario, no debió sorprender tanto al hombre primitivo como á mí aquel espectáculo. Tal era mi terror, que ni explicarme podía la causa de aquel fenómeno, no obstante las prevenciones de mis infelices compañeros de posada.

El instinto de conservación me hizo buscar un refugio, ¿pero dónde encontrarlo? La lluvia continuaba, el agua se extendía por todas partes en torno mío, el colchón sobre el cual flotaba parecía hundirse por momentos... No conocía siquiera la profundidad de la corriente que me arrastraba. Falto de toda orientación, viendo á cada paso, como suele decirse, la muerte al ojo, aten-

dí, antes que nada, á asirme de algo consistente. Esto se me imponía como primera necesidad, allí donde todo era móvil y ondulante, donde todos los objetos pasaban como arrebatados por un extraño vértigo, sin dejar rastro de su existencia. Techumbres enteras, muebles, ropas, ganados, habían pasado sobre mí ó por mi lado, todos á la carrera, todos en una misma invisible y misteriosa dirección, como obedeciendo á un satánico llamamiento. Yo no podía arriesgarme á igual peregrinación ni permanecer un instante más en aquella actitud indecisa.

Previendo la posibilidad de que de un momento á otro desapareciese el colchón que me sostenía, me despojé de la almilla, remangué el calzoncillo y me eché al agua. Como sé nadar bien, pude en poco tiempo hacer un reconocimiento. No lejos de mí vi confusamente destacarse de la superficie del agua un objeto fijo. Parecía el remate de la chimenea de una casa.

Cogido á él, y haciendo pie en el tejado, podía, si es que no se hundía antes, esperar la mañana, y entretanto reponer las fuerzas perdidas, reflexionar y orientarme. Avancé hacia aquel punto, llegué fatigadísimo, y al echar mano á aquel objeto tuve que soltarlo horrorizado. ¡Era una cabeza humana, y aquella cabeza era, al menos así me pareció á la luz de la luna, la de uno de los arrieros que habían cenado conmigo, precisamente la del que fué el primero en presentir la catástrofe!

No sé si por efecto del movimiento que hice al

soltarla, si porque al alejarme nadando, facilitaba por la natural atracción del vacío su locomoción, el caso es que aquella cabeza me siguió á todas partes rodando aquella noche, mientras yo nadaba, viéndola á mi lado cuantas veces volvía los ojos, ó sintiéndola rozar mis hombros á cada braceo, como si quisiera hacerme un último encargo ó confiarme una secreta confidencia.

Los cadáveres del diluvio.

Seguí nadando al azar, y desde ahora en la más completa obscuridad, porque la luna había vuelto á ocultarse, y sólo algún relámpago iluminaba de tarde en tarde aquel desolado océano. Dos horas mortales invertí en ese ejercicio, dos horas, durante las cuales sentí pasar flotando y rozándome en la obscuridad los cuerpos desnudos de algunas mujeres y de cinco niños, sorprendidos, sin duda, por la muerte en sus lechos. Una de aquéllas, que se detuvo un momento en un remanso que el agua hacía junto á mí, era joven y hermosa. Á la luz de un relámpago pude ver sus dulces ojos azules, abiertos, y con una suprema expresión de espanto, su cabellera rubia y destrenzada esparcida en torno envolviéndola en una especie de aureola de virgen que iluminaba la ola de cieno en que flotaba, y la suave curva de su seno, que parecía esculpido en mármol del Pentélico.

Al tropezar en mí aquel hermoso cuerpo *turris ebúrnea,* de que acaba de volar un espíritu, creí

notar calor en su epidermis, y mientras con un brazo nadaba, traté con el otro de suspenderla por la cintura para prestarla socorro y ponerla en salvo si podía. Por un momento me halagó la idea de que vivía aún. Desgraciadamente, al querer levantarla, su cuerpo se dobló, y un chorro de sangre brotó de su cabeza. Tenía rota la columna vertebral y una piedra incrustada en el cerebro.

Un sepulcro flotante.

No podía darse visión más imponente, y, sin embargo, me esperaba otra más horrible. Navegando sobre la extensa masa vi acercarse en dirección mía una cosa informe y gigantesca, semejante á una montaña fúnebre que caminase sobre ruedas. No podía determinar su forma, pero la veía avanzar, ó mejor dicho, la *sentía*, porque aquella cosa sin nombre hablaba. De su vientre hueco y enorme partían voces que movían á compasión. «¡Madre mía de mi alma!» «¡Virgen Santísima!» «¡Juan! ¡Juan!» «¡Cógete bien, Luisa, no te sueltes!» «¡Que me ahogo!» Aquella mole resonante iba á pasar sobre mí y aplastarme. Traté de evitarlo redoblando mis esfuerzos de natación, pero no era ya tiempo, porque cualquiera que fuese la velocidad que desarrollase, el monstruo me alcanzaría. Mi muerte era segura si no lograba evitar el choque. Para hacerlo menos violento, nadé en la misma dirección y no tardé en ser alcanzado. Ya no tenía necesidad de

nadar. La montaña me sostenía por uno de sus lados, ofreciendo á mis pies sustentáculo duro. Extendí los brazos, tenté, y abajo y arriba tropecé con cuerpos inanimados. La montaña era un edificio entero, arrancado de cuajo, é iba flanqueado por un montón de cadáveres. Los muertos pasaban de treinta. Cogido en su círculo, yo debía acompañarlos, vivo, en aquella lúgubre marcha hacia las sombras eternas. Tripulando aquel buque siniestro, debí pasar una hora. Los lamentos del interior, para mí impenetrable, seguían. Yo procuraba animar á los heridos, infundiéndoles la esperanza de que carecía; pero éstos parecían no escucharme. Súbitamente sonó un ruido de bisagras y maderas quebradas; siguió un coro de quejidos humanos, prolongado, y la casa desapareció en el abismo, quedando todo en el más profundo silencio. El montón de muertos se deshizo; uno á uno fueron perdiéndose y dispersándose en la corriente, y otra vez me vi solo y obligado á nadar para salvarme. La luna volvía á sacar la cabeza como un espía ciego por entre las nubes. Por primera vez, durante aquella noche bíblica, parecía escampar. Levanté los ojos y creí ver despuntar por Oriente la pálida y fría luz de la mañana.

El amanecer.

Renuncio á describir á usted el resto de lo que pude presenciar durante aquellas horas de agonía.

Rendido ya por la fatiga iba á abandonarme en el torrente, cuando pude asirme á las astas de una res muerta, enormemente hinchada, sobre la cual monté. Este recurso fué mi salvación, pues gracias á aquel flotante vehículo podía esperar el descenso de las aguas.

Cuando clareó me encontré sobre la ribera derecha del Amarguillo, dentro del término municipal de Urda. Sus aguas rebasaban tres metros su altura ordinaria en aquella parte, que es la más alta. Estaba, pues, á más de dos leguas de distancia de Consuegra, donde la corriente debía alcanzar mucha mayor altura.

Una vez orientado me eché de nuevo al agua, nadé hasta la orilla y fuí socorrido por la familia del honrado labrador Isidro Galcerán, quien me proporcionó vestido y se encargó de buscarme caballería para mi regreso á Toledo.

Tal es, señor director, á grandes rasgos la historia de *la noche de Consuegra.* Quisiera ser un literato para dar á esta narración todo el interés artístico que merece; no lo soy, y me contento con presentarla desnuda de todo otro prestigio que no sea el de la verdad.

De esa horrible noche conservaré un recuerdo eterno. Al sufrimiento del alma tengo que unir la pérdida de dos dedos del pie izquierdo, que dejé entre los hierros de la cama de la posada, y una fuerte contusión del arco superciliar derecho. Todo lo diera por bien empleado si con ello hubiera logrado devolver un solo hijo á tantas madres, un solo marido á tantas esposas como

hoy lloran su abandono y desamparo. Pero ni este consuelo me fué permitido por las ciegas cóleras de los elementos. ¡Cómo ha de ser!

Es de usted afectísimo invariable amigo y correligionario,

SEBASTIÁN ZURITA.

El País, batallador y popular periódico republicano de Madrid — de cuya redacción formó parte Curros Enríquez —, insertaba en sus columnas, el 16 de septiembre de 1891, el hermoso trabajo que aparece firmado por Sebastián Zurita, y que reproducimos en este volumen.

Por aquellos días, el tristemente célebre *Amarguillo* había llevado la consternación y el luto á toda España. ¿Quién ha olvidado, aun después de los años transcurridos, la hecatombe de Consuegra?

Con los relatos de la prensa periódica y narraciones escuchadas de los labios de alguien, que fué á la par espectador y actor en aquellos tristísimos y luctuosos acontecimientos, Curros Enríquez escribió esta maravillosa crónica, que reprodujeron todos ó casi todos los periódicos de Madrid y provincias. Sebastián Zurita no era, en realidad, Sebastián Zurita: era Manuel Curros Enríquez.—*(Nota del recopilador.)*

LAS MUJERES DEL NATURALISMO [1]

Cuando dentro de dos ó tres siglos comparen nuestros sucesores los tipos de mujer observados y descritos por los noveladores contemporáneos del naturalismo, con los creados por los escritores del ciclo romántico, es más que probable lleguen á dudar, no sólo de su sexo, sino de su existencia. Ocurriráles entonces lo que nos ocurre á nosotros con las mujeres del teatro clásico español: aquellas Octavias, Julias y Violantes de Lope, Tirso de Molina y el mismo Alarcón, los cuales las creían encarnadas en la realidad y como tales nos las ofrecían en sus comedias, que eran aplaudidas por el pueblo, como en señal de que ni la abominable liviandad de que hacían gala, ni las refinadas artes de que se valían para engañar á sus padres ó amantes, dejaban de estar dentro de las condiciones sociales de la época, y por lo tanto, dentro del ambiente que todos respiraban.

La crítica, á pesar de eso, ha condenado aquellas mujeres como productos de la fantasía del poeta, sin serlo en realidad; porque el poeta, como el novelador, observaba y copiaba, bien

(1) Artículo publicado en *La Tierra Gallega*, de la Habana. — *(Nota del recopilador.)*

que lo hiciese á su manera; y la prueba de que observaba se encuentra en el hecho mismo del éxito que sus tipos obtenían, circunstancia que no hubiera ocurrido, de seguro, si aquéllos fuesen caprichosamente creados para deleite y regocijo del vulgo. Aunque así sucediese, la tendencia que esos tipos venían á halagar demuestra la existencia anterior de esa tendencia, determinada por la corrupción del gusto y de las costumbres, que era un vicio social existente, y si existía, claro es que el poeta no llevaba al teatro nada que no encontrase perfectamente definido y tangible en la vida real.

Del mismo modo rechaza hoy, por absurdas, la crítica creaciones como la *Virginia,* de Bernardino de Saint-Pierre, y la *Corina,* de Mme. Staël, no obstante constarnos por el testimonio de los descubridores y los viajeros la vida semipatriarcal y de inocencia que observaban los habitantes de algunas regiones de América hasta hace muy poco, y que la heroína de la famosa novela de Staël, cuando no tuviese realidad en la Corinna griega, la tendría en su propia autora, que puso en ella todos sus defectos y todas sus virtudes y cuyos son todos los atractivos que fascinaron á Edmundo, menos su hermosura física, que la grande escritora no pudo transmitirle, porque no estaba ese don entre los muchos que debió á la Naturaleza.

No esperan, ciertamente, mejor fortuna en el porvenir los personajes más atentamente estudiados hoy por el naturalismo en la clínica de la

realidad. *Nana, Gervasia, Safo* y tantas otras mujeres llevadas por Zola y sus discípulos ante el tribunal de la posteridad con pretensiones de «documentos humanos», serán también un día rechazados como documentos falsos, absurdos ó repugnantes por una crítica superior, inspirada en ideales que hoy no se han determinado todavía, pero que llegarán á formularse en el progresivo desarrollo de los conocimientos, en un estado mental más perfecto de las sociedades y en nociones del Arte que hoy apenas se vislumbran.

Y tiene que suceder así, porque la Humanidad se transforma, mejorándose; y del mismo modo que en nuestra actual cultura y en la moral cristiana que la informa, apenas se conciben tipos como el de Locusta, Agripina y Lucrecia Borgia, sobre las cuales vertió sombras de horror la Historia, en el porvenir no se concebirán tampoco esos siniestros personajes de las novelas contemporáneas, para los cuales guardó el Arte sus colores más sombríos, y que afectando reunir todas las condiciones de verdad y realidad necesarias á nuestra actual manera de ver y de juzgar, adolecen, sin embargo, de lo más esencial á nuestra naturaleza, el libre albedrío, cuya ausencia les convierte en eternos esclavos de la fatalidad, seres ficticios, de los cuales cabe sospechar si fueron creados para halagar convencionalismos en moda, ó para producir efectos pasajeros y estímulos malsanos en la imaginación de los lectores.

EL SÍMBOLO [1]

Conmemora estos días la Iglesia católica con fórmulas y simulacros propios de su liturgia uno de los sacrificios más grandes de que hay memoria en los anales de la Humanidad.

Creyentes y ateos, materialistas y espiritualistas, caravanas errantes separadas por la duda como por un río de muertas y profundas aguas, hacen hoy alto en su camino, interrumpiendo por un momento su jornada para descansar; y al ver surgir en el lejano horizonte, entre los últimos resplandores del sol en el ocaso, con la inefable verdad de los hechos, el patíbulo levantado sobre la cima del Gólgota, y sobre ese patíbulo una víctima que agoniza, rodeada de verdugos y huérfana de toda protección, sienten conmovidas sus entrañas, y haciendo de la caridad un puente entre ambas orillas, por él corren á precipitarse y confundirse en un inmenso abrazo, para marchar juntos en auxilio del que muere y ofrecerle al pie de la sangrienta cruz el holocausto de sus lágrimas, en una explosión formidable de universal sentimiento.

¿Es el que muere Dios ú hombre, inocente ó

(1) Publicado el 14 de abril de 1895 en *La Tierra Gallega*, de la Habana. — *(Nota del recopilador.)*

culpable? La investigación, la crítica, la filosofía nada tienen hoy que hacer más que sentir y llorar. ¿No hay bastante con aquel brutal atropello de la debilidad por la fuerza, con aquel triunfo soez del número, para que la conciencia humana se subleve é interrogue airada á la Historia: «Qué ha hecho Jesús para merecer la muerte»?

He ahí la pregunta que desde hace diez y nueve siglos vienen formulando todos los labios, y la Historia contesta: «Ha amado á su patria.» Quiso elevarla, engrandecerla, encarnar en ella el ideal, que colocó en el cielo, porque sólo así podía hacerlo eterno é indestructible. Quiso abrogar la vieja ley para instaurar la ley nueva, sancionando así la doctrina del humano progreso. Enfrente de las obras levantó la fe, como enfrente del escriba al publicano. Se adelantó á los siglos combatiendo el privilegio y proclamando la unidad substancial de las razas, al pedir que los hombres se amasen como hermanos, hijos de un mismo Padre. Abatió la soberbia de los poderosos, profetizando que los últimos serían los primeros, y los primeros los últimos. Y la profecía se ha cumplido, porque las castas se hundieron, las dinastías pasaron y hoy señorea el mundo la democracia.

El amor á su patria era en Él tan grande que no cabía en la Judea, y se desbordó por el Universo, llamando á disfrutar de sus beneficios á todos los hombres.

Porque la amaba, no se le ocurrió jamás abandonar sus dominios á los que la tiranizaban, y

cuando iba camino del cadalso, aun pudo volverse hacia su ciudad bien amada para decirla: «¡Jerusalén, Jerusalén! ¡Cuántas veces pretendí cobijar tus hijos bajo mis alas, como la gallina á sus polluelos, y tú no has querido!»

Porque la amaba, oponía al sistema centralizador romano, que todo lo absorbía en su imperio, aquel principio de equidad: «Al César lo que es de César y á Dios lo que es de Dios», que equivale al reconocimiento de la variedad en la unidad, doctrina que hoy proclaman las regiones contra la excesiva centralización administrativa de los Estados modernos.

Tal es Jesús á la luz de la Historia: el mártir del amor á su patria, que resulta mártir de la causa de la Humanidad por el interés que ésta puso en acogerse á las promesas de una redención que Aquél iba á sellar con su propia sangre.

Bástale este título; bástale haber amado á su patria y ofrecido su vida por ella, para que Jesús, sublime en su predicación, pero no menos sublime en su muerte, sea reverenciado por todas las edades y por todas las gentes, sin diferencia de sectas ni de escuelas.

Su obra es grande, de una grandeza colosal, que supera á todas las obras del hombre, y tanto mayor cuanto más pequeños son los medios con que la realiza.

Realmente, cuando se sabe que Jesús para establecer su doctrina no se valió de otro instrumento que el de la palabra, y que este instrumento en sus labios era hasta imperfecto, porque

Jesús no dominaba el hebreo culto y predicaba en arameo, uno de los dialectos menos literarios de cuantos se hablaban entonces en la Judea, hay motivo para asombrarse; y es preciso, es necesario convenir en que algo había en sus ideas de inmortal y divino para que perduraran á pesar de lo deleznable y tosco de la forma en que las emitía.

Los que condenan el cultivo de los dialectos debieran fijarse en esa circunstancia para convencerse de que no es preciso apelar á las lenguas oficiales impuestas, ni al idioma de los sabios, para producir obras transcendentales. El Evangelio representa el triunfo de un dialecto judío, como *La Ilíada* el de un dialecto griego y *La Divina Comedia* el de un dialecto italiano.

*
* *

La horrenda tragedia que conmemora la Iglesia halla hoy, pues, un eco en todos los corazones.

Es el único día en que no se discute á Jesús, porque también es el único día en que se revela en todas sus proporciones á los ojos egoístas y avaros de la carne.

El Dios-Hombre para unos, el soñador para otros, es para todos hoy un gran desvalido, un gran calumniado; y el espectáculo de la injusticia escalofría las almas y las dispone á la piedad y á la misericordia.

Esa muerte afrentosa establece el verdadero

catolicismo, la unidad de creencia en una reparación, y hace para todos los hombres que caminan sobre el haz de la tierra, un símbolo de la figura del mártir.

Sí; Jesús en el Gólgota más alto que Moisés sobre el Sinaí, más desamparado que Prometeo sobre la roca del Cáucaso, en soledad mayor que Buda en oración, al borde del camino, es un símbolo en el que pueden encontrar consuelo y al que deben referirse todas las grandezas y todas las caídas, todos los dolores y todas las catástrofes que afligen á nuestra flaca especie.

Desde este punto de vista hierático, Jesús no ha descendido del Calvario todavía. Como vivió en la sociedad antigua, vive en las sociedades modernas.

El decreto que le condenó á muerte ha sido la mayor infamia de Roma; pero esa infamia se repite. Hoy como ayer, en plena civilización como en plena barbarie, el justo es vendido, calumniado, llevado al Pretorio y de allí conducido al suplicio en medio de la indiferencia, cuando no entre la chacota de la muchedumbre.

Pero los Cristos de ahora no son hombres; son pueblos. Lo que ayer hacía Roma con Jesús, hoy lo hace Madrid con Galicia.

Como Jesús, Galicia clama contra la servidumbre á que condenan á su raza los representantes de los altos poderes directivos, y no se la oye. Como Jesús, Galicia quiere arrojar á latigazos del templo á sus caciques y á los comerciantes de su dignidad, y es acusada de sediciosa. Como Je-

sús, Galicia realiza el milagro de alimentar á las gentes careciendo de recursos, y á nadie conmueve su miseria. Como Jesús, pide que se dé al Estado lo que es del Estado y á la región lo que es de la región, y se la acusa de enemiga de las instituciones. Como á Jesús, á Galicia la venden sus propios hijos, cuando la buscan para prenderla, y tiene que callarse. Como Jesús, Galicia es conducida ante sus jueces, y éstos, aun no hallándola culpable, la condenan sin concederla el derecho de defensa. Como á Jesús de sus vestiduras, á Galicia se la despoja de su Capitanía general y echan suertes sobre ella los señores del Consejo Supremo de la Guerra. Como á Jesús se le coronó de espinas, á Galicia se la corona de oprobio. Como Jesús agonizaba, abierto el costado y descoyuntados todos sus miembros, Galicia agoniza también, vertiendo á torrentes su sangre por la herida que abre en su pecho la emigración; y como Aquél invocaba á su Padre en vano, Galicia invoca á su hijos, que asisten impasibles á su muerte.

¡Oh! Es preciso que creamos en la divinidad de Jesús los que amamos la patria, porque si Jesús no resucitó, nuestra patria no resucitará tampoco y habrá muerto, ¡habrá muerto para siempre!

EL LIBRO DE AMBLARD [1]

Acabamos de leer la obra que, con el título de *Notas Coloniales*, ha dado á la estampa recientemente en Madrid el Sr. D. Arturo Amblard.

Si hay algún libro, entre los ya numerosos que constituyen lo que pudiéramos llamar la «biblioteca trágica nacional», digno de ser consultado por los futuros historiadores de la ruina de España en América, y cuyo testimonio deba ser tenido en cuenta para el juicio definitivo de los gobernantes españoles en la pasada centuria, éste, que en el orden cronológico es el último, debe ser el primero por la copiosa suma de datos que aporta, por los puntos obscuros que esclarece y por la austera imparcialidad con que está escrito.

Diligente investigador, narrador veraz, crítico severo, el Sr. Amblard acomete el vasto plan de su obra sin prejuicios de ningún linaje, y lo desarrolla sin arrebatos de estilo, sin dejarse dominar un solo instante por la pasión, á pesar de

(1) En aquellos azarosos días subsiguientes al desastre colonial — página vergonzosa para la Historia de España, que tuvo su *Inri* en el Tratado de París de 1898 — se publicó en Madrid un libro de D. Arturo Amblard. Curros Enríquez escribió en *El Diario de la Marina*, de la Habana, este magistral juicio crítico de la obra, que hoy reproducimos en este tomo.—(*Nota del recopilador.*)

pertenecer al grupo de hombres insignes arrollados por la catástrofe, que tenían prevista y que trataron de evitar á costa de su propio sacrificio.

Tal vez por eso, tal vez por la frialdad y sosiego de ánimo con que están trazados los nueve capítulos de las *Notas Coloniales,* es más honda y terrible la emoción que produce su lectura, porque se presiente la violencia que el autor ha tenido que hacer para ahogar, donde acaso estarían más justificados ante los deberes del historiador, los reproches y las quejas del hombre político.

Nada tan antiespañol ni nada tan brutal como esa política feroz que aquí y en la corte imponían los hombres menos cultos é ilustrados de la colonia y que lograban hacer triunfar siempre, ignoramos por qué medios tenebrosos, de los programas de todos los partidos. Política antinatural, porque negaba la libertad á un país rodeado de pueblos republicanos que habían encontrado ó buscaban en la libertad, como los Estados Unidos, Chile y Méjico, su condición esencial de vida; política absurda, porque nos exigía á todos los que veníamos á esta tierra que nos despojásemos de nuestras ideas liberales y democráticas, para convertirnos en adversarios de nuestros hermanos de Cuba, como si el mar fuese una criba donde hubiésemos de cerner, echándola á los peces, la parte más noble de nuestro espíritu para traer aquí la más basta y grosera, olvidando que *cœlum non animum mutat qui trans mare currit;* política antieconómica, porque cerraba los

mercados naturales, creaba privilegios vergonzosos é irritantes y estimulaba el contrabando; política anticonstitucional, porque establecía diferencias entre los ciudadanos españoles que no reconocía el Código fundamental; esa política de insensatos tuvo virtud bastante para enloquecer á los hombres más eminentes de España en el último tercio del pasado siglo.

*
* *

Locos, sí, locos más que estadistas y gobernantes — porque no queremos llamarles malvados; de eso quizá se encargue la posteridad á su tiempo — nos parecen Cánovas diciendo en 1865 que era preciso traer á Cuba y Puerto Rico, con la unidad nacional, la diversidad que se adapte á las necesidades *especiales*, y satisfacerlas, para enviarnos por toda especialidad á Weyler en 1896; Cánovas, que en 1877, al despedir á Martínez Campos, que venía á esta isla, le decía: «General, ni un hombre más, ni una peseta más», y que en 1895 exclamaba: «El último hombre, la última peseta»; Sagasta, que en 1893 pudo evitar la guerra permitiendo á Maura realizar sus anunciadas reformas, y que contestó en 1897 á la Reina, que le preguntaba si se perdería Cuba con la autonomía: «¡Ay, señora, más perdida de lo que está!...» Polavieja, que escribía en 1879 al general Blanco: «... En mi opinión, debemos, en vez de querer impedir á todo trance y en todo tiempo la independencia de Cuba, *que empeño vano sería,*

prepararnos para ella, permanecer en la isla sólo el tiempo que en ella racionalmente podamos estar y tomar las medidas convenientes para no ser arrojados violentamente»; y uniéndose después á los elementos retrógrados contra los liberales, para ahogar el movimiento económico que pudo salvar á este país en 1891, porque para los cubanos «lo fundamental es lo político (la independencia), y lo económico el pretexto para alcanzar los medios de lo político»; Romero Robledo, que hizo siempre consistir su política en una cerrada oposición á toda reforma liberal, y colaboró á última hora con Abarzuza en el proyecto de Bases de la ley que lleva su nombre; Canalejas, que después de una visita á los Estados Unidos decía en esta misma redacción del *Diario*: «Cuando salí de España, dudaba aún sobre la oportunidad de las concesiones; pero después de haber visto las fuerzas con que cuentan los americanos, ya no he vacilado y he telegrafiado á Sagasta en clave convenida: «La autonomía, la independencia, todo, menos la guerra»; y regresaba á España para permanecer mudo ante los sucesos y consentir la infamia que se iba á cometer llevando un ejército á la deshonra y una escuadra al matadero; Moret, condenando por ineficaz, en su famoso discurso de Zaragoza, el sistema de terror empleado en Cuba por Weyler y tratando de aterrar después, en un artículo que publicó *Le Temps*, á los Estados Unidos, amenazándolos con declararles la guerra si no prestaban su franco apoyo á la causa de España; y

sabiendo que Cánovas había pretendido en vano, desde 1895, la cooperación de las naciones para un caso de guerra con los Estados Unidos, esto no obstante, daba instrucciones á los reformistas desde el Poder para que anunciasen á los emigrados cubanos que, llegado ese caso, España no estaría aislada de las potencias de Europa.

Todos esos hombres y otros cuyas sombras se dibujan en este libro, ya contradiciendo sus palabras con sus actos, ya perdida la memoria de lo que se deben á sí mismos y á su patria; gobernando faltos de plan, procediendo sin conciencia y sin lógica; que se dejan llevar por los acontecimientos, como autómatas; juguetes del azar, hojas al viento, ¡ah!, si no son grandes poseídos, si no son grandes alienados, más dignos de habitar en un manicomio que de dirigir una nación, tienen que figurar en los gabinetes de Antropología al lado de los más repugnantes degenerados.

***

Por tales hombres gobernada Cuba, nuestro régimen, durante los últimos veinticinco años, fué un frenesí desatado sobre la colonia y á la vez sobre España, especialmente durante la gestión de Romero Robledo, el más execrable y funesto de los políticos contemporáneos. Así, bajo esas influencias morbosas, la España del 98, la España de la guerra con los Estados Unidos, tenía que resultar en el libro del Sr. Amblard una España de alucinados furiosos, un pueblo de endemo-

niados, debatiéndose en paroxismos de cólera, sin sentido de la realidad ni clara percepción de lo que le rodeaba. ¡Á tal estado lo habían traído sus caudillos, ocultándole la verdadera situación de las cosas y engañándole!

No es nueva esta falta de sentido en nuestro pueblo. Ella preside á todas nuestras catástrofes nacionales. Es, por decirlo así, el mal español tan español, que nuestra propia lengua lo denunció en uno de sus primeros vagidos ha más de siete centurias. En efecto; en uno de nuestros monumentos literarios más antiguos pueden leerse estos versos, describiendo la caída del Imperio visigodo, cuya tradicción estaba entonces viva:

«Decían los mal fadados: ¡en mal hora nascimos!
Diéranos Dios á España, guardar non la sopimos.
Si en coyta somos nos, bien nos la merescimos;
Por nuestro mal sentido en gran yerro caímos.»

Apresurémonos á reconocer, sin embargo, que esa enfermedad no es constitucional en nuestro pueblo, sino pegadiza. Se la transmiten sus gobernantes, ó mejor, se la inoculan de un modo artificial, como se le inoculó el heroísmo en la Edad Antigua, la caballería en la Edad Media, y como hoy se le inocula la ignorancia y el fanatismo.

Acabamos de decir que los gobernantes españoles han engañado al país, y esta verdad aparece con tal relieve en el libro del Sr. Amblard, que si esos hombres hubieran hecho conocer al

pueblo la mitad tan sólo de lo mucho que sabían respecto al estado del Ejército y de la Marina española y del Ejército y la Marina americana; si una sola voz, entre tantas que cobardes se callaron, hubiera roto el silencio en vísperas de la guerra, declarando lo que había acerca de nuestra situación, ni esa guerra se hubiera provocado, ni hubiéramos tenido que lamentar tanta pérdida de vidas é intereses y tanta vergüenza.

La segunda parte de *Notas coloniales* está llena de testimonios que así lo comprueban. No los analizaremos. ¿Para qué? Véalos el lector, y véalos con la piedad posible para no adelantarse á la Providencia en el castigo que á esos hombres debe estar aparejado.

*
* *

Dominados por esa emoción estamos todavía nosotros. ¿Y quién puede asistir impasible al desfile por esas páginas de la legión de videntes que se llaman Arango y Parreño, Saco, Olózaga, Ramón Just, Araujo de Lira, Alcalá Galiano, Serrano, Dulce, Azcárate y tantos otros, pidiendo para las Antillas libertades y reformas, que hubieran hecho imposible su pérdida, sin que jamás fuese escuchada su voz por los Gobiernos de la Metrópoli? ¿Quién puede dejar de indignarse asistiendo á la expulsión en 1836 de los diputados cubanos de las Cortes españolas, que no volvieron á abrirse para ellos hasta después del pacto del Zanjón, sin que en todo el tiempo que media

entre esas dos fechas, que señalan una especie de cautiverio babilónico, se haya pensado en mejorar la situación de esta colonia más que en 1865, ordenando una *información,* que fué un engaño y una provocación á la rebeldía?

Para seguir semejante política, hubo necesidad de hacer traición á la que iniciara Isabel la Católica con nuestras posesiones del Nuevo Mundo; romper con el espíritu cristiano y reformador de las leyes de Indias; despreciar la gloriosa iniciativa de las Cortes de Cádiz, que concedieron representación á todos nuestros dominios de América, y rehabilitar la siniestra figura de Fernando VII, que, tirano abominable en España, fué para Cuba, en lo económico, más liberal que todos sus sucesores.

Cierto que el engaño aun continúa.

Á la fiera irritada se le arroja carne de obispos para que no se cebe en la de los príncipes de la milicia, que viene olfateando hace tiempo. Se quiere que Manila responda por Filipinas y por Cuba... Puede que lo consigan. Las sotanas no llevan espada al cinto : las mitras pueden ser atacadas porque no tienen ejércitos que las defiendan, y más temibles que el hisopo, resultan los fusiles y los cañones. Por eso no sirve para dirigir una diócesis el P. Nozaleda, y sirve para ministro de la Guerra y gran cruz de San Fernando el general Linares... Sí; el engaño continúa, pero no importa. Libros como *Notas coloniales* llevan mucha luz á los espíritus, y cuando esa luz llegue á nuestro pueblo, queremos creer,

casi podemos afirmar que ya toda mixtificación será imposible, porque la obra de la Justicia eterna — la obra de la Historia — habrá empezado.

Y la Historia tiene para algunos hombres lugares de expiación más sombríos que la cloaca de París, que recogió los huesos de Marat desenterrados, porque en ella siquiera pudo encontrarse y reconocorse un jirón del sudario que los envolvía.

«TROMPETAS DE ÓRGANOS» (1)

Ha tiempo que el nombre ilustre de Salvador Rueda es en el mercado de las letras un valor consolidado y sobre él se gira en firme, así en España como en sus antiguas colonias de América; mas si el autor de tan admirables producciones en prosa y verso necesitase, después de los elogios de Valera, *Clarín,* Echegaray, Pereda, Picón, Nervo, Fernández Junco, Gómez Carrillo y otros dignos representantes de la intelectualidad hispano-americana, una última y definitiva consagración, ésta la obtendría por voto universal de cuantos aman y sienten el Arte en ambos mundos con la publicación de su nuevo libro *Trompetas de órganos.*

Desde la aparición de los *Gritos del combate;* antes tal vez, desde la aparición de las *Rimas,* de Bécquer, no registra la lírica española acontecimiento más notable en librería.

Acabamos de recorrer las páginas de ese volumen, que un amigo nos facilitó por breves horas,

(1) Este admirable juicio crítico de *Trompetas de órganos* — libro de versos de Salvador Rueda — se publicó en el *Diario de la Marina,* de la Habana, á poco de salir á la luz pública el volumen expresado, y fué reproducido en las columnas de *El País,* de Madrid, el año de 1907.—(*Nota del recopilador.*)

y antes de devolverlo hemos de consignar aquí, rápidamente, nuestra impresión personalísima acerca del mismo, y no como críticos—que no lo somos ni jamás hemos aspirado á tanto—, sino como lectores que acostumbran acotar lo que leen con notas marginales, sin más diferencia en este caso que la de traer á la prensa esas notas por no ser nuestro el tomo y porque casi todo él repleto de versos de arte mayor, apenas deja márgenes en blanco.

Se ha discutido mucho á Rueda como innovador de la métrica castellana, y no lo es. Cierto que tiene una preceptiva suya propia y que esta preceptiva riñe á veces con los usos establecidos por la costumbre y el gusto dominante; pero sus preceptos, expuestos como explicación del sistema del autor, no imponen doctrinas exóticas y nuevas. Lejos de eso, restauran, modificándolas, formas tan arcaicas que, por serlo, recuerdan á cada paso, sometidas á reglas de eufonía superiores de las que no puede precindir ya la cultura de nuestro oído, musicalmente educado, las amplias cadencias de las fuentes primitivas de la poesía genuinamente española.

Combinar, por ejemplo, dos octosílabos para formar un verso de diez y seis, verso que tanto abunda en esta obra, no es innovar nada: ambas formas se encuentran en el poema del *Mio Cid* y en el *Romancero,* separadas, y al unirlas no pierden su estructura individual, puesto que siempre podrá dividirlas la cesura en el hemistiquio, como se dividía un verso de treinta y dos sila-

bas en dos de diez y seis, por el mismo procedimiento.

Tampoco es innovar construir versos compuestos de dos, tres y cuatro, hechos de cuatro sílabas cada uno, en que está escrita la poesía *El órgano salvaje,* dado que también podrían descomponerse, desmontando, por decirlo así, las partes que lo integran, como los sillares de un muro ó desarticularlo como las dos mitades de una flauta; sobre que no es difícil hallar versos de esa factura en rimadores antiguos y modernos.

Más bien que como innovador, debe, pues, considerarse á Rueda como restaurador afortunado de las formas clásicas nacionales en materia de rima; y no por mero capricho y pasatiempo, como solían hacerlo los poetas románticos, sino porque, á nuestro juicio, no en moldes más estrechos pueden contenerse y cristalizar los torrentes de su inspiración y los desbordes de su pensamiento.

No es posible exigir al mar que se contenga en los cauces de un río, ni á la luz que irradie en una sola dirección; y el numen de este poeta tiene algo de océano por la extensión y la profundidad, y algo de aureola boreal por lo flúido y lo brillante. Cantor del Sol se le llama, y hay mucho de exacto en el símil; pero aun habría más verdad en compararle al mismo Sol cantado; tal derroche de colores y matices, tal dardeo de llamas y fulgores de incendio desprende de sus estrofas, que se dirían salidas antes de un cráter que de un cerebro. Así deslumbran y pren-

den en las almas, ya inflamándolas de entusiasmo por el ideal, como *En la Armería Real, El Crepúsculo, Los Caballos, El Puente colgante, Lección de Música* y *La Aguja*, ya conmoviendo sus más hondos senos en *Viejecita mía, † 27 de septiembre de 1906, Grito de misericordia, Á mi madre, Las manos de mi madre, Canto de amor* y *La Tísica*, en la que la carne se deshace en lágrimas como el metal se derrite sometido á la alta presión del horno.

Mayor fundamento tiene la opinión que le atribuye intentos revolucionarios en lo tocante al léxico, porque esta pretensión está, en efecto, comprobada por el acarreo al lenguaje poético de vocablos vulgares al lado de voces que hasta ahora figuraban exclusivamente en el vocabulario de las voces físicas y naturales, innovación con menos éxito realizada por Melchor de Paláu, que le precedió en tan arriesgada empresa.

Universal en los temas y asuntos, desde el más sencillo al más complejo, desde el más humilde al más elevado, la Naturaleza toda tiene un intérprete en su lira. Verdad es que pocos como él, desde Zorrilla, poseen los ensalmos, conjuros y palabras mágicas de virtud eficaz para evocarla, y pocas almas se han difundido tanto como la suya por el altruísmo y el amor en esa Naturaleza, para que le respondan como lo hacen todas las cosas creadas. Dígalo, si no, ese *Entierro de notas*, fantasía originalísima á la muerte de Fernández Caballero; *Silabarios errantes*, interrogación al misterio, digna del aliento de un titán, y

el canto á *Las cataratas del Niágara,* que sería único en nuestro idioma, si no le precediese gloriosamente el apóstrofe inmortal, eternamente victorioso, de Heredia.

Pero ¿á qué insistir en la demostración de lo que está suficientemente demostrado? Ya nadie discute á Rueda como el primero de nuestros poetas vivos. En España y en toda la América latina, en la misma Habana, tan decidida siempre por todo lo nuevo, tiene entusiastas partidarios de su estilo, discípulos y devotos, que si bien algunos no honran mucho, que digamos, al maestro, siguiéndole más que en sus aciertos, en sus errores, todos, no obstante, se hallan unánimes en reconocer su dominio soberano en el arte de burilar imágenes estupendas y de animar con ideas sorprendentes la piedra del idioma, bien así como Miguel Ángel y Benvenuto animaban el mármol y los metales preciosos, infundiéndoles espíritu y vida. De ambos genios parece haber heredado nuestro vate el primor y la fuerza.

No, ya no se discute al poeta, sino al pensador. Por pagano le tienen unos, por panteísta otros, por cristiano muchos, por materialista y anárquico los menos. ¿Qué es, pues, Rueda?

Si hemos de dar crédito á sus versos, todo eso y mucho más, porque ni *Los frisos del Partenón,* poema en veinte sonetos insuperables, podría describirlos mejor el vate que describió el escudo de Aquiles; ni *Los Caballos*—salvo lo que allí se habla de las Pampas y del *Champán*—, podría por la entonación, si estuviera escrito en griego,

atribuirse á otro que al poema beocio de las *Odas ístmicas;* ni *El Enigma* y *Silabarios errantes* dejarían de merecer, por el concepto fundamental á que responden, el aplauso de Benito Spinoza; ni Kalidasa negaría su ascenso á la filosofía de las *Vidas perfectas;* ni San Juan de la Cruz se atrevería á rechazar la palingenesia cristiana que se encierra en la visión de *En la Armería Real,* una de las más soberbias composiciones de este tomo; ni, por último, Bakunine, el implacable Bakunine, sangriento apóstol de la acción, negaría un ¡bravo! á los últimos versos del *Crepúsculo* y de *Puente colgante.*

Pero esa misma variedad y esa misma heterogeneidad de inspiraciones, es un obstáculo para afiliarlo á determinada escuela. No cabe en ninguna; y el viejo achaque de querer clasificarlo todo, sometiéndolo á peso y medida, tiene una vez más que fallar aquí; las ideas, como la luz, son imponderables; ni el corazón ni el pensamiento pueden someterse á esa ley para servirlos á domicilio embotellados y con las correspondientes etiquetas.

Rueda no es esto, ni aquello, ni lo otro en punto á filosofía; es «el hombre», como dice sintéticamente su prologuista Ugarte; es la vida misma, con todas sus contradicciones, sus entusiasmos, sus descorazonamientos y sus «cóleras»; y quien llega á ser todo eso; quien por tal modo resume y concentra en sí el sentimiento y el alma de la Humanidad, y sobre este privilegio, á pocos concedido, tiene el don de percibir las voces ínti-

mas de la Naturaleza y de las cosas, y recoger sus confidencias para revelarlas á los pueblos é iniciarlos en el secreto de sus destinos, lanzándolos por el camino de la perfección, no necesita más, ni siquiera tanto, para merecer los homenajes de sus contemporáneos y los laureles de la posteridad, para la cual trabaja con perseverancia edificante.

«LA CÓPULA» (1)

Desde hace años, por la índole de mi labor en el *Diario de la Marina*, de la Habana, no leía nada de Salvador Rueda ni podía prestar atención al movimiento literario de España. Allá por 1893, la prosa y la poesía de Rueda estaban perfectamente definidas como cosa nueva, original y fuera de lo que se usaba. Esperaba yo, pues, de este artista (que desde el principio de su carrera formó rancho aparte) ver surgir una maravilla; lo esperaba, pero no el prodigio que me sorprende.

¡Qué riqueza de pensamiento y qué forma majestuosa y elegante la suya, en fuerza de ser clara y nacional! Ha realizado Salvador Rueda una revolución y una restauración en nuestra métrica española; pero con tal talento realizada, que desde el Arcipreste hasta Garcilaso, y desde fray Luis y Argensola hasta Tassara y Zorrilla, tienen todos que acogerse á ella y aplaudirla. Presumo que á la restauración de los metros conocidos

(1) Acerca de la admirable novela de Salvador Rueda *La Cópula*, que hemos paladeado con castísimo deleite, escribió Curros Enríquez en el *Diàrio de la Marina*, de la Habana, el trabajo que hoy reproducimos en este volumen, y que *Heraldo de Madrid* reprodujo en sus columnas el día 11 de octubre de 1907. — *(Nota del recopilador.)*

de los poetas anteriores al siglo XV habrá animado á Rueda la aventura feliz de Carducci, restaurando é introduciendo en la métrica italiana moderna el yámbico latino, y esto lo presumo — aunque no me atrevería á asegurarlo —, por buscar su origen al proceso de nuestra revolución poética. Si no es así, motivo de más para felicitar á Rueda, pues su empresa resulta tanto más gloriosa cuanto más espontánea, y ello demostraría que cuando llega la madurez de los tiempos y las épocas de transformación en el Arte y en la Ciencia, Byron puede coincidir con Hugo, Feijóo con Descartes y Kepler con Laplace, sin copiarse y sólo por elevarse desde un medio idéntico á idénticas é ineludibles orientaciones.

Á Salvador Rueda le han saqueado infinitos poetas y prosistas americanos y españoles, queriendo aparecer originales. El mérito del autor de *El Gusano de luz* y *La Guitarra* no está solamente en la riqueza del vaso elegido para el sacrificio, sino en la riqueza del vino con que lo llena. ¡Qué pensamientos-sollozos los que encuentro en las poesías á su madre! Nadie me ha conmovido tanto, ni es posible que de otra lira puedan salir armonías tan tiernas, lágrimas tan desgarradoras! ¿Y aquel *Friso?*... ¿Quién ha descrito así?

Vengo ahora en conocimiento de que una porción de poetas que yo creía originales, llevan el espíritu de Salvador Rueda.

Santos Chocano, Rubén Darío, Vega y tantos

otros, llevan la influencia suya; pero á Rueda ha de ser muy difícil seguirle sin grandes peligros, y sus discípulos, por querer rivalizar con él, corren el riesgo de enrarecerse, llegar á lo ridículo y despeñarse.

Antes de que la conozca el público he tenido ocasión de leer la novela de Salvador Rueda titulada *La Cópula,* y ella me ha hecho apreciar en toda su extensión la capacidad creadora y el prodigioso dominio del Arte de este hombre. Encuentro justo el temor de Rueda de publicar ese libro; vale la pena el meditarlo. Pero si hay producción artística que no deba confundirse con la novela del género lascivo, esa obra es la de Salvador. Dios no puso en nuestros órganos más santidad y gravedad que las que él ha puesto en esos capítulos. Se puede leer *La Cópula* con el respeto y la unción con que en una academia de Dibujo ó de Escultura asisten doncellas á copiar del natural, aun siendo desnudo de hombre.

El estupendo idilio que se desarrolla en *La Cópula* es impecable: nada salió de cerebro humano con más inocencia concebido y despojado de lasciva intención. Sólo nuestra perversidad y corrupción, sólo nuestra educación, deplorablemente aviesa, podrá ver en ese cáliz, alzado por la mano de un ángel, y en que se consagra y se ofrenda lo que hay de más santo en la Naturaleza, la copa del pecado brindando al vicio.

La Cópula, ó publicada hoy ó cincuenta años después de muerto Rueda, como las mejores obras de Diderot, tiene asegurado el triunfo en-

tre la gente de letras. Eso es oro de ley, afiligranado y repujado á lo Arfe. Yo he gozado leyendo sus maravillas de estilo como viendo la custodia de Sevilla ó la de Toledo.

¡Y juro que mi carne no sintió nada, para cederlo todo á la embriaguez del espíritu!

ÍNDICE

Páginas.

Paniagua y Compañía (Agencia de sangre)..... 5
El último papel..... 169
Hijos ilustres de Galicia..... 211
Artículos escogidos..... 283

Nota importante del recopilador.

Desde que comenzó para nosotros la honrosa al par que difícil tarea de coleccionar en varios tomos la labor completa del fenecido autor de *Aires d'a miña terra,* por causas ajenas á nuestra voluntad no hemos podido llevar al tomo subsiguiente de estas obras lo que anunciábamos como materia del tal en el primero de los publicados.

Para los que ignoran cuánto hemos luchado por reunir lo más selecto y escogido de la labor de Curros Enríquez—que desperdigada se hallaba en libros, periódicos, revistas y folletos—, quizás hayamos sido tachados de informales, cuando menos, ó, cuando más, de ineptos, calificativos que estamos seguros de no merecer por todas aquellas personas que *conocen á fondo* estas laboriosas tareas.

En el tomo III anunciamos como materia del presente varios trabajos, algunos de los cuales no pueden publicarse en éste, con harto sentimiento nuestro. ¿Causa? La de haber tenido en cuenta la excesiva proporción que daríamos á este tomo, de formar parte de él todos los originales que, como antes decimos, se anunciaron en el anterior. Nuestro fué el error en no calcular bien la extensión de los trabajos. La Casa editora nos lo hizo observar, ya compuestas varias galeradas—que compuestas

quedan para el tomo V—; y como el error fué nuestro, justo es honradamente declararlo á los lectores, por si éstos, siempre amables, quieren otorgarnos su benevolencia. Repetimos que de publicarse en este tomo IV todos los trabajos anunciados en el III, á buen seguro excedería el presente volumen de 700 á 800 páginas.

Queremos dejar bien sentado que jamás estuvo en nuestro ánimo que el número de los tomos de estas obras completas excediese de cinco. Á no haber ocurrido lo que expresado queda, el próximo tomo sería el último. Pero no puede ser así, y el último será el VI.

En el próximo publicaremos *La Lira Lusitana,* traducción de los mejores poetas portugueses del siglo XIX; *Trabajos escogidos en prosa y verso; Juicios acerca de la labor de Curros Enríquez,* por eminentes escritores, llevando, á guisa de prólogo, un admirable estudio crítico de D. Segismundo Moret acerca del *Nocturnio.*

El VI y último tomo lo constituirá el estudio biográfico-político de «Eduardo Chao».

LS
C 9766p
233724
Author Curros Enriquez, Manuel
Title Panlagua y compañia.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU